

Biblioteca de "El Granito de Arena"

Palacio Episcopal • Málaga

MANUEL GONZÁLEZ
OBISPO DE MÁLAGA

Sembrando granitos de mostaza

Notas del gran mundo de la gente menuda



1931 — 1ª Edición
EL GRANITO DE ARENA
MÁLAGA

INTRODUCCIÓN

Cosas grandes que hace

Dios con cosas chicas : :

Solo Dios es grande y solo El hace de verdad cosas grandes.

Y quizás la más grande de sus obras es la grandeza de su generosidad.

Y quizás en nada se muestre esa grandeza de generosidad de Dios como en el misterio de poder que ha depositado en multitud de cosas chicas.

En el orden natural

¡qué grandeza la de la generosidad de Dios con los a veces imperceptibles granos de semilla de los seres vivientes!

Los montes más altos de la tierra, los astros más gigantes del cielo son incomparablemente más pequeños que la partícula más microscópica del polen de una yerbecilla perdida en la selva. Ni el monte ni el astro tienen ni dan vida; la partícula, el átomo aquel, sí.

¡Qué grande y qué rumboso y adorable siente mi alma a Dios escondiendo el *gran misterio suyo*, el misterio de la vida, vegetal o animal, en un cuerpecillo microscópico!

En el orden sobrenatural,

¡qué rumbo, qué derroche de poder, de fecundidad, de eternidad ha escondido la generosidad de Dios en cosas insignificantes!

Un poco de agua con unas cortas palabras infunden en la frente y en el alma sobre las que se rocía y se dicen, ser y vida de Dios, herencia de su reino y hermandad con su Hijo eterno; unas palabras convierten un pedazo de pan y un poco de vino en Carne y en Sangre de Jesucristo; una gota de lágrima de contrición borra los más negros pecados, cierra el infierno y abre de par en par las puertas del cielo... ¿Para qué poner más ejemplos, locuras de rumbo de Dios a favor de las cosas chicas? ¿No es nuestra Religión bendita la Religión del perenne engrandecimiento y de la eterna glorificación de lo chico, que es el pesebre de Belén, la obscuridad de Nazaret, la Cruz del Calvario, el silencio y el abandono del Sagrario de Jesús, las gotas de lágrimas de los penitentes y portadores de cruz, de sudor de los apóstoles, de sangre de los mártires y el aroma como de incienso quemado de tanto sacrificio oculto y no agradecido?

¡Qué bien se entiende y con qué ganas se canta la alabanza a Dios de San Agustín: *Deus magnus in magnis, maximus in minimis*. ¡Dios grande en las cosas grandes y máximo en las mínimas!

¡Ese es nuestro Dios!

Lector amigo

¿Para qué traigo a cuento estas verdades tan sabidas?

Para explicar la razón de ser de este librejo que por primera vez cae en tus manos y quizás, como cosa nueva, pique tu curiosidad.

Sábete que este librillo, chico de tamaño, como esmirriado de presentación y enjuto de facundia literaria, se te presenta con la confianza y, casi diría, con el engreimiento de los *niños mimados*.

Me explicaré: confiado y hasta engreído con las predilecciones de Padre Dios por lo chico, se te presenta así: menudito, para hablarte de gente menuda, en su mayoría *chaveítas* tan rebosantes de sal en sus bocas como de churretes en sus caras, de mis barrios de Málaga, para no con lecciones didácticas ni con reglas enfadosas, ni con nombres extranjeros raros, (con los que solamente parece se ha convenido que se puede hablar de pedagogía y *alta* cultura) sino con ocurrencias tan graciosas y sucesos tan menudos como sus protagonistas, enseñarte modos e infundirte ganas de hacer muchas siembras de semilla buena entre toda la gente menuda que encuentres a tu paso por la vida.

Quiero demostrarte gráficamente cuán poco cuesta y cuánto produce sembrar, ¿qué digo sembrar?

hacerse *sembrador perpetuo del bien* en las almas de los pequeñuelos.

¡Libro chico, protagonistas menudos, con la doble pequeñez de la edad y de la pobreza los más, procedimientos infantiles, siembras en un minuto y de semillas las más chicas, ¿no dan derecho a acogerse a la ley dada por la generosidad de Dios en favor de las familias menudas?

¡Sembradores de granitos de mostaza!

Una mirada cariñosa, una palabra de instrucción, un consejo a tiempo, un caramelo con comentario, un juego con segunda intención, un cuento con moraleja, hasta un tironcillo suave de oreja, granos de mostaza son ¡es verdad! pero depositados en el alma de los pequeñuelos, que pasen a nuestra vera, en nombre y con la gracia de Ntro. Señor Jesucristo y con la poca o mucha nuestra, producirán o contribuirán a que se desarrollen ¡los veáis o no los veáis! árboles frondosos. ¿Que se perderá semilla? ¿que se frustrará? ¿que la siembra del mal es más abundante y fecunda? Lo que queráis; pero no hay derecho a esperar cosechas sin siembras y no hay deber ni razón ni ocupación que exima de una labor tan fácil, tan a la mano y tan barata y por otra parte tan urgente, tan necesaria y tan fecunda como la de sembrar cosas tan menudillas.

Todos sembradores

Sí, ninguno se exima de esa ley, de hacer un

poquito más bueno a todo el que pase por su lado singularmente a los pequeñuelos, el clérigo y el seglar, el alto y el bajo, el ocupado y el desocupado, todo el que tenga en su pecho un corazón cristiano, que con eso basta para llegar a maestro en el oficio de *sembradores de granitos de mostaza.*

Y precisamente para estímulo y, añadiré, hasta recreo de los ingresados y por ingresar en la *orden* de los *sembradores*, echo al mundo este librillo con notas de *color*, *olor* y *sabor* de mis prácticas del oficio entre la gente menuda.

Como a mí me han hecho gozar y sufrir el recogerlas, estoy cierto que harán gozar hasta reir y sufrir hasta llorar a los que las lean.

Una buena recomendación del oficio

Y cierro esta introducción con unas bellísimas palabras del gran Catequista, Sembrador en grande de granos de mostaza, que se llamó San Juan Crisóstomo.

Las tomo del oficio de San José de Calasanz, gran modelador de almas y patriarca de sembradores, en la homilía con que el Santo comenta el *Evangelio de los niños*, en aquel trozo: «¿Quién juzgas que es mayor en el reino de los cielos? y llamando Jesús a un párvulo...»

Dice el Santo:

«Guardáos de despreciar a alguno de estos pequeñuelos, porque sus Angeles están contemplando siempre el rostro de mi Padre, y porque Yo he

venido al mundo por ellos, y esta es la voluntad expresa de mi Padre. Nos amonesta para que seamos más diligentes en defender y conservar a los pequeñitos. Considera, qué ingentes fortalezas ha levantado para la defensa de seres tan débiles, y cuánto celo y cuidado tiene para que no se pierdan, ya estableciendo penas supremas para los que los desprecian, ya prometiendo una recompensa suma a los que cuiden de ellos, y todo esto lo corrobora con su propio ejemplo y el de su Padre celestial.

Imitemos también nosotros al Señor y, tratándose de hacer bien a nuestros hermanos, no dejemos de hacer nada, aún de aquellas cosas que parecen demasiado bajas y humildes; sino que, si necesita de nuestra atención, aunque el que haya de ser atendido sea realmente débil y abyecto y, aunque parezca la cosa ardua y llena de trabajos para nosotros, yo os ruego que, por la salvación de un hermano, os parezcan muy soportables y fáciles de ejecutar: Dios nos enseña que es tan digna de atención y de cuidado un alma, que no ha perdonado por salvarla ni a su propio Hijo.

No es suficiente para nuestra salvación que vivamos virtuosamente, sino que además es necesario que deseemos de veras la salvación de los demás; si no vivimos nosotros rectamente, si no nos interesamos por los prójimos, ¿qué responderemos? ¿Qué esperanza de salvación nos quedará? ¿Qué cosa mayor que educar a las almas, que formar las costumbres de los jóvenes? Yo considero más

excelente que todos los pintores, que todos los escultores y que todos los demás artistas al que no desconoce el arte de modelar las almas de los jóvenes.»

S. Juan Crisóstomo. Hom.

Lector, de verdad paciente, si has llegado a leer hasta aquí y sigues con ganas de seguir leyendo, métete por entre esos montoncitos de semilla buena y de sal de mi tierra, y en Dios y en mi ánima te auguro buenos ratos para ti, buenos frutos para tus siembras, buena sombra para tus apostolados y otras muchas cosas buenas en esta y en la otra vida, como para mí deseo.

✝ MANUEL GONZÁLEZ
OBISPO DE MÁLAGA

Láriz: Vigilia de la Natividad de Ntra. Señora, de 1930.

PLAN DEL LIBRO

I

EL TERRENO EN QUE HAY QUE SEMBRAR

II

CÓMO HAY QUE SEMBRAR

I

EL TERRENO EN QUE HAY QUE SEMBRAR

I

El alma de los pequeñuelos

Siguiendo el simil de agricultura que he tomado, puedo comparar el alma de los párvulos, niños y jóvenes, a una tierra de siembra.

¿Cómo está esa tierra?

Con la luz que da la experiencia de muchos años de cultivo de tierras nuevas y jóvenes, y sobre todo, con la revelación de la Fe sobre la naturaleza y efectos del pecado original (sin cuya revelación la tierra del alma infantil es más misteriosa que las tierras de las selvas vírgenes inexploradas) con esas dos luces, repito, por guía, puedo responder que la tierra del alma de los niños, tiene todas las ventajas y todos los inconvenientes de las tierras vírgenes o por explotar; las ventajas de lo nuevo, la feracidad y la fecundidad de lo no tocado ni agotado y los inconvenientes, o mejor, el gran inconveniente de la anticipación, aprovechando el

hambre de vivir y el ímpetu de la tierra nueva, de las siembras expontáneas, anónimas o clandestinas, y, como tales, desordenadas, funestas y hasta venenosas o en grave peligro de llegar a serio.

¡Ay! de las tierras contagiadas de malas semillas y plagadas de malas yerbas! ¿quién las limpiará? ¿quién las volverá a su estado virginal, a su inocencia?

Ese, ese es el gráfico del alma de los niños. Es una tierra buena, buenísima, como substancia espiritual creada inmediatamente por Dios, pero sometida a una doble y opuesta influencia, la del Espíritu Santo y la del espíritu del mal.

La influencia del Espíritu de Dios

Por la Fe sabemos: 1.° que esa substancia nobilísima viene a la vida enferma con una grave infección, la del pecado original, heredada de los primeros padres; 2.° que por el Bautismo y por la semilla de *gracia* santificante que por medio de él siembra el Espíritu Santo, la infección se cura, en lo que tiene de mal de culpa, y 3.° que el alma queda sana y elevada a una vida superior, sobrenatural, la misma vida del Hijo de Dios a quien se hace semejante y de quien se hace hermana, pero conservando latente una tendencia al desorden, a la rebeldía y a la ignorancia, que solo en la Resurrección gloriosa de la Carne, que nos hará hombres perfectos y totalmente semejantes al Hombre cabal, Jesús, último fruto del Bautismo, desaparecerán.

Por la experiencia sabemos que si sobre esa tierra nueva abonada con luz, fuerza y vida de Dios, caen cultivos buenos de frecuencia de Sacramentos y oración, de educación cristiana y ejemplos buenos de padres, maestros, amigos y circunstantes, la divina semilla, la gracia, produce frutos sabrosos de virtudes, adornadas y avaloradas con el rico perfume de la inocencia, y a veces de la santidad consumada.

La influencia del espíritu malo

Pero ¡ay! cuantas veces se mezclan y hasta se anticipan a aquellos buenos cultivos los siniestros cultivos de las tendencias nocivas que dejó en el alma el desorden del pecado original por obra del demonio con sus tentaciones, del mundo con las seducciones de sus malos ejemplos y falsas enseñanzas de amigos, lecturas, espectáculos y hasta padres malos y de la carne y de los malos apetitos que despiertan más pronto de lo que ordinariamente se cree!

Consecuencias

Como resultado de esas siembras y cultivos de bien y de mal, públicos y confesables unos, y clandestinos y envenenados los otros, ¡cuántos peligros, cuántos riesgos para la inocencia del alma de los niños, para la virginidad de esas pobres tierras nuevas! Hartas veces tiene esa inocencia menos tiempo de vida que la flor que se abre lozana por la

mañana y muere marchita por la tarde, no quedando de ella más que una apariencia, a pesar de todo, bella porque aún a esa malicia precoz que brota, más inconsciente que consentida, acompañan brotes de ingenuidad, girones de candor y encantos de infantilidad...

Y como mi intento en el presente librito no es hablar ni enseñar yo, sino presentar palabras, hechos y enseñanzas de chicuelos, corto las reflexiones que se agolpan a los puntos de mi pluma y doy entrada a nuestros enseñadores.

Que hablen primero las almas blancas, las influidas por la gracia de Dios, las que parecen que por su inocencia son boca del Espíritu Santo.

Después os presentaré las almas, si nó *negras*, que da miedo y pena poner ese adjetivo a las almas infantiles, *sombrías* o *sombreadas* por las negras alas de malos sembradores y perversos o descuidados cultivadores.

II

La influencia del Espíritu Santo en las almas de los niños

La experiencia me va enseñando, o mejor dicho, *comprobando* que el Espíritu Santo obra y habla por los niños pequeñitos más de lo que parece y que muchos de los casos que atribuímos a graciosas *precocidades* de ellos son verdaderas manifes-

taciones del Espíritu que, en frase de la Escritura, «hizo elocuentes las lenguas de los párvulos.»

Y nada de extraño tiene esta afirmación sabiendo que por el Sacramento del Bautismo el cuerpo y el alma del bautizado quedan convertidos en *templos vivos* del Espíritu Santo en los que habita gustoso y en los que sin duda puede y suele manifestarse de diversas y maravillosas maneras.

¡Estará tan a gusto y obrará tan a su placer el Espíritu de la Pureza y del Candor en esos angelitos en carne humana en los que ni la malicia ni la ficción han anidado!

Educadores, Padres y Maestros ¡esa es vuestra tarea y vuestra misión! La de custodiar los templos que el Espíritu Santo se ha edificado en cada uno de vuestros niños. ¡Ojo con los profanadores o los destructores!

III

Un caso entre mil

—Madina, preguntaba con una media lengua encantadora un chiquito de siete años la víspera de la primera Comunión que tuve yo el gusto de darle. — Madina, ¿en dónde tengo yo puesto el corazón?

—Aquí, aquí en el lado izquierdo del pecho. ¿Y para qué te hace falta a ti saber eso?

—Para una cosa mia, replica el fisiólogo curioso con una sonrisa picaresca.

Al día siguiente, al rato de haber recibido su Comunión se lo encuentra la madrina entretenido en la tarea de cogerse con los dedos besitos de la boca y echárselos sobre el lado del corazón...

—¿Qué haces chiquillo?

—No era nada, Madina, era que le estaba tirando besitos al Niño Jesús de mi corazón...

Uno de sus propósitos

—Estoy pensando, Madina, que le voy a decir a mi Papá que no me lleve más al cine.

—¿Por qué?

—Porque yo no debo ir adonde se hacen pecados.

—¿Pero tú has visto pecados en el cine?

—Sí, Madina, que allí salen unos hombres que le pegan a los otros y a las mujeres y pegan tiros y matan a la gente y también, mira, he visto yo allí que salen ladrones que se llevan las cosas y no las devuelven y en fin, allí salen cosas que yo no me entero pero que no deben ser buenas porque la hacen al escondite ¡para que no los cojan!... Sí, sí, yo ya le he dicho al Niño Jesús que yo no quiero que me lleven adonde lo ponen triste...

Decidme

¿Eso es precocidad sólo?

¿No os parece que se explica todo eso mejor viendo sobre esa razón, por muy despierta que la supongáis, y sobre esa lengua, asomarse al augusto Morador de los *templos vivos* de la Inocencia y de la Pureza?

IV

Una cubanita inspirada

Una antigua discípula de mi Catecismo de Huelva, actualmente religiosa en tierras de América, llena de celo por sembrar la buena semilla, que ella tan bien supo recoger en las catequesis tenidas junto a mi antiguo Sagrario de Huelva, me escribe:

«Le voy a contar un hecho edificante de una pequeñita de seis años, que ama mucho al Niñito Jesús.

Siempre que puede venir conmigo lo hace, para que le hable del cielo, del Sagrario y del Niño Jesús. Yo gozo con ella como si estuviera en oración.

La tengo acostumbrada a que vaya conmigo a hacer la visita. Un día le dije que no podría venir porque no encontraba su velito y muy graciosa me contesta:—tápeme con su capita.

Otro día no la pude acompañar y la mandé sola, al ver yo que tardaba tanto, pensé habría marchado con sus compañeras, y al cabo de mucho rato me viene llorando; al preguntarle yo el motivo, me contesta haciendo pucheritos:—Me han sacado de la Capilla porque estoy mucho rato allí, y yo no estoy cansada de estar de rodillas, como dice la Madre.

A mí me enterneció mucho la pequeña, y para consolarla le dije: Ahora vamos a comer, y después yo te acompaño otra vez; pero ella no se quería consolar y me dice: Madre yo no tengo ganas de

comer, porque el Niño Jesús se queda solo y muy triste y El tampoco come; ¡yo quiero estarme con El! ¡yo quiero ir al cielo!...

Otro día me dice:—Madre, yo quisiera estar dentro de esa Hostia para no separarme más del Niño Jesús.

Yo le había dado un Niñito en la cuna, un poco deteriorado, y no se puede decir cómo lo cuidaba y arreglaba tanto que sólo a mí me permitía tocarlo.

Todas las noches me pedía permiso para dormir con El: más de una vez hube de avisar a las Madres para que la vieran dormida; parece un Angelito. Antes de acostarse quería que le hablase algo del Niño Jesús, para soñar con El.

Termino porque no acabaría de contar de ese ángel que el Corazón de Jesús nos ha mandado ¡Jesús mío, que todos te amen como este Angel!»

¿No se siente ahí al Espíritu de Dios?

V

Lo bien que se entienden los niños con Jesús

María de Lourdes es un ángel encarnado en niña sevillana de cinco años y medio y por consiguiente con cara de ángel, y *golpes* y *salidas* de ángel andaluz.

Hace poco tuvo la ansiada y soñada dicha de recibir su Primera Comunión y no sé cuantas *salidas* de ángel tuvo hablando de su Jesús.

—¿Comulgaste ya, María de Lourdes? le preguntaban.

—Sí, Señora.

—¿Y el Niño Jesús qué hace ahora?

—Por ahí dentro anda paseándose, responde con la ingenuidad del que cuenta lo que está viendo.

—Y tú ¿qué le haces?

—Pues yo, de cuando en cuando le echo unas florecitas...

—¿Florecitas?

—¡Sí, de cosillas mías! Hoy le he echado tres claveles gordos, uno era que a mí no me gustan los plátanos y me comí uno que me dió Mamá, otro que entré en un cuarto oscuro que a mí me da mucho miedo y otro que me dijeron una cosilla que no me gustó y no puse mala cara...

¿Verdad que María de Lourdes con sus claveles gordos se sabe entender bien con Jesús?

¡Que se sigan entendiendo todos los días!...

VI

Una menuda deliciosa desagraviadora de Jesús

Subía aquí en Málaga un grupo de niñas a la Casa de las Marías Nazarenas a pasarse la tarde con ellas entre lecciones de Catecismo y juegos en los preciosos prados que la rodean.

La escalera o rampa que da acceso a Nazaret, está pavimentada con un empedrado morisco con

distintas figuras entre las que destaca un gran corazón en piedra negra con unas gotitas de sangre de piedrecitas rojas.

Subía, repito, nuestro bullicioso grupo, cuando de pronto una de las más menudas grita espantada a una de sus compañeras:

—¡Ay! ¡hija, que le has dao un pisotón al Sagrado Corasón de Jezú!

—Pos mira hija, ¡mi verdad! cá sio sin queré.

El grupo sigue subiendo a saltos y brincos, mientras la del grito se detiene ante la figura del Sagrado Corazón, saca de la manga un pañolito muy dobladito y limpio, se hinca de rodillas y con el cuidado del que cura una herida o seca las lágrimas de una madre, la chiquita va limpiando piedra por piedra y, cuando a fuerza de limpiar y restregar deja las piedras como bruñidas, dobla cariñosamente su cabeza y *pega* un beso largo y sonoro sobre el pisoteado Corazón.

Un amigo que subía al Seminario por la rampa detrás de las niñas, presenció esta escena y me la contaba, aun emocionado, unos días después.

Marías, almas de Sagrario, ¡qué alegría, si para cada mal trato o desprecio que recibe el Corazón vivo de Jesús en los Sagrarios y en las Comuniones contara con una de esas menudas desagraviadoras tan deliciosas!

VII

Buenas partidas serranas

Lo que me cuentan unas Misioneritas de cómo tratan los niños y los rudos serranos, adoctrinados por ellas, al Sagrario que por primera vez tienen y disfrutan:

Una de las veces que nos vinimos, *nuestras niñas* pensaron que el Señor se quedaba triste allí tan solito en el Sagrario y pensaron hacer ellas un *día de retiro* para acompañarlo. Hay que explicar que no sabían de día de retiro más que por vérnoslo hacer a nosotras y notar que llamamos así un día que pasamos casi del todo en la Capilla y allí querían pasarlo junto al Señor para que no *nos echase de menos*. Lo que sí entienden es que acompañarlo es quererlo, cantarle, preguntarle, escucharlo: Aunque yo sé señorita, decía una, que no contesta el Señor hablándome como usted... ¡sino aquí! y ponía su dedito extendido sobre la frente de ceja a ceja...

Esta misma preguntaba días después: Aunque no sea día de retiro, ¿puedo preguntar cosas al Señor? porque se me perdió la cuenta de mis faltas y no me acuerdo de cuántas hice hoy... ¿Cómo voy a pedir al Señor que me las perdone sin saberlas? ¡El que las sabe, podría decírmelas!

Y se lo preguntó... y seguramente se lo dijo.

Preparando a un zagal para la Comunión y diciéndole que, no sólo temiera sino, que amara a

Dios, decía él: Señorita, es que se quiere lo que se roza... y al Señor... ¡como uno no lo ha rozao!... ahora que voy a recibirlo aprenderé a quererlo.

Y lo quieren, en el Sagrario, lo quieren con confianza como a su Señor vivo y verdadero que está allí queriéndolos a ellos tanto. Tan lo sienten allí presente y vivo, que un día que se rompió la cerradura de la Capilla y a la hora de la oración no podíamos entrar, la gente se iba reuniendo y agolpando a la puerta y dolidos y compasivos decían: ¡Ay Señor! ¡ahí encerrado! ¡solito! «¡pobrecito!».

Al venirnos y encargarles que mientras no estemos allí, o si no volvemos que no dejen de ir a la oración de la mañana, a visitar al Señor por la tarde, al rosario por la noche, contestaba una buena mujer:

—«¡Qué hemos de dejar señorita, qué hemos de dejar! ¡más vendremos! ¡no ve usted que al irse ustedes no le queda al Señor *más amparo* que nosotros!»

Y allí le dejamos querido y atendido como un vecino más del pueblo, vecino, pero Rey y Señor, y también Padre y Amigo de los demás vecinos.

VIII

Qué dicen los hombres del Corazón de Jesús y qué dicen los niños

Escribo estas notas en un huequecillo del día del Sagrado Corazón de Jesús.

Quizás por eso están tocadas de la tristeza mansa, pero tristeza, que la contemplación del Corazón *herido* pone en el alma.

Qué dicen los hartos

¿Qué dicen de Ti, qué sienten de tu Corazón los hartos de riquezas, de orgullo, de comodidades, de halagos, de placeres?

Que no te necesitan ni te echan de menos...

¡He oído tantas veces esta frase: eso de la religión, de la resignación, del amor del Corazón de Jesús a los hombres es muy bueno que se predique a los pobres, a los infelices... ¿pero a nosotros? *¡No nos hace falta!*

Ya lo sabes, Señor, a los hartos no les haces falta.

Los hambrientos

Hace unos días he oído a una pobre mujer que tenía que sostener con su trabajo a su marido enfermo y a sus pequeñuelos, esta frase que me heló el alma.

A la pregunta de si habría cumplido su marido con la Iglesia, respondía con la mayor naturalidad:

—Sí, sí, señor, ¡no faltaba más! porque es lo que yo le digo: anda, hombre, *comurga, comurga* que por eso no te van *a dá ni a quitá ná:* pero te ve el *Señor* Cura y *argo pue sé que caiga...*

¿Te enteras, Corazón herido de Jesús? ¡Por recibir tu Cuerpo, tu Sangre y tu Divinidad ni se pierde ni se gana nada!...

Mucho te dolerá que los hartos no te busquen porque crean que no te necesitan, pero seguramente te dolerá más, mucho más, que *no te echen de menos* los hambrientos...

Los pequeñuelos

Pero gracias que tienes niños y niñas en la tierra que te conozcan, que te sientan, que te busquen con ansia de mucha hambre. Conozco niños que no han dormido la noche que precede a su primera Comunión de santa impaciencia de que tarda en llegar la mañana; me hablan de un niño que, apesadumbrado de que sus maestros se opusieran a su Comunión *porque era muy chico*, pidió a sus papás que por lo menos lo vistieran de blanco para parecerse a los niños felices que hacen su primera Comunión y sé sobre todo de una chiquita de no cumplidos cinco años que invitada y acosada por una amiga de su madre a que le diera un beso cuando volvía de comulgar por vez primera le respondió con esta frase que sólo el Espíritu Santo puede dictar: Ea, ea, no puedo, no puedo darte ningún beso *¡porque se me han acabado!* ¡Toditos, toditos se los he dado al Niño Jesús!

....

Corazón herido de Jesús, ¡que triste sería tu vida en la tierra, sin hambres ni besos de pequeñuelos!

IX

¡Qué graciosa es la inocencia!

¡Cuántas veces ante las salidas de los niños inocentes tan salpicadas de gracia como llenas de precisión y saber, se me ocurre exclamar para mis adentros: ¡qué gracioso es el Espíritu Santo!

¿No son las bocas de la inocencia los conductos por donde se deja oir muchas, muchas veces el escondido Espíritu de Dios?

Preparaba días pasados una buena Religiosa para hacer su primera Comunión a una niña-ángel o a un ángel en forma de niña y le hacía repetir la fórmula de la renovación de las promesas del Santo Bautismo: «Renuncio a Satanás, sus pompas y sus obras.....»

—Oye, le pregunta la Religiosa, ¿tú sabes quién es Satanás?

—El demonio.

—Bien, ¿y sus pompas y sus obras?

—Esas tienen que ser las mujeres que andan por ahí pintándose y fumando, respondió la niña con la naturalidad y prontitud del que dice una cosa que tiene muy sabida.....

¿Verdad que tiene gracia, pero mucha gracia, ese poner como gráfico de las pompas y obras de Satanás una mujer con un pitillo entre sus labios de cereza de droguería?....

¡Nada, que es muy gracioso el Inspirador de los niños inocentes!

X

De cómo sienten más finamente a Jesús los chicos que los grandes

La tita de Pepín, angel de cinco años, de corazón muy bueno para sentir a Jesús, ha tomado la resolución de quemar las estampas religiosas que el manoseo y los juegos del sobrino han puesto con colores indefinidos y adornos de churretes totalmente indecorosas.

—¿Y vas a quemar al Señor, tita? replica a sus observaciones en el colmo del espanto el alma delicada del niño.

—No, el Señor no se quema ni se puede quemar, porque en la estampa no está más que la imagen del Señor.

—Pero, pero, prosigue tembloroso Pepín, si lo quemas aunque sea así, ¿no le *dole?*

—No, hombre, no le duele eso al Señor.

—Digo yo, tita, y la cara del Señor que está en la estampa, ¿adónde se va cuando tú la quemas?

—Pues, pues, responde entre indecisa y apurada, se va al cielo.

—Bueno, yo no quiero ver quemar la estampa del Señor; tú avisa y yo cierro los ojos.

—¡Ea! ciérralos ya.

Y cuando transcurridos unos instantes de ojos exageradamente apretados, Pepín vuelve a abrirlos poquito a poco y ve las pavesas del papel quemado

subiendo por el aire, con sus deditos apretados sobre los labios tira besos y con voz mojada por dos gruesas lágrimas exclama: ¡Adiós, Señor!...

XI

¡Eso es orar con fe viva!

La madre de una Elisita González, saladísima sevillanita de tres años, me cuenta: Elisita me quiere mucho; días pasados estuve en cama con un catarro y al ver que no me levantaba, se la encontró la muchacha de rodillas, en una sillita chica que tiene, delante del Sagrado Corazón (entronizado en la casa) con las manitas cruzadas y moviendo los labios. Cuando terminó se vuelve a la criada y le dice: ¿Se ha *ponido* mamá buena? Le contestó que sí y muy convencida y satisfecha, como la cosa más natural, exclama «¡¡Porque se lo he *pidido* yo al Señor!!»

Fe viva en la Eucaristía

Una niña de cuatro años de un pueblo de Málaga le pregunta a su tía cuando viene de Misa: Tita, ¿has comulgado?—Sí, le contesta.—Pues entonces saca la lengua para que te la bese.

Una buena comunión espiritual

Otra niña del mismo pueblo, de ocho años, que comulga con mucha frecuencia y que, por estar muy endeblita, un día no se atrevían a dejarla, deseaba tanto comulgar que su madre consintió en ponerle

una inyección y dejarla ir a comulgar, pero en el camino hubo de volverse llorando amargamente porque no tenía fuerzas para llegar a la Iglesia. ¡Con qué gusto recibiría Jesús aquel querer y no poder de su menuda y débil comulgante!

XII

Una deliciosa elección de estado

Una Anita que yo conozco, de más perspicacia que cuerpo (unos tres palmos) y de más sal que años (unos cuatro o cinco) e hija de unos padres muy padres como Dios y la Santa Iglesia mandan y bendicen, y hermana de nueve más en rápida escala ascendente y descendente, decía días atrás un poco amostazada de oir repetir a una hermanita mayor que quiere ser Hermanita de los pobres, y a otro hermano que todos los días rezaba cinco Padrenuestros para que no *se le fuera* la vocación de sacerdote:

—Mamá, le advierto a usted que yo no quiero ni ser monja ni que me metan a monja.

—Pero ¿tú crees que eso se hace a la fuerza?— le respondió la madre. —Monja no es más que la que quiere serlo, porque el Señor la llame; pero contra su voluntad, ninguna entra en un Convento.

—Bueno, prosigue mi Anita, que por cierto disfruta del cariño de una excelente abuela, digo yo: ¿y abuelita se puede ser cuando una quiera?

Sí, según, replica un poco en aprieto la madre, según...

—Pero, interrumpe vivamente la niña, yo pienso que cuando una es abuela ya no tiene madre... así que lo que yo quiero ser siempre es niña chiquita para que Vd. siempre, siempre sea mi mamaíta.

....

¡Qué bien, si nos decidiéramos todos a tomar por divisa y estado de nuestra vida espiritual la feliz y tierna ocurrencia de Anita: *ser siempre niño chiquito por la humildad y la confianza para que Jesús sea siempre nuestro Padre y nuestra Madre!...*

¡Qué pronta y fácilmente nos haríamos santos!

XIII

Cristinuca

Cristinuca me ha mandado decir por medio de sus papás que quiere recibir la primera Comunión de mis manos.

Cristinuca es un angelín montañés de seis años de edad, de unos ojos tan negros como centelleantes y de ingenio tan rápido como de lengua y de piernas, y que hizo su primera Comunión el año 1929, que a pesar de sus deseos e invitaciones no pudo recibir de mis manos.

Este año, por fin, pude dársela con casi toda la solemnidad de una primera Comunión.

En resumidas cuentas, me decía ella, esta es la primera Comunión que Vd. me da...

Por el rito de la dicha solemnidad desayunamos juntos y entre bocado y bocado de un tentador bizcocho responde Cristinuca a mi pregunta de cómo le había sentado su nueva primera Comunión:

—Pues mire usted, señor Obispo, me ha sabido muy ricamente... tanto que me hubiera gustado que me hubieran seguido dando más Hostias...

Y después de la pausa impuesta por un nuevo bocado, me dice con lentitud de convencida:

—¡Está tan rica la Hostia!

Nueva pausa de dos bocados seguidos y un sorbito de café con leche.

—Pero ¡cuidado, Señor Obispo! ¡que a mí no me gustan las Hostias más que después de la Consagración!

Insistiendo en la misma idea preguntaba más tarde a su tía:

—¿Porqué no dan a los que comulgan una Hostia tan grande como la del Sacerdote?

¿No podrían alguna vez cambiarlas?

—Y ¿para qué quieres tú que sea tan grande tu Hostia?

—Pues para que *me dure más.*

....

Os confieso que no he oído jamás en boca tan chica modos más finos de desear gustar la presencia sacramental de Jesús.

¡Cómo se comunica el Espíritu Santo con las almas limpias y sencillas!

XIV

Dos buenas tandas de Primeras Comuniones

¡Lo que he gozado dos mañanas en mi Capilla!

En una de ellas di la Primera Comunión a cinco ángeles de los cuales uno tenía siete años; dos, menos de seis; dos, menos de cinco y uno o una, para hablar con más exactitud, Victorita, menos de *cuatro, ¡tres años y medio!*

Y en la otra mañana di la Primera Comunión a un Tomasito de *cuatro* años y *medio* y a un José Manuel de *cinco* y *medio.*

Y gocé tanto no sólo por lo que me hace gozar el dar a Jesús, el mayor y más seguro de todos sus gustos de la tierra, el de darlo a comer a bocas *ciertamente* puras y de ponerlo a vivir en *copones* de inocencia, sino porque éstas Comuniones fueron *completas...*

Completas, por la preparación dirigida e inculcada por las mismas madres y comprobada por mí en *severo* y minucioso examen; completas, por la cuenta tan cabal que de lo que recibían se daban los menudos comensales; y completas, porque estas primeras Comuniones tuvieron el mejor de todos los acompañamientos, el de la Comunión fervorosa y mojada de lágrimas de los papás, de las mamás y hasta de las rejuvenecidas abuelas...

¡Cómo me hacen gozar estos cuadros familiares de verdad cristianos! ¡Cómo me enternezco de verme padre y pastor de abuelas, padres e hijos, tan al estilo del Pastor Pedro y del Pastor Jesús!

XV

Un beso del Espiritu Santo

Yo creo que así puede llamarse el beso que describe ese párrafo de una carta que acabo de recibir.

«...Una madre joven y piadosa tenía la dulce costumbre de dar un besito a su chiquitín después de su Comunión diaria:

—«Toma, hijo, le decía, éste me lo ha dado Jesús para ti.

Un día, el nene que ya hablaba, al recibir el consabido beso de Jesús, se cuelga del cuello de su madre y, estampando un beso ardiente en sus labios, le dice: «*Toma, ése para El.*»

Excuso decirle lo que la madre sintió al recibir tal encargo.»

De cómo los pequeñuelos pagan a Jesús la predilección que tiene por ellos conociéndolo hasta por instinto

Viene con frecuencia a visitarme un mozo como de unos dos años y medio. A pesar de su cuerpo y sus años tan menudos, tiene un nombre grande, Alejandro, y una afición grande también a venir al *Palalio* del *Lispo*.

Ni que decir tiene que entre su familia y su niñera que son buenas cristianas y la familia del *Palalio*, Alejandrito va sabiendo muchas cosas de Dios, del Niño Jesús, y de la Virgen y de lo que hay que

hacer para tener contenta a la familia del cielo, y sobre todo, y esto es lo que me admira, conoce la Imagen de Nuestro Señor Jesucristo en donde quiera que la encuentre y bajo cualquier forma en que aparezca.

Una de sus delicias es hojear un gran libro con la vida gráfica de Jesús, repleto de grabados con las múltiples escenas del Evangelio de distintos autores.

Pues bien, en esos cuadros en los que el Señor aparece en forma de niño pequeño o mayor, de joven, de hombre, bajo diversos modos y colores de vestido y de acciones y rodeado de otras muchas figuras, ni una sola vez se equivoca Alejandrito al señalar la del Señor con su diminuto índice y su no menos diminuta voz diciendo: aquí está...

¿No os parece que ese distinguir a Jesús es obra más de instinto de Espíritu Santo, que de precocidad infantil?

Cuando se ve a Jesús dejándose encontrar y conocer tan prontamente por un chiquitín y se ve a tanto *sabio* negándolo o dudando de El ¡cómo se acuerda uno de «Te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los prudentes y a los sabios y las revelastes a los párvulos!...»

XVI

Un gran regalo para el Congreso Eucarístico de Toledo

—¿A onde va osté señólobispo? Me pregunta

casi en el estribo para Toledo un chaveílla de unos ocho años y unos ocho mil churretes en su cara.

—Al Congreso Eucarístico de Toledo.

—¿Al qué de Toledo?

—Hombre, a una reunión de mucha gente para decirle al Corazón de Jesús que está en el Sagrario muchas cosas buenas y sacarlo por las calles y cantarle muchas coplas y pedirle perdón y...

¡Ah si!, interrumpe mi chavea con aire de enterado y cara de entre ángel y pícaro, *¡una corría de gala a benefisio del Señó!...* ¡Lástima que no me llevara usté...!

—Ojalá, pero...

—Pos ¡tome usté pa que se lo yeve payá!

Y con el garbo del mejor torero y la gracia de un ángel, dando una vuelta entera sobre su talón derecho y llevándose su mano a su boca tira un beso sonoro y restallado diciendo: ¡Pa el Corazón de Jesú de Toleo!... y ¡güen viaje!

Grandes obsequios llegaron a Toledo en aquellos días; pero quizás ninguno tan grande como el de mi chaveíta... ¿verdad?

XVII

De cómo sienten y platican sobre los atributos de Dios dos pequeñuelas

Una maestra, buena en verdad, sorprendió sin que se dieran cuenta las interesadas, el siguiente diálogo:

Una de cinco años y medio.

—De modo que el Señó está enterito en una mijita de Hostia como en toita la Hostia glande?

Otra de siete u ocho.

—Enterito.

—¿Aunque la mijiya de Hostia sea como la puntiya de una horquiya invisible?

—Enterito.

—Pos, hija, ¿cómo dise la Hermana que el Señó es tan glande y luego cabe en una cosiya tan remenúa?

—Pos, hija, por eso mismito, porque es glande hase toito lo que le da su realísima gana. ¿Te enteras?

—¡Cabalito! ¡Cabalito! responde lentamente y como preocupada.—Entose por eso tamié no lo veremos ni lo tocaremos, cuando comulgamos...

(Cambiando de tono y con rapidez) ¿Pos no parese, hija, que el Señó está jugando al escondé en el Sagrario?

A lo mejon dise: ¡ya! y va una y parese que ya no está y está. Y otra vese sin desí na ni na se trompiesa una con El.

Y con tono de una Sta. Teresa exclama:

¡Cuidao que es glande el Señó!...

XVIII

De cómo los chicos entienden mejor los abandonos del Sagrario que los grandes : :

Corto de una carta:

«Al pasar por la Catedral, me demostró mi sobrinillo (de unos siete años) deseos de entrar.

Era al atardecer y nuestra Basílica sabe S. I. que es severa y obscura. Estuvimos recorriéndola toda y él admirando y mirando todo incluso el coro. No había en el templo más que una o dos personas y al salir de una de las capillas me dice: «Si nos quedáramos aquí encerrados ¡qué bien estábamos!, ¿verdad?»—Sí, le dije, porque teníamos bancos para estar sentados y pasar la noche, y entonces añade él: «No es por eso; es porque estábamos con Jesús que está solo y así le acompañábamos.» Me dejó asombrada y edificada. Amo bendito, que piense así siempre este ángel.»

XIX

De cómo no siempre va a ser verdad aquello de «si quieres un hijo pillo mételo a monacillo»

Y vayan estos rengloncillos a volver por la mal parada honra de los que ejercen oficios menudos

cerca del Altar que bien merecían ser envidiados por los hijos de los reyes.

Es una página brillante de la vida devota de un monacillo.

Me lo cuenta la Hermana Sacristana de una Iglesia de Religiosas.

«Nuestro acólito, niño de ocho años, me dice, tenía un empeño loco en tener cordón con su borla en el roquete hasta que hube de darle gusto, poniéndole uno; gozó de él unos días, al cabo de los cuales vimos con sorpresa que salía sin él. Le pregunto que porqué lo había quitado y dice muy serio: «Es que me distraía con él y... ¡la misa vale más que el cordón! pues lo quito y ¡se acabó!»

¿Verdad que tiene gracia y enjundia esta frasecita? «¡La Misa vale más que el cordón!»

Por lo pronto es todo un desagravio de los desmanes de sus colegas y un buen sermón a los no colegas que sacrifican el respeto y la devoción a su Misa y a los actos del culto por atender a cosas que valen poco más o menos que el cordón del roquete de nuestro menudo héroe.

XX

Un gran prodigio por una perra chica

No tomen a extrañeza ni a risa mis lectores el título.

Visitando pastoralmente un Domingo de Pasión el pueblo de Mijas tuve el consuelo y ¿por qué

no decirlo? la emoción de oir contar al señor Cura y a varios calificados feligreses el siguiente relato, encantadora prueba de lo que pueden cerca de Dios los pobres y los pequeñuelos.

Un pobre niño de dicho pueblo, asociado por su padre al oficio de éste de vendedor de almejas en los pueblos de la Sierra y como de unos diez a once años, había sido preparado por una familia piadosa, muy amante de practicar esta obra de celo, a su primera Comunión.

La fecha fijada para esta era la Fiesta de S. José. La víspera estuvo confesándose en la Parroquia nuestro almejerillo y al concluir, le manifestó al P. Cura la gran pena que le nublaba el cielo de su felicidad.

Su padre había traído abundante cantidad de almejas de las playas de Fuengirola y le había dicho que a media noche tenían que salir para venderlas en Coín.

No era lo largo y duro de estos viajes a través de la sierra y por veredas de cabras y casi inaccesibles lo que le ponía tristeza ¡en sus cortos años se ha andado tantas veces las tres y cuatro horas de ese y otros tan escabrosos caminos!

¡Perder su Comunión!

¡La Comunión en la que venía soñando tantas noches y por la que venía suspirando tantos días!

—Pero verá V., Pae Cura, terminó su lamento cambiando de tono, verá Vd. como yo comurgo mañana.

Ahora mismito bí a echarle a la Virgen de la Peña una perriya que tengo y le bí a pedí con toas mis ganas que pa la hora de salí pa Coín yuevan chusos y a mi padre se le quiten las ganas de salí pa Coín...

El señor Cura recibió con una sonrisa el inocente recurso de la Fe de su almejerillo.

A la media noche del día de S. José ya estaba el padre de nuestro protagonista levantándolo de la cama y ofreciéndole una taza de café *pa calentá la máquina* para el viaje a Coín.

Levantado y vestido en un periquete, se resistió hábilmente a tomar el café.

¡Estaba tan seguro de que había de comulgar!

Púsose con calma a arreglar sus canastas y sus avíos de viaje, no sin asomarse al corral y a la calle a ver como estaba el cielo... ¡La primera vez estrellado y sin una nube!

—Chiquillo ¿pero nos vamos a ir sin que te tomes el café? le dice el padre ya dispuesto a marchar.

—Si... si... no... no... aluego...

—Pero ¿no oye? dice asombrado aquel ¿eso es yové?

—Popaito, ¡Una granisá que no deja asomá ni las narise!

El hecho era rigurosamente cierto; desde las dos de la madrugada hasta bien entrado el día llovió tan copiosamente y solo sobre Mijas y sobre media legua a la redonda, pues ni en Málaga llovió ni en los pueblos circunvecinos, que de verdad se *aguó* y se imposibilitó el viaje...

Antes que fuera de día claro y dando saltos de alegría estaba nuestro comulgante en la puerta de la Parroquia diciendo con cara de ángel de mañana de Resurrección: ¡No iba yo a comulgá hoy ni ná, con lo que se lo he pedío al Señó y hasta con una chica que le eché a la Vinge!...

....

Yo no sé lo que dirán de todo este relato los señores *espíritus fuertes* adoradores del *dios casualidad*; ni me hace falta saberlo.

De mí digo que cuando acabaron el señor Cura y sus feligreses de contármelo, yo sentía las lágrimas asomarse a mis ojos y no pude menos de exclamar: Así es nuestro Dios, el Dios de nuestro Evangelio, que resiste a las potestades soberbias y se deja ganar por la perra chica de un menudo vendedor de almejas...

XXI

¡Eso era antes!

Recreábame días pasados recibiendo las deliciosas confidencias de un feliz comulgante de cinco años, vivo, gracioso y penetrante.

—Oye, le decía yo entre serio y broma, ¿y aquellas mentirillas y rabietas y malos modos y caprichitos y respuestas de «no me da la gana» con gestos de vinagrillo?

Y con un semblante a la par grave, candoroso y humilde me dice recalcando cada palabra:

—¡Eso... era... antes!... ¡Cuando yo no comulgaba!

Os digo la verdad que la salida del chiquitín me supo a sermón, a sentencia, a reproche... ¡Qué! ¿no debiera nuestra Comunión dividir nuestra vida en dos partes completamente distintas y opuestas?

¡Con qué asombro se enterará ese niño, andando la vida, que no pocos de los que comulgan son lo mismo *que eran antes* de comulgar!...

Chicos y grandes comulgantes, por honor y por justicia y por gratitud al Jesús Santísimo de nuestras Comuniones, ¿vamos a ser después de cada una un poco más buenos *que éramos antes?*

XXII

Un ingenioso modo de no olvidarse de las oraciones de cada día

El Ave María y las alpargatas

Que no se extrañen mis lectores al ver reunidas cosas tan distintas y de relación tan desproporcionada, que el siguiente diálogo, que tomo del natural, les disipará todas sus extrañezas.

Catequista: Dime, ¿rezas ya por fin el Ave María que te encargué?

—Yo zí.

—¿Todos los días?

—Zí señora.

—Pero ¿por la mañana y por la noche?

—Que zi señora.

—¿De verdad, de verdad?

—Miosté, señorita, tan de verdá que ya la reso hasta sin poderlo remediá.

—¿Sin poderlo remediar como si fuera una cosa mala?

—No, no, es que las alpargatas tienen la curpa.

—Pues ¡ya escampa!

—¡Ja, ja, ja,! interrumpen los demás catequizandos del grupo,—Señorita, no jaga osté caso de este chavea, que está chalao...

¿Chalao yo? ostés si que lo seis...

—Miosté, señorita, que es mú verdá que las alpargatas tienen la curpa de que yo rese toito los días el Dios te salve, María.

—Bien, hombre, explícate y te entenderemos.

—Pos verá osté; al prinsipio tos, tos los días me sorvidaba resá, comosté nos decía, hasta que un día boy y digo: pos lo que es yo no me boy a orviá ma sino que ca bé que me ponga o me quite las alpargata tengo que resá el Dios te salve María..... y miosté, ma hecho ya a esa maña que ná má que me miro a los pies, ya me vienen ganas de resá.

....

Los compañeros reían la ocurrencia del *chalao;* pero reza la crónica que a la Catequista y al cronista no les vinieron ganas de reir sino de llorar emocionados ante la ingeniosa y sencilla piedad del candoroso zagal.

XXIII

De cómo Ntro. Señor tiene su flaco y cómo los niños saben dar con él y sacarle cuanto quieran

Pues Señor...

Y no va de cuento, sino de historia que he visto repetida cuantas veces la he querido representar.

Cuando se anda metido en obras de muchos gastos con muy poco dinero, de muchas necesidades con muy escasos medios de satisfacerlas, con muchas atenciones y ocupaciones con endebles fuerzas para darles paso, se ve uno y se desea para buscar dineros, medios y fuerzas, y caso de no encontrarlos, suplir con otros recursos, capotear con buena mano derecha los apuros amenazadores y apremiantes.

Y como me gusta confiar a los amigos de «El Granito», que quien más, quien menos, andará en barridos y fregados parecidos, las recetas que me dan resultado, por si las quieren aprovechar, les voy a propinar una de un resultado sorprendente.

Tiene su poco de picardía y segunda intención.

La receta consiste en buscar nada menos que el *flaco* de Padre Dios. ¡Que lo tiene como lo tenemos todos!

¿Que quién se atreve?

El ha prometido no enfadarse con la gente menuda, antes bien, estar muy propicio a lo que le pidan.

Pues bien ¿tiene V. un apuro insoluble? Busque un grupo de niños o niñas y mientras más mejor, que conozcan y quieran al Jesús de su Sagrario: les pide que cada uno ofrezca por lo menos un día una pequeña mortificación y esta breve jaculatoria: «Padre celestial, te ofrezco esto para que se luzca el Corazón de tu Hijo Jesús en lo que te pida D. Fulano o el señor Zutano» y... verá Vd. resultados buenos y sorpresas agradables.

¿No os acordáis de cómo conseguimos el venero de agua abundantísima y buenísima para mi Seminario con el «Corazón de Jesús, agua limpia y abundante» repetido cada minuto durante semanas enteras por turnos de tres seminaristas?

¿Y las pesetas que han venido, vienen y vendrán por el machaqueo constante ante el Sagrario de «Dinero limpio y abundante para el Seminario del Corazón Eucarístico de tu Hijo?»

Una prueba

Hojeando papeles viejos tropiezo con un sobrecito relleno de tiritas de papel escritas con lápiz las más y con tinta las menos con ofrecimiento de menudos sacrificios hechos por niñas de un colegio piadoso para salir de uno de esos baches en que a las veces queda uno como metido hasta el cuello.

«He comido el gordo de la carne sin chistar y no me gusta.

Ayer me daba mi madre cuatro caramelos y no los quise.

Me he levantado pronto.

Día 8 de Febrero. Me he privado de la merienda.

20-1. No contestar a mi madre.

Día 12 de Enero. Limpié los cubiertos a la criada.

Flor del día 19 de Enero. No hablé en la clase de labor.

Día 21 Enero 1923. No he desobedecido a mi madre.

Pasaba por la plaza y había un escaparate que me gustaba mucho y pasé sin mirarlo.

Hice el sacrificio de no salir a jugar para estarme haciendo el ejercicio.

Día 13 de enero. Estar meditando en el padrenuestro hasta dormirme.

Día 20 de enero. Me privé de una merienda de gusto conformándome con otra que no me gustaba, o sea, con un cacho solo de pan.»

Padre Celestial, ¡qué bien nos saldría todo si te buscáramos siempre por tu *flaco!*... ¡Como niños! ¡Por el Corazón de tu Hijo Sacramentado!

XXIV

Una distracción en la

Procesión del Corpus:

¡Estos chaveillas!... Pegados mis ojos y mi corazón a la Sda. Hostia de la Custodia, vino a dis-

traerme un rapazuelo como de unos seis o siete años, de color indefinido, de cabeza amelonada, por lo entrelarga, sin más adornos ni coberturas en pies, piernas y cuerpo, que un enorme chaquetón que le llegaba a los tobillos. ¡Todo el tipo de un perfecto *colillero!*

Y vino a distraerme no el tipo, que no es novedad, sino la ocupación del hombrecillo.

Pasaba la Sagrada Custodia por las calles de Málaga debajo de una bella y no interrumpida lluvia de flores, y mi chavea se dedicaba a recoger del suelo, con más afán y ansia que si fueran puntas de cigarros en *buen uso*, puñados de flores y guardarlas y, mejor, apisonarlas en lo único sano que tenía su chaquetón, un enorme bolsillo que le cogía casi de hombro a rodilla.

Y no se contentaba con recoger él solo, sino que con un proselitismo encantador de gestos y miradas, sin romper su silencio, iba enganchando a los golfillos y golfillas del oficio a que lo imitaran.

¿Para qué querrá este chiquito tantas flores?—y aquí empieza mi distracción, ¿cómo saldrán? y al salir luego de ese más que bolsillo *husillo* ¿a qué van a oler? ¿qué color tendrán?

«*Genitori Genitoque...*»

cantaba el cortejo y cortaba mi distracción; pero los menudos *cosecheros* de flores venían a veces hasta mis pies, en busca de ellas, y vuelta a distraerme.

En una de las revueltas de la procesión, por fin desaparecieron de mi vista y de mi recuerdo.

Dos o tres calles antes de llegar a la Catedral, en un pequeño retroceso del *paso*, miro hacia adelante y ¡oh sorpresa! mi chaveita aparece de nuevo; pero no como antes, recogiendo detrás flores, sino delante de la Custodia; y con la destreza de un David, tirando piedras, y con el garbo de la tierra, y la agilidad de un ángel jardinero del paraíso, me lo veo metiendo y sacando su sucia mano en el bolsillo sin fondo y arrojando puñados de flores a la Hostia consagrada...

¡Pero qué ligereza y qué bríos para lanzar y remontar sus flores! ¡Aquello era un surtidor de flores, un arco de flores tendido entre el bolsillo famoso y el pie de la Custodia...!

Hasta el punto que en lo vertiginoso del movimiento, la figura del chaveílla se perdía, o mejor, se espiritualizaba y desaparecían de la vista los churretes, los girones y hasta el chaquetón...

¡Y no había miedo de que se cortase el surtidor! Cuatro o cinco de la *partida*, sugestionados por el imperio de la mirada del *jefecillo*, estaban encargados de proveerlo, metiéndose por entre los pies de soldados, policías y sacerdotes y rebañando flores del suelo y aun del aire antes que cayeran.

Os digo, que me emocionó tanto ver avanzar majestuosamente al Rey Jesús debajo de los arcos de flores estrujadas que le iba levantando aquel menudo *rey* de *colilleros*, que lo que comenzó siendo una distracción, acabó por ser meditación sabrosa.

¿Qué o quién movía a aquel corazoncillo para desbordarse de cariño y locura de entusiasmo ante el Jesús callado y oculto de la Hostia?

¿Quién le había enseñado a ejercer aquel precioso apostolado menudo entre sus semejantes, para trocarlos, de recogedores de colillas, malos ejemplos y puntapiés, en delicados recogedores de flores para Jesús?

Nobis datus... Nobis natus...

Dado a nosotros... Para nosotros nacido...

Cantaba el coro, y yo tomaba la respuesta a mis preguntas... los niños, y si son pobres, y más si son hijos del arroyo, saben no sé si por Fe o por instinto o por las dos cosas juntas, que el Jesús de Belén, del Calvario y del Sagrario, es de ellos y para ellos... Y por eso cuando se encuentran, se entienden y se quieren...

Jesús mío, me decía yo, ¿quién sabe si de entre toda la gente mayor que aquí vamos acompañándote con cánticos e inciensos, con armas y condecoraciones, con sedas y joyas, lo que se te ha metido más en el Corazón, lo que te ha gustado más, lo que te ha tenido de verdad contento y desagraviado han sido las florecillas y brincos de tu *colillerillo*, de tu apóstol menudo de *colilleros?*

¿No eres Tú el que «humilia respicit in coelo et in terra?»

¡Encuentran en Ti tanta gracia los desgraciados y los pequeñuelos....!

XXV

¿Precocidad o inspiración?

¡Dicen los niños unas cosas! La pregunta de uno de tres años hace unos días me dejó perplejo.

Mientras yo hablaba con su padre en la galería que da acceso a mi Capilla, notaba que su chiquitín, un angelito rubio, vivaracho y hablador hasta por los codos, se dedicaba a entrar en aquélla y a salir de ella a los pocos instantes para volver a entrar, después de pedir siempre permiso a su padre y a mí.

—¿*Velvo?* (Vuelvo) y allá entraba.

Se despide el padre por fin y, al tomar de la mano a su ángel para llevárselo, vuelve éste a dar otra escapada a su Capilla, me besa de rodillas la mano, me tira de la sotana para poder llegar a besar la Cruz pectoral y, notando que yo también me alejaba de la Capilla me dice con ojos y tono de asombro:

—¿*Pero se va a quedá solito el Señó?*

En la perplejidad que la tal salida me produjo no supe apenas contestarle más que con un—Si yo vuelvo corriendo!

Y la verdad es que toda la tarde me estuvo dando vueltas en el alma la palabra del niño. ¿Quién le había hecho conocer tan al vivo el misterio de la real presencia y quién sentir la pena y la extrañeza de ver solo al Señor del Sagrario?

¿No os parece que más que precocidad infantil hay en este caso un nuevo cumplimiento de la palabra

del Maestro «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y a los prudentes del siglo y las revelaste a los párvulos?»

XXVI

Los aguinaldos de los ángeles

¡Así! Así deben llamarse las cinco monedas de cinco céntimos que me han traído estas Pascuas.

A uno de mis familiares rodea un grupo de cuatro pequeñinas, tan pobres de vestidos como ricas de alegría y gracia en sus caras, y preguntan sin más exordio:

—¿Se echa aquí pa esos niños de mu lejos que se están muriendo de no tené qué comer ni qué ponerse?

—Sí, sí, para los que pide el Papa limosna ¿verdad?.

—Pos güeno: aquí tiene V. una gorda mía que mandao para un mantecao y ¡otra mía! y ¡otra chica mía! ¡Pobresitos! ¡que se jarten siquiera estas Pascuas! Pos yo, añadió tímidamente la cuarta, que era la más menuda, no les puedo echá ná, porque toavía no mandao ¡ni una chica!: pero ¿verdá osté, que se les puede echá unas cuantas de Comunione?

....

¿No tiene esa escena toda la gracia y el encanto de ángeles... andaluces?

XXVII

De primeras Comuniones

¡Cómo se luce el Espíritu Santo en ellas!

¡Cuántas cosas bonitas tengo que contar!

¡Es tan fecundo e ingenioso el amor inocente!

Un caso

Un chiquito, hermano de diez más, uno de los cuales se preparaba para su primera Comunión, no tenía durante la preparación de su hermano más palabra ni petición que ésta, expresada con zalamerías, lágrimas, caras serias y en todos los tonos conocidos.

—¡Yo quiero comulgar también!

—¡Si eres muy chico! si no sabes lo que es eso ¡si es una cabezonada tuya! si...

—Pues yo quería comulgar ¡ea!

Ese fué el diálogo repetido no sé cuántas veces en su casa con su pobre madre viuda, en la Parroquia con el Párroco, en el Colegio con su Maestro, en la plaza jugando con los chiquillos, más dichosos que él porque iban a comulgar o habían ya comulgado...

¡Cosa rara! en los días más próximos a la Fiesta de la 1.ª Comunión, nuestro Joseito, que así se llama nuestro hambriento héroe, ya no decía una palabra de sus tan manifestados deseos: se conten-

taba con no perder la asistencia a los actos preparatorios y con llevar a toda hora su carita entre triste y contrariada.

Llega el día señalado... filas de niños y niñas con sus mejores trajes, sus lacitos blancos y sus manitas juntas se iban acercando al Comulgatorio a recibir la ansiada Comunión... ¿Y Joseito? Lo había dejado la madre acostado por la sencilla y dura razón de tener que ataviar al hermano comulgante, casi del mismo tamaño que él, con la ropa y gala de los dos.

Y en efecto..... colocados de rodillas ante el Comulgatorio y recibiendo ya su Comunión los niños, como traído por los aires, sin ruido ni violencia, aparece junto al que estaba comulgando, con su *babi* agujereado, sus alpargatas deshechas, su cara muy lavada, el mirar receloso y sus brazos muy cruzados ¡nuestro Joseito!

El Sacerdote, que conocía la historia de sus deseos, se acerca, lo mira asombrado y con una espontánea exclamación de ¡te lo ganaste! pone la Hostia chiquita sobre la trémula lengua del niño cuyos harapos y agujeros parecían despedir luces y claridades del cielo...:

¡Se la ganó! era la palabra justa que definía aquella verdadera *conquista* de la primera Comunión.

Y certifico que fué tan de ley esta conquista que Joseito en virtud de aquella y otras muchas Comuniones ha venido a nuestro Seminario en donde con un cuerpo de tres palmos ha aprendido su primer curso como un ¡gigante!

XXVIII

Un rasgo de muy fino amor de una comulgante muy chiquitina : :

No todos los niños están sujetos a la ley de la tacañería. Se dan casos de exquisita generosidad, de deliciosa largueza.

Corto de la carta de una buena María montañesa que embobada (y con razón) me cuenta la Primera Comunión de dos sobrinitos tan despiertos como guapos de cuerpo y alma.

...«Cristinuca está muy devotita; dice que quiere ser carmelita como Santa Teresita..... Cuando le cuento que Jesús bajó del cielo para padecer y morir por nosotros, pues sinó hubiéramos ido todos al infierno, siempre me dice: «¡Ay, tita, yo mejor quisiera haber ido al infierno que no que Jesús sufriera tanto...!»

¡Qué cosas tan finas pone el Espíritu Santo en el corazón y en la boca de los niños! y ¡qué bien saben aprovechar esas ideas los que de verdad son educadores cristianos!

XXIX

Un delicioso examen de Primera Comunión

Se me presenta una buena María con su primogénito, de cuatro niños, para que lo examine para su primera Comunión.

El examinando: seis años de edad, dos ojos celestes de Inmaculada de Murillo, cabellos rubios, casi blancos, de angelito de la gloria, vivacidad de pies, manos y ademanes como de azogue y uniforme de correcto marino.

El examen: No tengo que entretenerme en exordios y preparativos para quitar miedo e infundir confianza en el examinando porque se me acerca y me mira como antiguo camarada, con cara rebosante de ingenuidad y sin muestra de extrañeza:

—¿Tu te llamas...

—Antoñito de tal y tal, para servir a Dios y a mi Obispo.

—¿Tu conoces al Niño Jesús?

—Una risita y un gesto de condescendencia como diciéndome: ¡qué cosas me pregunta!

– Y lo querrás mucho ¿verdad?

—¿Que si lo quiero? ¡La mar! ¡la mar! ¡Es mi padre! ¡Es mi madre!

– El te quiere a ti también mucho.

Y con el aplomo de un viejo doctor me interrumpe:

—Imposible que El me quiera a mí como yo lo quiero a El.

—¡Hombre! ¡hombre! es mucho decir. ¿Quién tiene el corazón más grande, el Niño Jesús o tú?

—El Niño Jesús.

Como tú tienes el corazón más chico, aunque tú lo quieras con todo tu corazón, El te quiere muchísimo más, porque te quiere con su Corazón más grande que...

—Que la mar, y que el mundo y que tó... Y cambiando el tono y poniéndose triste prosigue: lo que es una lástima es lo que han hecho con el Señor los judíos y nosotros cuando hemos sido malos.

—¿Pero qué le ha pasado al Señor?

Pues que le han pegado, y lo han metido preso y lo han matado... ¡Pobrecillo! y mire usted, sin tener culpa ninguna... y se lo ha aguantado todo para que Dios no nos matara a nosotros ni nos mandara al infierno. ¡Es más bueno el Señor!

—Es verdad, es verdad, ¿y tú también quieres ser tan bueno como el Señor?

—¡Claro! lo que es que mire usted, algunas veces...

—¿Qué? ¿te peleas un poquillo? ¿se te va el geniecillo?...

Y con una cara entre picaresca y arrepentida replica:

—Sí, algunas vececillas... pero como me voy a confesar antes de mi primera Comunión, me voy a quedar muy limpio y blanquito y ya después no me voy a enfadar más ni *ná*, y voy a estar más aguantado...

—Muy bien: oye: y en el mismo momento que te entre ahí por la boquita el Niño Jesús ¿qué le vas a decir?

—¡Ah! sí: Niño Jesús, que yo me muera antes de hacer pecados.

Muy requetebien; entonces, ¿hasta cuándo vas a tener ahí en tu corazón al Niño Jesús?

¿Hasta cuándo? Hasta siempre, porque en cuantito

yo comulgue, ya no peco más y no tendrá que irse disgustado nunca... ¡cualquier diilla!

....

La buena madre que presenciaba el examen, lloraba, el Jesús de mi Sagrario, ante cuya presencia estábamos, sonreía y yo creo que llorando y sonriendo a la par, aprobé, estreché y bendije al feliz Antoñito, al angelito de la primera Comunión vestido de correcto marinero.

XXX

Diálogo de ángeles

Alborozado y edificado corto y transcribo de la carta de una activísima María que me dá cuenta de cómo está preparándose su sobrinita Elisa, de cuatro años y medio,para su primera Comunión que dentro de unos días voy a ir a darle.

¡Cómo se siente al Espíritu Santo hablar por la boca de esas dos hermanitas, Elisita la aspirante, y Teresita del Niño Jesús, de dos años y medio, recibiendo de su hermana la iniciación en el conocimiento y amor del Corazón de Jesús!

¡Qué maestra y qué discípula y qué cuadro tan encantador y tan de familia cristiana!

¡El Espíritu de Dios multiplique y llene de paz y alegría esos hogares cristianos!

«...Yo no sé que será más notable en estos diálogos, si la maestra de cuatro años y medio enseñando, o la discípula de dos y medio escuchando

atentamente y preguntando. Estaban hace pocos días sentadas las dos en el balcón del cuarto de mamá y yo en la habitación interior ajustando unas cuentas, pero al cuidado de ellas y muy cerca, por lo que las pude oir perfectamente. Mirando Elisita al Cielo e invitando a mirarlo a su hermana le decía: «¿Tú ves ese Cielo, Teresita? Pues a ese tenemos que ir nosotras»: Teresita mirándolo y como a quien se le hace difícil la subida a pesar de estar acostumbrada a ver cómo se elevan los aeroplanos, contestó: ¿Cómo vamos a subir al Cielo? Mira, le responde la maestrilla, primero tenemos que morirnos y si hemos sido un poquito malas vamos al Purgatorio y cuando estemos allí un poquito..... derechitas al Cielo; y al decir derechitas levantaba su manita derecha y la subía paulatinamente. Y ¿quién va al Cielo? pregunta de nuevo la Teresita; aquí tomando yo parte en dicho diálogo, (pues ya me había situado junto a ellas para enterarme bien) les dije: «los niños buenos». Y ¿quién son los niños buenos? vuelve a replicar ésta preguntona liliputiense; y habiéndoselo dicho que eran los que querían mucho al Niño Jesús y a la Santísima Virgen y obedecían en todo a su papá y a su mamá, volvió a decir Teresita: «¿A mi mamá?» «A tu mamá, le contesté, y los demás niños a la suya porque todos los niños tienen sus mamás.» Al llegar aquí, Elisita que había estado escuchando muy atenta todo ésto, habló de nuevo, diciendo:—«Mira Teresita, (éste mira, no sabe la gracia que me hace, pues parece

que trata con él de atraer la atención de su hermanita) también tenemos otra Madre, es la Santísima Virgen, esa es la Madre de los niños, de las mamás de los niños y de todos; es muy buena, yo la quiero mucho, la quiero más que a mamá.»

Dos o tres días después le estaba diciendo:—Mira Teresita, el Señor bajó del cielo y primero nació, después se hizo un niño, después se hizo un hombre y luego se murió en una Cruz y ¿sabes tú porqué hizo todo esto? La Teresita dijo enseguida—¿por qué?—«Pues, para salvarnos y redimirnos, porque nos quiere mucho.» Después de una explicación que se le hizo un día de lo que Jesús ha hecho y padecido por nosotros, dijo: «Yo quiero mucho al Niño Jesús, pero el Niño Jesús me quiere más a mí que yo a El» añadiendo, (y esto me gustó mucho) «porque El es más bueno.» También le hemos oído decir: «ahora tengo que ser más buena porque voy a hacer mi primera Comunión» y con una entonación muy graciosa continua «¡mentiras ningunas!» gracias a Dios, es muy enemiga de ellas; si hace alguna cosilla que se le reprende, dice enseguida que ha sido ella y le pide perdón al Niño Jesús.

Hace sus actitos de abnegación ofreciéndolos al Niño Jesús como preparación para recibirle en su primera Comunión. Teresita le presta ocasiones para ésto a las mil maravillas, haciéndole ejercitar la paciencia y el desprendimiento, pues todos sus juguetes se los apropia y es encantador ver cómo

cede, dándoselos cuando se le recuerda su primera Comunión.

Alguna que otra vez se impacienta y llora y habiéndome llamado una de estas veces la atención que se callase repentinamente, supe por ella que acordándose que le tienen dicho que cuando el demonio quiere que sea mala lo eche, le acababa de decir bajito: «detente, enemigo, que el Corazón de Jesús está conmigo.» Es una monería las muchas veces que cuando se cae o le duele algo repite aunque sea llorando: Jesusito mío, éste dolorcito por Ti que tanto sufriste por mí.

La Teresita es listísima, y cuando se le pregunta cómo se llama dice: «Teresita del Niño Jesús para ser buena y santa y para servir a Dios y a usted»; esto de para ser buena y santa después de sus apellidos, lo ha aprendido de Elisita, que ella ha inventado hace tiempo decirlo así cuando le preguntan cómo se llama.

También tengo que decirle de Teresita que aunque es muy traviesa y le pega muchas veces a Elisita, muy pronto se arrepiente y es muy zalamera; hace dos o tres días que le pegó a su hermana y al reprenderla fué corriendo, la abrazó, le dió un beso y enseguida viene y me dice: «ya, madrinita.» Como escucha que vamos enseñando algunas cosas a Elisita, ya varios días, cuando empiezo a vestirla me dice: «madrina, ahora a mí, mi lección.»

XXXI

Ingenuidades infantiles

Una

Acababa de hacer su primera Comunión Antoñita G. angelical hija de unos muy buenos padres cristianos y amigos nuestros y, rebosándole la alegría de la presencia de Jesús, dice en tono solemne y decidido a una primita suya que poco tiempo antes había pasado por la misma dicha:

—Te digo que lo que es yo no peco más: se lo he dicho muy fuerte, muy fuerte hoy al Niño Jesús...

Y con aire de vieja maestra le responde la prima en el mismo tono solemne:

—Tú caerás...

—¿Yo?

—Sí, tú, tú, como yo he caído, y eso que toditas las mañanas le digo al Corazón de Jesús que no quiero pecar; pero ¡hija! me caigo a lo mejor...

La verdad es que no sabe uno qué admirar más en esas dos inocencias: si la generosidad de la una o el desencanto precavido de la otra.

Otra

Me cuenta una Maestra, que tiene mucho interés en que sus alumnas asistan a la Santa Misa dándose cuenta de sus misterios y ceremonias, que, preguntándoles días pasados sobre lo que se iban enterando, obtuvo la siguiente saladísima respuesta de una de las más pequeñas:

—Yo ya manterado del prinsipio de la Misa y de lo que quiere desi. Verá usté: se jinca el monaguillo y se pone a darse unos puñetaso mu fuerte en el estógamo disiendo a la pa: ¡yo tengo toa la curpa, yo tengo toa la curpa, yo tengo toa la curpa! hasta que se jarta el Pae Cura y le dise mirándolo con el rabillo del ojo: ¡misereable!...

Era la traducción que había dado al *mea culpa* del Confiteor y al *Misereatur* con que prosigue el Sacerdote.

XXXII

Los apuros en que una teologuilla de cinco años y medio pone a su Maestra

Es un ángel vestido de niña que por su precocidad ha merecido ya recibir su primera Comunión y por la gracia de la Comunión frecuente aumenta su delicadeza de conocimiento y amor de Jesús.

—Hermana, si Dios es tan *glande* (no puede aún pronunciar la r) ¿cómo no lo veo yo que soy tan chica?

—Hermana, ¿verdad usted, que no se debe tocar con los dientes a la *saglada* Hostia para no tirarle un bocadito al Niño Jesús y hacerle *sangle?*

—Hermana, ¿cómo dice usted que va a venir un diablillo del infierno a pillarnos, si somos malos? ¿Pero no ha dicho usted que del infierno no se puede salir?

—Hermana, tiene usted que llamar al *padre* confesor porque ¡ay! tengo que confesarme antes de comulgar.

—¿Pero ese pecado es grande o chico?

—Muy chiquito, hermana, pero como usted me ha dicho que cuando el alma no está muy limpia, el Niño Jesús no está allí a gusto, ¡pues yo no quiero que el Niño Jesús esté encogido en mi corazón, sino que quiero que esté tan cómodo que hasta se quede dormido ahí!

Cuando hizo su primera Comunión, le decían sus Maestras: ahora tienes que ser muy buena para que no se vaya el Niño Jesús.

—¿Irse? responde con graciosa ironía, ¡ya se fué! Yo le digo a usted que lo que es de mi no se va el Niño Jesús.

—¿Y si eres mala?

—No señora, no se va, porque cierro yo la boca y aprieto los dientes y ¡a ver por dónde se va a ir!

Un día la sorprendieron introduciéndose una flor en el pecho por entre los botones de su babi.

—¿Qué haces? le preguntan.

—Pues que mañana va a venir aquí (señalándose al pecho) el Niño Jesús y le estoy poniendo estas florecitas para que huela bien...

....

Angeles guardianes del candor y de la inocencia, rodead y defended a esa fina amiguita de Jesús y dadle imitadoras.

XXXIII

LAS MALAS INFLUENCIAS

Toda la tersa blancura y todo el encanto sobrenatural de los cuadros reales que os acabo de presentar, tomados de mi vida de catequista *empedernido*, van a trocarse en sombras y tristezas de otros cuadros que, aunque por la sal de la tierra de sus protagonistas os harán reir, por los males que descubren o ruinas que presagian, os harán quizás poner serios o llorar. Os presentaré singularmente las malas influencias.

1.º De la ignorancia de la religión.

2.º Del horror a decir la verdad.

3.º De las pasioncillas infantiles y singularmente de la gran pasión de *salirse con la suya.*

Y 4.º De los estragos del escándalo de los niños y jóvenes.

XXXIV

¿Cuando empiezan las malas influencias?

¡Cuántas veces he oido esta excusa a padres bobalicones y educadores descuidados para hablar y conducirse delante de los pequeñuelos con la libertad y el desenfado con que se habla y se obra delante de un irracional o de un muerto o para descuidar su vigilancia como si no los acecharan horribles peligros!

¡Como no se dan cuenta todavía! ¡Son tan chiquitos!

Yo les diría con una experiencia, harto dolorosa a las veces, que después de llevar viviendo muy adentro del mundo de los niños hace muchos años, aún no he podido averiguar cuando empieza a apuntar en ellos el momento de la conciencia, de la reflexión y de la picardía; me atrevería a decir: He tenido ocasión de sorprender y conocer vidas de cinco, cuatro y ¡tres! años iniciadas por arte de malas criadas, de picardeados hermanitos y primitos, malas compañías y malos ejemplos, en torpezas increíbles e insospechables.

¡Cuántas veces y con qué pena he oido en explosiones de sinceridad de muchachos y muchachas encenagados en vicios y enfermos y podridos de alma y cuerpo, esta triste confesión: como era tan chico se decía y se hacía todo delante de mí... yo no entendía, pero imitaba, sin darme cuenta, lo que veía y oía... cuando tuve uso de razón pecaba casi por rutina y casi sin remordimiento...

Citaré un caso no trágico, sino gracioso y confirmatorio de esa precocidad insospechada.

Luisin

Un montañesuco de *dos* años, que aún no sabe hablar palabras enteras ni pronunciar todas las letras, se vale de este procedimiento para engañar a sus papás y sacarles dulces.

Hablo por vista de ojos.

Recibe una galleta, con la mano izquierda hace que se la lleve a la boca y la esconde disimuladamente llevándola a la espalda mientras extiende su mano derecha diciendo en graciosa media lengua: – má, má, má.

¿Y lo que te di? replica la mamá o el papá.

Y con la naturalidad de un viejo sofista exclama con cara compungida:

—¡Oco! ¡oco! esto es: se la llevó el *coco*.

¿Cabe mayor habilidad para escamotear en menos años?

Un gran testimonio

Apelo al testimonio de vuestra propia memoria, padres, madres y educadores bonachones o descuidados.

¿De qué edad os acusa vuestra memoria (y estos recuerdos primeros ¡qué difícilmente se olvidan!) os robó la inocencia de vuestra alma y la pureza de vuestros pensamientos el mal amigo, el mal pariente, el mal servidor, el demonio ladrón de la pureza, en una palabra?

Quizás, quizás en edad inferior a la en que suponéis a vuestros niños inocentes, sordos, ciegos, inalterables e incorruptibles. ¿No es cierto?

Pues sed y obrad vosotros con ellos como el Angel de su guarda.

Padre Dios no manda los Angeles a guardar a sus hijos cuando aparecen los primeros albores de la razón, sino desde que tienen vida.

Padres, madres, educadores, sed con respecto a vuestros hijos y educandos ángeles visibles de su guarda... ¡a todas horas y en todas las edades...!

XXXV

La prisa del demonio en tomar posesión del alma de los niños

A los que aún andan afanados e inquietos con escrúpulos y vacilaciones sobre las comuniones prematuras de los niños y se empeñan en exigirles tantos y más cuantos años de edad y grados de cultura religiosa para que *se preparen bien* y no cometan *sacrilegios*, les diré lo que mi experiencia ministerial me viene enseñando.

De entre los miles de niños y niñas que he tratado, no conozco un solo caso de sacrilegio, aún material, por falta de años o de cultura y en cambio conozco muchos, muchísimos casos de primera Comunión sacrílega de niños y sobre todo de niñas (da horror ¿verdad?) por sobra de malicia, verdaderamente inverosímil, en tan menudas edades.

Y esto que digo es tan cierto como horroroso.

Por eso con toda mi autoridad de Obispo y toda mi pena de amigo de Jesús entristecido por sacrilegios de niños y de niñas, digo a los Párrocos, Padres, Maestros y Catequistas: Daos prisa, daos prisa en llevar a vuestros niños a comulgar.

Mirad que el demonio tiene mucha prisa en entrar antes que Jesús en las almas infantiles y *en cimentar la vida* de los que no ha podido impedir que sean cristianos *en una primera Comunión sacrílega*. ¡Sabe él tan bien la triste vida que sobre ese sacrilegio se edifica!

Educadores y guías de los niños ¡no os dejéis ganar en prisa por el demonio!

XXXVI

LA INFLUENCIA DE LA IGNORANCIA

La región de la ignorancia religiosa no tiene límites ni fronteras.

Por ser Obispo que tanto tiene que ir de acá para allá por pueblos y ciudades, por entre gentes ilustradas y no ilustradas, tengo ocasión de apreciar hasta qué punto llega la ignorancia de lo más elemental de la Religión en todas partes.

Se encuentra uno con casos inverosímiles.

Os voy a contar en confirmación de esto cinco modos de explicar lo que es un Obispo, que he descubierto en varias de mis últimas andanzas.

¿Qué es un Obispo?

Primera respuesta:

Un Obispo, dice entre asombrada y extraña una chiquilla de unos siete años y de posición social

mediana a sus amigas;—¿pues no he visto al Obispo?—¿Cómo te ha parecido? ¿qué te ha dicho? ¿cómo era?

—¡Vaya! ¡si es un hombre vestido de cura!...

—¿Pero qué te habías creído tú que era un Obispo?

—Pues ¡toma! como decían Obispo, Obispo, yo creía que sería el papá de esos bichos que pican... ¡las avispas!

Segunda respuesta:

Entré en un pueblo de Santa Visita Pastoral y entre la masa de cariñosos diocesanos que me rodean y casi no me dejan andar, distingo por la insistencia en no separarse de mi lado un grupo de chiquillas que no dejaba de inspeccionarme de arriba a abajo.

Picada mi curiosidad, aplico un poco el oído a lo que hablaban.

—Pos mira, era la impresión de una, los dientes no son como los de toito el mundo, que son de metá o de oro...

—Pos yo, añadía la otra, le he tocao la mano y la tiene de carne pero atersiopelá...

—Pos miá tú, concluía la más convencida de todas, anda con sus pies por la calle y tó... ¡Dios mío!, me decía yo, ¿qué creerían estos angelitos que era un obispo?

Tercera respuesta:

Se nos descompone el vehículo que nos llevaba a la Visita de un pueblo; mientras nos lo arreglan, nos bajamos a la carretera mis acompañantes y yo y, según la costumbre, nos dedicamos al *Apostolado de la coyuntura*, y nos pusimos a hablar de Catecismo al grupo de curiosos que se juntó en torno de la avería.

Entre ellos había una porción de mozuelas y viejas de los caseríos vecinos a las que catequicé con bastante éxito.

Uno de mis Sacerdotes, para remachar el clavo, mientras yo me dirigía a otro grupo de mozalbetes entre los pescadores, pregunta a las del grupo anterior.

—Pero ¿ustedes saben con quién han estado hablando? ¿Ustedes saben quién es ese señor que lleva esa capa colorada?

Silencio general mientras desde lejos vuelven a mirarme.

Pos un Cura no es, rompe por fin una de las de más edad, porque a los Curas los conozco yo.

Pos entonse, replica otra, ya sé lo que es ¡Un Sancristá!

Trabajillo costó a mi Sacerdote hacerles entender que yo no era un Sacristán sino el Obispo.

—¿El-lobispo? ¿El-lobispo? apuntaba una, ¿pos eso no está ayá por Madrid?

Cuarta respuesta:

No os canséis de repetir hasta la machaconería las cosas que supongáis más sabidas.

Visitando las obras del Seminario con el encargado de ellas, se nos acerca un chavea como

de unos trece años, vestido de azul el cuerpo y con algún que otro churrete en la cara.

—Buenas tardes... Pa osté, dice y me entrega una factura.

—¿Para quién traes esto?

—Pa Do Guan.

—¿Y tengo yo cara de Don Juan?

—Me paece.

—Mira, Don Juan es este señor, ¿tú no me conoces a mí? ¿No sabes quien soy?

—Yo no.

—¿Tú eres de Málaga?

—Yo sí.

—¿En qué colegio has estado?

—En uno de pago.

—¿Y no me has visto tú nunca por tu colegio ni por tu barrio... así con esta capita morada y con este anillo... ¡Vamos! ¿quién crees tú que soy yo?

—Pos miosté, la verdá no lo sé... Por ma que ahora estoy cayendo que quisá, quisá sea osté por casualiá el-lobispo.

—¿Tú ves como me conocías? Vamos a ver: ¿qué te figuras tú que es un Obispo?

—Miosté; yo no sé ná deso.

—Pero algo sabrás: di: ¿un Obispo es militar o paisano?

—Pos melitá.

—Entonces tú crees que yo soy un soldado.

—Como sordao no será osté, pero capitán o general o una cosa gorda, eso quisá.

—¿Y los curas? ¿tú conocerás a los curas, verdad?

—Eso sí.

—¿Y qué te parece ¿los curas son militares o paisanos?

—No eso no, los curas son padre.

—Eso es, eso es, padres de los cristianos de una Parroquia son y por eso se llaman Padres Curas... Y el Obispo es el padre de los padres Curas y de los cristianos de todas las Parroquias...

—Entonse, entonse, replica en el colmo de la perplejidad, ¿osté no tiene que bé ná con la tropa?

¡Ya me costó trabajillo explicarle nuestra milicia espiritual y la jerarquía de la misma!

¿Se enteraría?

Quinta respuesta:

Comentario de un corro de comadres y compadres de un pueblo sobre la persona del Obispo que hacía su visita pastoral.

—Pos no tié muncho paresío que digamo con el-lotro que vino cuando yo era chico.

No, paresío si tiene arguno; en lo arto y en lo gordo. Ahora, lo que yo digo é que no debe sé hijo, sino nieto del lobispo aqué...

Aquellas pobres gentes estaban perfectamente persuadidas de que los Obispos eran una sola familia con transmisión de padres a hijos.

¡Casi, casi como si estuviéramos aún en el antiguo testamento!

....

Dios mío, Dios mío, si el Obispo que es de carne y hueso y anda por las calles no saben los *¡cristianos!* si es hombre o bicho, si de carne o de metal, si sacristán o rey, a Ti, que eres invisible, ¿cómo te conocerán y qué sabrán de Ti?

Marías, almas de Comunión y de amistad con Jesús, ¡no os canséis de pelear contra la ignorancia dándolo a conocer a todas horas, en todas partes y de todos modos!

¡Se le conoce tan poco y por tan pocos!

XXXVII

¿Qué es la Confirmación?

El Sacramento del crecimiento y del desarrollo espiritual, el que en expresión del Catecismo, nos trueca de niños de pecho en varones fuertes y robustos en la Fe, viene a ser para la mayor parte de los niños y niñas el *Sacramento del terror*, y el Obispo que lo administra una especie de *Bu* o de *Coco* que tiene sus delicias en moler a bofetadas a sus indefensos confirmandos.

¡Ni más ni menos! una ya larga experiencia de muchos miles de Confirmaciones administradas me autoriza para hacer la anterior afirmación.

¡Cuántas veces andando por los pueblos, he oído a madres y niñeras esta o parecida exclamación fulminada como sentencia condenatoria de las travesuras de sus pequeñuelos:—¡anda que ya viene el Obispo para señalarte la cara! o estas otras:—

¡ya verás la bofetada que te vas a cargar!... ¡Ay! ¡qué ganitas tengo de que te dé la bofetada el Obispo para que seas bueno!

Lo cierto es que con exclamaciones como éstas y con no explicar a los niños de la Confirmación más que la bofetada que han de recibir, llevar a confirmar a los chiquitines viene a ser en no pocos casos algo así como llevarlos al cadalso con su acompañamiento de protestas en todos los tonos y bajo todas las formas desde el *pucherito* que preludia una lluvia torrencial de lágrimas hasta el encabritamiento y pateo, y desde el resignado «si ya voy a ser buena» hasta el definitivo «no me da la gana». En este como en otros muchos actos de nuestro culto y vida cristiana ¡cómo la ignorancia religiosa va desfigurando y desnaturalizando!

De una *caricia* al nuevo *soldado* en la Fe, que es, según la tradición litúrgica, la famosa y temida bofetada, a ese golpe inhumano de *Bu* con mitra y sin entrañas que va por los pueblos buscando niños malos para ensañarse en ellos ¡cuánta diferencia hay! y ¡con cuánto daño para la Fe y para el aprovechamiento de los Santos Sacramentos!

Para un libro voluminoso tendría con los casos ocurridos en mis visitas pastorales bajo esa infundada y funesta preocupación del miedo a las iras episcopales, en la Confirmación. Pero no dejaré de citar algunos que, como ocurridos en esta bendita tierra de Andalucía, tienen su *sal*.

La venganza de una princesita

Confirmaba a una chiquitina de unos cuatro años que, aunque modestamente vestida, se me presentaba con meneos y garbo y aires de princesa. ¡Todo un tipo de cuadros de corte!

Ufana quizás de su garbo y gentileza, debió contar con que sería dispensada de la *ominosa* ley de la bofetada y con tal aire recibió sus unciones y bendiciones; pero al sentir sobre sus mejillas la no esperada palmadita cambia de aspecto y de aire, retrocede ante mí unos cuatro pasos y con el ceño fruncido y sacándome la lengua, me dispara un «*so feo*» dicho con toda la indignación de una princesa desairada...

Un precavido

Días atrás mientras confirmaba a dos o tres mozuelos, un chiquitín que aguardaba su turno en brazos de su padre preguntaba muy metido en formalidad con los ojos clavados en mi mano derecha: ¿están ya pegando ahí?...

Una espantada

¡Bien lloraba en otro pueblo una chiquita que al acercarse entre sollozos decía: ¡pero con eso no! ¡pero con eso no!

Aproximada a viva fuerza y sin dejar de mirar despavorida hacia el Sacerdote que recogía las papeletas de Confirmación no dejaba de gritar: ¡con

eso no! Con el más dulce de mis tonos le pregunto:—pero, niña, ¿con qué no quieres tu confirmarte? —Con eso, con eso... ¡con los alambes!...

El terror con que la habrían hecho mirar la Confirmación la había inducido a creer que unos alambres en que se iban colgando las papeletas recibidas iban a servir para confirmala pinchándola, amarrándola o no sé cómo...

Un camarada

Pero no en todos se inocula el terror, a pesar de tanta amenaza con el Obispo que viene; los hay despreocupados y bonachones desde que nacen.

Confirmo a un pequeñín de cara mofletuda y mirar plácido y muy gustoso en recibir la Confirmación en brazos del padrino.

Mientras unjo su frente y le doy la trina bendición, mi hombre mete su dedillo índice muy tieso en mi ampolleta del Santo Crisma y con aire de hacer conmigo lo que yo acababa de hacer con él, me dice con una media lengüilla encantadora:

Ahola yo a tú...

XXXVIII

Confirmación y cambalache

A propósito de andar confirmando en Mayo florido por los barrios de Málaga, una buena Maestra, María, me cuenta estas dos escenas que harán reir, sino hicieran llorar por la triste ignorancia que revelan.

Una Discípula: Señora Directora, dice mi momá que no me pueo confirmá porque mi popá no quiere.

La Maestra:—Dile a tu mamá que venga a verme para que me explique eso.

La Mamá: Pos sí señora, dise mi mario que por naita del mundo premite que su hija se confirme.

—Pero ¿por qué? ¿Su marido es libre pensador, anarquista, judío?....

—¡Cá! no señora, mi mario no es ná de eso: mi marío es arbañil: ¿sentera osté? pero dise que no, y que no se confirma su hija de su arma... y miosté: yo le ví a desí la verdad: que una servidora es tamié del partío de mi mario...

—¿Del mismo partido? ¿Pero de qué partido es V. y su marido?

—De ningún partío ¿sabe osté? sino que no queremos que nuestra niña se confirme.

—Pero, buena mujer, ¿por qué? ¿por qué? V. no sabe que el Santo Sacramento de la Confirmación es una cosa muy buena que instituyó nada menos que Nuestro Señor Jesucristo.....

—Sí, sí señora, tó será mu verdá, pero es una triste grasia que una criaturita como mi niña, que desde que nasió es Mariquita de lo Dolore, ahora porque a osté o al Obispo se le meta en la cabeza, le quiten ese nombre tan represioso y le pongan ¡vaya osté a sabé lo que le van a poné a mi niña! ¡que nó! ¡Mariquita de los Dolores nasió y Mariquita de los Dolore se tiene que morí! ¡Que no armitimo cambalache!

Trabajillo costó a la buena maestra convencerla de que la Confirmación no era un *cambalache* de nombres; pero cuando lo supo la atribulada madre, respirando muy fuerte y como la que se desprende de un gran peso, terminó diciéndole:

—Miosté, Señora Directora; ¡que confirmen a mi Mariquita de lo Dolore una osena de veses, pero sin cambalaches!

XXXIX

Confirmación y Piñata

(Escenario: Una escuela en vísperas de visita pastoral a la parroquia).

—Señora Directora: dice mi momá que no me pué osté confirmá porque ya lo estoy.

—Mira niña, que yo no soy quien confirmo, sino el Señor Obispo, en la Parroquia, a las niñas y a los niños que no están confirmados; y si tu madre dice que lo estás ya, eso me indica dos cosas: que tu madre sabe muy bien la doctrina que enseña que ese sacramento no se puede repetir y que yo por lo tanto te borraré de la lista de las que se van a confirmar.

—Pero es que mi momá dise que sí y una servidora digo que no.

—Eso no está bien; niña, tú debes estar conforme siempre con lo que te diga tu madre.

—Pos yo le digo a usté mi verdá, de que yo no estoy confirmá aunque se empeñe mi momá.

—Mira, mejor será que le digas a tu mamá que haga el favor de venir a verme.

(La mamá en escena)

—Pos, sí señora, mi niña, esta niña mia que osté ve, está confirmá y reconfirmá... y es una singrasia que la pobre mia se presente otra vez ayí y le tengan que desí: pero niña, ¿aónde tas dejao la vergüensa?

(Cara de estupefacción en la maestra como diciendo: no la entiendo).

—Pos yo digo, replica la niña enojada, que no estoy confirmá ni una vesesiya siquiera... ¡ea! ¡que no! y ¡que no!

(La mamá indignada)

—¿Habrase visto niña con más gañote? pero, hija mía, esa es la criansa que tabemo dáo yo y el retebuenísimo de tu padre?... ¿que vaya por toita la ilesias con la boca abierta como un gorrión encuerao disiendo: pío, pío; como si no tuvieras tú, arma mía, unos padres mu güenos, sí señora, mejorando lo presente, mu güenisimo pa jartarte de tó, hasta de castaña pilonga, y almendra y de toito lo er mundo?...

La buena maestra no acababa de salir de su estupefacción ni empezaba a poder descubrir el misterio o el lío aquel de la relación entre la Confirmación, la vergüenza, *el gañote*, las almendras...

—Pero mire V., buena mujer, si no se trata de que su niña vaya a la Iglesia a comer castañas, ni almendras, sino a recibir el Santo Sacramento de

la Confirmación... que no es cosa de comer sino...

—Déjeme osté a mí, señora, que yo ya entiendo tó eso ¿no ve osté que un tío agüelo mío fué sacristán y acá estamo tós mu enterao de la cosa de la ilesia?

Y dise osté que el Santo Sacramento ese no es pa comé; pero yo le digo a osté que mi hija sabe que de la ilesia viene con lo borsillo yeno de caramelo y arveyana y de tó, y a eso voy: que no quiero yo ni su papaito que la tengan que echá de ningún lao ¡por gañote! ¡que nó y que nó! Semo acá una gente mu pobre, sabe osté, pero de mucho barní en la cara, a Dió grasia.

(La buena maestra, sudando ya, le interrumpía de cuando en cuando:) —Está bien; pero si no se trata de eso, sino de la Confirmación.

Como supremo refugio le dice:

—Vamos a ver; ¿V. ha visto confirmarse alguna vez a alguien?

—Yo nó.

—¿Usted ha llevado o mandado confirmar a su hija o a alguien?

—Yo nó.

—Entonces, ¿qué señal tiene V. de que su hija está confirmada?

—Señá, señá? miosté, como señá no sé, pero, niña mía, niña mia, ¿se ta olvidao los durses y las cosas que tragite el domingo piñata y que tú me dijiste que era de eso, de la Confirmación o de una cosa así?

—¿Yo, yo? Momaita, que no; lo què llevé aquer día era lo que había recogío de la piñata de mi Catecismo, ¿sentera osté, ¡de mi Catecismo! ¡pero de la Confirmación nó y retenó!

La pobre madre tan amante de la vergüenza como ignorante de la Doctrina, con un profundo acento de convicción:

—Pos mire osté, señora diretora, mi niña llevaba rasón: lo que le iban dao era la piñata pero no la Confirmasión... ¡al fin y al cabo tó es cosa de ilesia! ¿verdá osté?

....

¡Qué pena de que la *mala sombra* de la ignorancia obscurezca tan brillantes prendas como la de esa buena mujer!

XL

El cine de un zagalillo

Del inmediato pueblo de C. me dan una nota, a la par que graciosa, demostrativa de hasta donde puede llegar la ignorancia.

En una de las noches de misión preparatoria para la gran Fiesta de la Entronización del Corazón de Jesús, se le ocurrió a un zagal de unos diez y siete años de los que rarísima vez pisan las calles del pueblo, dejar su ganado y venirse a C. a ver eso del Cine de que tanto oía hablar a los que del pueblo iban por allá; fiel a las indicaciones recibidas, se llegó a la taquilla y largó

su *gorda* a cambio de la ansiada entrada; con su papel en la mano, deshecho en ganas de ver los cuadros y desconocedor de la puerta del Cine, siguió hacia donde se dirigía una gran masa de gente; con ella se entró y allí se estuvo inmóvil mientras no vió que salían todos.

—Diusté, se permite preguntar, en un colmo de perplejidad y sin soltar de la mano su entrada, a uno de los que con él salían, diusté *¿eso del sine ha sío esto aonde habemos estao?*

—¡!

Sí, porque yo ende onde he estao majartao de mirá y yo no he visto má que santo y Cura...

El pobrecillo en donde había estado era en la Iglesia en la que se había cargado su sermón y ¡no se había enterado!

Apóstoles y catequistas ambulantes ¡qué falta hacéis por todas partes pero especialmente por los campos y cortijos!

XLI

A propósito del boxeo infantil

Me cuenta una buena Catequista:

Acababan de pelearse dos de sus catequizandas (caso no raro y más en estos tiempos de boxeo triunfal) y como es natural, la instrucción de aquel día recayó sobre la conveniencia y necesidad de que las niñas no se pelearan y sobre lo bueno, bonito y cristiano de que se quisieran como hermanas.

Para reforzar sus argumentos propuso el ejemplo del Niño Jesús.

—¿A que seguramente, decía la buena catequista, el Niño Jesús no se pelearía con ninguno de sus compañeritos, aunque se metieran con El y le hicieran rabia...?

—¡Claro! replica súbitamente una de las aludidas, ¡claro! *¡cualquieriya se metía con el Niño de Dios!*

—¿Por qué no? ¿no era un niño como los otros?

—*Sí, señora, pero el que se metiera con él ¡ya estaba aviao! Porque como era Dió le cascaba a uno los güesos y uno no tenía más que agüantarse...*

Trabajillo costó a la Catequista convencer a su argumentante de que el Niño Jesús no echaba mano de su poder de Dios, sino de su mansedumbre de niño humilde, para no pelearse y para sufrirlo en paz cuando se metieran con El.

XLII

El pueblo andaluz ante el portal

Ahora que tan en boga está el coleccionismo o *Folk-lore* de cantos, frases, costumbres, usos populares, no sentaría mal presentar algunos botones de muestra de *extravíos* populares hijos de una buena fe, sin duda grande, como de una gran ignorancia.

Quizás de todos los misterios de nuestra Religión el más popular o por lo menos el que más ha hecho

cantar a nuestro pueblo, especialmente al andaluz, es el misterio de Belén.

¡Qué riqueza y variedad de cantos ha compuesto en forma de Villancicos para cantarlos al son de la zambomba y la pandereta en las *Jornaditas* y *Parrandas* que preceden al Nacimiento, en la clásica Noche buena y en los siguientes días de Pascua, Año Nuevo y Reyes magos!

Y es de verdad para alabar a Dios y holgarse hasta el embobamiento, oir las cosas tan serias, sentidas, graciosas y pintorescas que la musa cristiana andaluza inspira a nuestro pueblo ante el Portalito humilde.

Bien llenaría un gran volumen la colección de esas preciosas espontaneidades.

Dejando sembrada esa idea para que los técnicos la cultiven y cosechen, quiero llamar la atención sobre lo que he llamado *extravío* de la musa popular para su corrección y enmienda por parte de quien pueda.

Y ¡qué extravíos! ¡qué enormidades se cantan a veces en forma de Villancicos!

Aquí quiero poner como muestra unos ejemplares que he recogido de los labios de unos sencillos *marengos* o pescadores.

Y debo deciros, para descargo de ellos, que aunque los despropósitos nó podían ser más atroces, tampoco la devoción y formalidad con que los cantaban no podían ser mayores.

VILLANCICOS

CORO

Camina María,
Camina José,
Que los gallos cantan
Al amanesé.

Un Ange der sielo
Le viene a anunsiá
El misterio grande
De la Trinidá.

COPLAS

La Virgen va caminando
Por un estrecho camino
Y San José va detrás
Vestido de peregrino.

Subido en una montaña
Allí dijo San José:
Si la vista no me engaña
Desde aquí se ve Belén.

Dios te dé muy buenas noches,
Princesa del Paraíso,
Esposa de San José,
Madre del Niño de Cristo.

CORO

Vení pastorsitos,
Vení a Belén,
Que el Niño de Dios
Ya quiere nasé.

¿Verdad que dá risa y pena ver tan buena Fe y tanta fantasía mal empleadas?

XLIII

Un modelo poco recomendable de dar una mala noticia

Una mozuela, me cuenta un Catequista, se le presentó con una carta en la mano y una congoja de muerte en la cara.

—¡Ay padre Cura! a bé si usté entiende ese lío, porque lo que es yo estoy que me ajogo sin atiná con lo que le pasa al pobretico de mi tío.

El Sacerdote toma la carta y lee:

«Mi mu cerida hija: Pos de lo que me dises de tu tío te diré que el pobretico mío sigue lo mismito, lo mismito, lo cuá que está peó y mu malito y ha tenío yo que quedarme a velarlo y sabrás que por eso no te he escrito en tó este tiempo, por las malas noches, aunque lo mejón que te tengo que desí es que el pobretico de tu tío el día seis (la carta llegaba el 25) se largó a mejón vía y santerró y tó y sayorao la má y por eso no te he escrito yo antoavía...

De mó y manera que ya sabrás como está el pobretico de tu tío...»

Al llegar difícilmente aquí el Sacerdote, rompe a llorar la pobre muchacha diciendo entre sollozos:

—¡Pos eso, pos eso, que con toas esas cosas que le pasan a mi tío yo no sé si a estas horas estará muerto o estará vivo y mejón o peó o lo mismito...

¡Buenos apuros pasó el Catequista para hacer entender a la pobre muchacha que, aunque su madre, *por no asustarla*, le daba la noticia *poco a poco*, su tío estaba muerto de una vez y que debía encomendar su alma a Dios!

—Cuidao con mi madre, se retiró exclamando la muchacha y secándose las lágrimas con el pico del delantal, ¡cuidao con mi madre dando notisias!... Pa quitá el jipo ¡la única!

XLIV

De cómo hay quién ignora hasta su nombre

—Oye niña, ¿cómo te llamas?

—¿Yo? ¿cómo me yamo? ¿yo? ¡ay! yo no lo sé.

—¡Chiquilla! ¿que no sabes tu nombre?

—No zeñora, yo no tengo eso.

—¡Chiquilla! ¿tú tienes madre?

—Sí zeñora.

—Y ¿cómo te dice para llamarte?

—Pos va y me dise: ¡Niñaaa!

—Y cuando tú no le haces caso y no vas ¿cómo te llama?

—Entose va y dice mu enfaá: ¡Arrastrá! ¡como no vengas!...

—Y tu madre ¿cómo se llama?

—No lo zé.

—¿Tampoco? ¿pero cómo le dices tú para llamarla?

—¡Momáá!

—Bueno, y cuando tu *momá* no está y llega una vecina preguntando por ella ¿cómo dice?

—Dice: oye, niña ¿habeis visto ustede a Osefa?

—¡Ah! de modo ¿que tu mamá se llama Josefa?

—Quisá.

—Y tú ¿Josefita?

—Ya eso no se lo pueo desí a osté... ¡miosté! me paese, me paese que alguna vese me yamo yo Pepiya...

XLV

Una primera Comunión por *casualiá*

—¿Habrase visto? ¡Cuidado con las niñas estas! ¡Eso, eso es una cosa muy retemala!

A estas alturas se encontraba la regañuza que en clave de *Sol* estaba echando una buena maestra de párvulas a dos de éstas en el preciso momento de llegar yo a visitar la escuela. Las procesadas, que eran dos, y la que más tendría siete años, con sus brazos cruzados ante el pecho y las mejillas convertidas en brasas de fuego, de avergonzadas, levantaron sus ojos angustiados hacia mí no sé si temiendo una sentencia fulminante o esperando una intercesión misericordiosa.

—Pero ¿qué ocurre en esta escuela? ¿qué han hecho estas dos niñas? ¿qué...

—¿Le parece a V. poco lo que han hecho ayer mismo aquí en la Iglesia del barrio?

—¿En la Iglesia?

—Sí señor; que sin estar preparadas, sin saber una jota de doctrina, se pusieron a comulgar y...

—¿A comulgar?

—Sí señor, y comulgaron de juego.

—Señora Directora, interrumpe tímidamente la mayorcita, miosté, comurgá, sí, que comurgamo, pero de juego le digo yo una servidora que no; que no; ¡que estaban poco serio el Pae Cura y las seño-ra que estaban allí comurgando!

—¡Cállese usted, atrevida!

—Vamos, dije interviniendo en la contienda, ¿por qué os pusisteis a comulgar?

—Pos miosté señolobispo, la verdad; comurgamos por casualiá.

—¿Por casualidad?

—Si señó, entramos en la Ilesia yo y esta niña y vimos que toas la señorita y toas la mujere que bía ayí sarremolinaban alrreor del Pae Cura, abrían la boca y le daba una cosita de comé; pos voy yo y esta niña y digo: pos yo tamié quiero, y yo tamié, y nos fuimo payá mu cayaíta y nos comimos lo que nos dieron y nos gorvimo pa nuestro sitio sin meternos con nadie.

—De modo que habéis comulgado porque todos comulgaban ¿verdad?

—Sí, señolobispo.

—Bueno, pues figuráos que en vez de repartir allí en la Iglesia la Sagrada Comunión hubieran estado repartiendo palos. ¿También os hubiérais acercado a recibir palos? Vamos tú, digo a la más chica, ¿tú qué hubieras hecho?

—Yo salí juyendo pa fuera.

—¿Y tú? repito a la mayor.

Y con un desenfado y una rapidez desconcertantes me responde poniendo los brazos en jarra.

Miosté señolobispo, yo le digo a V. mi verdá, que por el Señó y por las cosa de la Ilesia soy yo capá de dejarme molé a palo.

—Bueno, bueno, repliqué, cortando en seco, vencido por aquella menuda heroína de la frescura. —Y ahora a preparar una *buena segunda* Comunión que no sea por casualidad!...

XLVI

La Comunión a cachitos

Cuando en la vida de apostolado se tropieza uno con tantos casos de ignorancia religiosa, una de las cosas que más pena da, sobre todo por estas tierras de Andalucía de ingenio tan vivo y pronta comprensión, es ver que esa ignorancia no es hija de la falta de luces naturales, sino de quien las encienda y alimente. Como que muchos casos de estos de ignorancia son verdaderos disparos de ingenio y hasta de piedad *en basto;* de ahí que a la par produzcan risa y pena.

Un buen Cura me contaba a este propósito un caso ocurrido en su pueblo.

—Pae Cura,—le dice, todo asustado, al oído el acólito mientras administraba la Sagrada Comunión a los fieles,—Pae Cura, ¡que esa mujé que le ha

dao usté la Comunión, ya ha comurgao en la Ilesia de abajo!

Vuelto a la sacristía, llama a la presunta repetidora de la Comunión, que era una buena mujer, que más tiempo vivía en el campo trabajando que en el pueblo.

—Dígame, le pregunta el señor Cura, ¿ésta mañana ha estado usted en la Iglesia de abajo?

—Sí señó.

—¿Y qué ha hecho V. allí?

—Pos lo que se hace en toítas las ilesias der mundo, resá y oí misa, y confesá y comurgá...

—Entonces ha comulgado V. hoy en la Iglesia de abajo?

—Miosté, Pae Cura, de tó he hecho de una bé; pero de comurgá na má que un cachito.

—¡No entiendo eso de un cachito de Comunión!

Sí, Pae Cura, que cuando marrimé a la barandiya, se conose que no contaban conmigo y con otra mujé, y no queaba más que una Hostia, y allí mesmito andó el Pae haciendo cachito pa que hubiera pa tó... y miosté, el mío apena me yegó a la lengua de chiquerritino que era... y la ¡verdá! dije yo alospué; a lo mejón ni el Señó santerao de esta mijiya de Comunión... y con las misma me vine pacá y he comurgao dertó... ¿No le parese a osté que he hecho bien, Pae Cura?

¡Las lágrimas que derramó la pobre mujer cuando el Padre Cura le explicó que el Señor lo mismo está en un cachito como en toda la Hostia y que

no debía haber recibido aquella segunda Comunión....!

....

No me cansaré de repetirlo; ¡cuántas cosas buenas de nuestro pueblo echa a perder la ignorancia del Catecismo! ¡No nos cansemos de enseñarlo de todos los modos y en toda ocasión!

XLVII

Un caso gracioso de ignorancia... piadosa

Escena 1.ª

Me cuentan unas Marías de uno de sus viajes a un pueblecito próximo.

Habían reunido en la Parroquia un grupito para hacer la visita al Santísimo Sacramento y la Novena a la Virgen del Carmen.

Mientras las buenas mujeres rezaban, un chavetta del pueblo, rabo del diablo o sobrino suyo, se dedicó con un tesón, digno de mejor causa, a la endiablada tarea de turbar la paz, el rezo y la paciencia del señor Cura, de las Marías y del grupo devoto.

Ni miradas serias y garrasperas del señor Cura entre oración y oración, ni pellizcos de las devotas más próximas al diablillo, pudieron apaciguarlo ni echarlo fuera.

En esto, siguiendo el orden de la novena, el señor Cura dice: «Pidamos en silencio al Señor por la intercesión de la Santísima Virgen del Carmen la gracia que queramos alcanzar en esta novena...»

Con la rapidez de una caja de sorpresa y aprovechando el silencio, se levanta una anciana devota y con los brazos en cruz y con los ojos hacia el cielo exclama entre iracunda y compungida: ¡Padre eterno, manda un rayo pa ese pijotero niño!

Risas comprimidas, toses, garrasperas y... se acabó la novena.

ESCENA 2.ª

Personajes: La del rayo, que se acerca a las Marías al día siguiente:

—¡Ay, señorita! ¿V. sabe de algún medio pa cambiá la penitencia sin decírselo al pae Cura?

Encogimiento de hombros de la interrogada como diciéndole: no la entiendo o eso no puede ser.

—¡Miosté que las cosas que a mi me pasan!

He io a confesá ¡vamo! lo de ayé... que se le fué a una la lengua con el endemoniao del niño y le eché la permisión de aqué rayo... y pa cormo de mis males va el pae Cura y m'achao de penitensia tré creos al Niño Jesú...

Y después de un rato de pausa, como tragándose lágrimas, termina en el más convencido de los tonos:

—Le tengo cogía tanta tirria a ese niño, y a toiticos los niños, que samatragantan los creos hasta al mismísimo Niño Jesús...

No por ná... sino por lo der niño...

Miosté ¡ay! si fuese al Padre eterno o al Señó, un poquiyo mayó, ¡aunque fuera un rosario de creos....!

XLVIII

LA INFLUENCIA DEL HORROR A DECIR LA VERDAD

Mi experiencia de chiquillos, por no hablar ahora de gente mayor, me ha enseñado que así como los físicos han registrado en su vocabulario la frase *¡horror al vacío!* los moralistas y psicólogos deben mandar registrar esta otra aplicada a mucha gente menuda: el *horror a decir la verdad*...

XLIX

¿Las verdades de los niños?

Y para hablar con rigor de justicia... ¿las verdades de las niñas?

Contra el conocido y recibido refrán de que «los niños y locos dicen verdades» tengo yo que actuar de *Tío Paco* metiendo su famosa rebaja, en lo que atañe a las niñas.

Porque es el caso que en mi vida de Catequista me he topado muchas, muchas veces con niñas reñidas con el octavo Mandamiento y por cierto con un desparpajo, una sangre fría y una naturalidad que al más incrédulo ponen en trance de tragarse sus *bolas*.

Hartas veces me he puesto a buscar la explicación de esta facilidad y serenidad de mentir y debo confesaros que acabo por no encontrar la satisfactoria.

¿Es exceso de imaginación? ¿Pero cómo aseguran los pedagogos que esta es la última facultad que se despierta en el niño?

¿Es picardía? Pero si casi se puede asegurar que no pocos de esas profesionales del embuste conservan la fragancia de su inocencia.

¿Es insuficiencia de percepción de las cosas? Pero si la urdimbre con que substituyen la verdad supone más ingenio y habilidad que la exposición de ésta lisa y llana.

Póngase en aprieto a una chiquitina de estos nuestros Catecismos o Escuelas sobre quién ha roto tal cosa, quién la ha quitado, quién dijo tal palabra, quién tuvo la culpa de tal o cual falta etc., y, aunque es verdad que hartas veces brilla y triunfa la ingenuidad, no pocas le salen a uno con unas historias tan interesantes y unas afirmaciones tan rotundas y unas actitudes y protestas tan sinceras que la desorientación más completa se apodera del ánimo del que pregunta.

Claro es que si el refrán de que «más pronto se coge a un embustero que a un cojo» es cierto aplicado a los mayores, lo es mucho más, si cabe, aplicado a los pequeños.

Pero así y todo ¡cómo la pegan! ¡Y de qué tretas y habilidades ha de valerse el Catequista para quitarles tan feo y nocivo vicio!

¿Casos?

Por cientos os los podría presentar, por tratarse de chiquillas andaluzas, de una originalidad y desen-

voltura que os asombrarían y harían reir. Vaya uno que vale por mil.

Casi a diario pasa por delante de mi balcón en dirección a la Iglesia una pequeñita como de unos siete años, pizpireta, empinadilla y a pesar de sus dos palmos de vestido con ademanes y gestos de mujer formal. Hizo fijarme en ella el montón de libros devotos que llevaba en su mano y el enorme e hinchado bolso de cuero que cuelga de su brazo.

¡Esa niña debe ser un portento! me he dicho al verla tan metida en formalidad y devoción; y efectivamente un *portento* me ha resultado de... embustera, no en palabras sino en hechos.

He logrado saber que el bolso hinchado va vacío y los libros no le sirven más que para llevarlos en la mano, pues *aun no sabe leer...*

L

De cómo con dos años y medio echan las niñas mentiras de cuatro años de doctorado en embusteras

No una vez sola os he dicho en estas notas, que a la vez que son catequísticas son de psicología infantil (la más intrincada quizás de todas), que las niñas suelen ser más aficionadas a faltar al octavo mandamiento que los niños.

¡Las hay verdaderas artistas en el arte de desfigurar la verdad!

Allá va un caso menudo de una menudilla

—Helmana, dice con la boca hecha agua de alegría y con un medio o un cuarto de lengua, a la Religiosa que le da clase en su colegio, helmana, mestá hasiendo mi momá un tlaje que ¡hastayí! ¡Má bonitooo!.... ¡Má reteplesioso!.... ¡Con botone colorao y encajito y..... la má! y uniendo a la palabra la acción ¡cómo se miraba y remiraba y se contoneaba como si ya se viera lucir su traje!

—Pues mira, le responde la Hermana por responderle algo, dile a tu mamá que me haga a mí otro igual.

—¿Lo mismito que el mio?

—Lo mismito.

—Güeno, güeno.

La chiquitina se va a su banco, se sienta en él, cruza sus brazos como la discípula más atenta y, sin haber transcurrido tres minutos, da un salto y corre de nuevo hacia la Hermana.

—¿Qué quieres otra vez?

—Helmana, dice poniéndose de puntillas y alargando el cuerpo y la boca para llegar casi al oído de aquélla y decirle muy quedo, helmana, dise mi momá que lo siente muncho; pero como ha gastao tantos duros en mi traje que no se lo pué hasé a usté! ¡Que otra vé será!

LI

De cómo abundan los y las chaveas que mienten más que hablan

Entre los niños y las niñas, y me dejo en el tintero ahora a los hombres y a las mujeres que ¡ya ya!, hay quienes cultivan la mentira como si de su cosecha esperaran todo su vivir.

Conozco ejemplares en uno y otro sexo menudo a los que ni por distracción se les escapa una sola verdad.

El mentir de estos ejemplares no es el mentir caviloso, turbado, a medias palabras o palabras ambiguas o con rostro avergonzado del que miente por excepción, o por salir de un mal paso, o por malicia, no; el mentir de estos ciudadanitos es un mentir tranquilo, sin titubeo, sin precaución para que no los cojan, y diría que, a semejanza de esos daltonianos que no pueden ver ciertos colores, hay gente reñida con la verdad y que a fuerza de no ocuparse ni preocuparse en su vida de ella, el mentir de esta gentecilla es un mentir inconsciente, rutinario, casi de *sport* habitual, como el dar puntapiés a cualquier cosa con que topen en forma de pelota, en blando o duro. Aunque a veces me hacen reir, siempre siento ante estos embusterillos pena y miedo: una lengua mentirosa es fuente de incontables cosas malas y de ninguna cosa buena.

Muestras de estas mentiras a caño libre y de

estos profesionales de la tramolla podría presentaros a miles, y conmigo no pocos maestros y catequistas de niños, y sobre todo de niñas, que se ven negros para sacar un átomo de verdad de un quintal de palabras infantiles.

Es de una incontestable certeza que hay niños y ¡ojalá no fueran tantos! embusteros por esencia, presencia y potencia, capaces de cansar, aburrir y exasperar al más hábil y paciente pedagogo.

Un caso entre mil

Trozo de interrogatorio, sea en el Catecismo sea en la escuela.

—Vamos a ver, Fulanita: ¿tú has faltado a tal cosa? ¿has dicho o hecho tal otra?

—Sí, padre.

—Bien, oye, y ¿has faltado a eso muchas veces?

—Una servidora no ha hecho eso nunca, Padre.

—Pero ¿no me dijiste que tú habías faltado en eso?

—¿Quién? ¿yo? ¿yo? Una servidora no *sacuerda*.

—Bueno, y ¿mentirillas? ¿echas algunas mentirillas?

—Una servidora no echa ni una mijita así de mentira.

—Bueno, pero algunos embustillos sí ¿verdad?

—Eso sí, pero embustillos *na ma*.

—Bueno y tú has quitado alguna perrilla a tu mamá sin que lo sepa ella ¿verdad?

—Sí, padre.

—Y ¿has quitado muchas perrillas?

—Padre, una servidora no ha quitado nunca *na*.

Y a ese tenor van subiendo la *frescura* de la interrogada y el *calor* de la impaciencia y de la indignación del interrogante indefinidamente.

Días pasados se me acercan dos chavelillas de unos doce años a besarme reverentes el anillo.

—¿Habéis comulgado ya?

—Sí, señolobispo, responden a coro.

—Y tú, pregunto al menos churretoso, ¿cuántas veces has comulgado ya?

Sinco bese.

—¡Cinco veces! ¡qué bién! y ¿cuándo?

—Pos el lunes, martes, miércoles, jueves y viernes.

¿De esta semana?

—Sí señó.

Efectivamente estábamos en martes...

Me vuelvo al otro y le pregunto:

—Y tú ¿cuándo comulgas?

—Yo tos los Domingos.

—Muy bien; pero ¿por la mañana o por la tarde?

—Eso singún: unas vese comurgamos el sábado por la noche y otra el Domingo por la tarde.

—Ni por casualidad aciertas, hombre. Entonces, ¿cuál fué el último Domingo en que comulgaste?

—Hase ya... ¡El Domingo Pascua!

¿Habéis sacado en limpio si esos pobres niños habían comulgado y qué faltas habían hecho aquellas niñas? ¿No? Pues os declaro ingenuamente

que así tan en ayunas me tengo que quedar yo no pocas veces.

Una frase

Que dice mejor que todas los hechos lo arraigado y difícil de curar de ese mal de la *mentira por respiración* (creo que así merece llamarse).

Me decía una muchacha, metida ya a buena y a virtuosa de verdad, después de contarme sus luchas y victorias sobre otras malas cualidades desarraigadas:

—Lo que no sé, Padre, es cuándo me voy a quitar de ser tan reteembusterísima como he sido desde que tengo boca... Mire V. ¡me salen los embustes como el hipo! ¡sin poderlo remediar!...

Al oirle esta declaración tan sincera de sus mentiras, me convencí de la verdad y del valor de su difícil conversión.

LII

Una escena de familia cristiana y un embusterillo hasta en sueños

Reunidos todos delante de la imagencita de la Virgen rezan padres, hijos y criados el Santo Rosario.

No rara vez los más chicos tienen que hacer proezas de estirones de párpados para no quedarse dormidos; la mamá de cuando en cuando hace de

despertador... ¡Fulanito, que te duermes! ¡Zutanito, que te quedas *frito!*... Protestas en los despertados abriendo desmesuradamente los ojos y rezando más fuertemente... Noches atrás, a propio intento deja de rezar la madre el Padrenuestro al Santo Angel de la Guarda y pregunta para cerciorarse si lo habrán echado de menos los tentados de sueño: —Vamos a ver, Fulanito, esta noche no me puedes decir que no te has dormido ¿a qué Santo hemos dejado de rezarle? Y el Fulanito, de unos cinco años, más en el otro mundo que en éste, responde a medias palabras: Sí... que... nos... hemos comido... el *Padrenuestro*... de... de... de... los municipales!...

LIII

LA INFLUENCIA DE LAS PASIONCILLAS INFANTILES Y SINGULARMENTE DE LA GRAN PASIÓN DE SALIRSE CON LA SUYA

La misma falta de malicia y por tanto de arte de disimular pone más al descubierto en los pequeñuelos los primeros síntomas de las pasiones, ira, avaricia, venganza, lujuria y sobre todo de la terrible pasión, causa ahora de todas sus rabietas, desobediencias, malas caras, cabezas duras y vengancillas y causa después, cuando mayores, de eso mismo, pero desnudo de lo gracioso de la

infantilidad y vestido de lo ridículo de la vanidad o lo trágico y funesto del orgullo, rebelde a veces hasta el crimen.

Padres, maestros, educadores, desechad como máxima falsa, dañosa y funesta esta que corre tanto para disculpar y hasta reir rabietas y terquedades de niños: ¡como es tan chico! ¡cuando sea mayor se le corregirá! ¡Las enfermedades se curan cuando empiezan, los arbolitos se enderezan cuando están chicos...!

LIV

Una lección fundamental de Derecho Internacional y Casero por un doctorzuelo de cuatro años

Examinaba a mi paso por Madrid a un pequeñuelo de cuatro años y meses, que juntamente con otros primos había sido llevado por sus buenos y ejemplares padres para recibir mi bendición, y ver si estaba en condiciones de recibir su primera Comunión.

El chiquito, de ojos despiertos y de inteligencia más despierta aún que sus ojos, respondía con exactitud y aplomo a mis preguntas y me daba la convicción de que era *sujeto apto* para comulgar.

¡Bien se echaba de ver en el desarrollo y precocidad intelectual la solicitud educadora de su buena madre!

Cambio de pronto de tono en mi interrogatorio de cosas necesarias para Comulgar y le pregunto en tono confidencial:

Pero dime ¿es verdad lo que me están diciendo tus ojos que tu tienes malillo genio y rabietas y...

Y con la pronta y hermosa ingenuidad de la inocencia me interrumpe:

—Sí, sí.

—Y que cuando te tocan a tus juguetes, sobre todo tus hermanitos...

—Sí, sí, Ignacito que no quiere más que jugar con mis juguetes y yo... le pego.

—Pero ¿por qué le pegas?

—Pues, pues... porque es más chico que yo.

—De modo que si fuera mayor que tú...

—¡Ca! si fuera mayor me aguantaría sin pegarle... ¡no me fuera a pegar a mi encima!

Reimos todos la ingenua crudeza del sistema penal del chiquito y después de haber tratado de disuadirlo de su ejecución e inculcarle temperamentos de condescendencia y generosidad, me hice y sigo haciéndome esta reflexión: Pegar al más chico, abusar del más chico por esa sola razón de ser más chico y no atreverse con los más grandes precisamente por serlo y porque pueden poder pegar más fuerte, ¿no es esa casi siempre (y pongo el *casi* por caridad) la norma *jurídica* de los tratos entre las naciones y los pueblos y las obras y aun entre las personas?...

¡Pobre justicia la de los hombres grandes tan

parecida a la de los niños chicos y tan contraria a la justicia de Dios!...

LV

Un pedagogo de siete años

Visitaba días atrás las clases instaladas por los beneméritos Hermanos Maristas en las del antiguo Seminario y preguntaba entre otras cosas a los parvulillos:

—Vamos a ver: ¿qué os gusta más, jugar o estudiar?

(Cara de querer decir la verdad y de no atreverse a decirla en todos los menudos espectadores).

—Nada, la verdad, que cada cual diga lo que quiera con verdad.

—Pue a mí, rompe un sincero, a mí me gusta má jugá.

—¡Y a mí!—¡y a mí! ¡y a miiiii tamié!... Tres o cuatro sólo se quedaron sin responder.

—De modo, proseguí yo, ¿qué os gusta más: la clase o el patio?

Y rompiendo su silencio uno de los hasta entonces callado, y de los más chicos por cierto, responde con la gravedad de un Licurgo:

—Cada cosa para lo suyo: para estudiar la clase, para jugar el patio... ¡eso es lo que me gusta a mí!

Los Hermanos todavía no acostumbrados a estas precocidades andaluzas, me miraron con asombro mientras yo proponía y comentaba a los inquietos

parvulillos la gran receta pedagógica que acababa de propinarnos su compañerito.

LVI

Un gracioso sofista de cuatro años

Paseando por un deleitoso jardín de unos buenísimos amigos, oigo de entre unas florestas voces infantiles en son de guerra.

¡Como que en tono airado se hablaba de darse y no darse palos grandes y chicos!

Calada la visera y lanza en ristre, dispuesto cual otro Don Quijote a desfacer cualquier entuerto o desmenuzar al atrevido malandrín que turbaba la tranquilidad de aquel ameno lugar, tópome con dos niños orondos y rotundos, como angelitos de retablo barroco, *metido* en los cuatro años el uno, y en los tres el otro, que forcejeaban entre sí por la posesión de dos varas reciencortadas de uno de aquellos árboles.

—¡El palo *gande* para mí! gritaba el más chico todo nervioso.

—¡Pa mí el *gande* y el chico pa ti! replicaba más sosegadamente el mayor.

—¡Que nó!

—¡Que sí!

—¡Que lo cogí yo primero!

—¡Fui yo primero!

—¡Qué!...

Y vengan y vayan tirones y manoteos, y pucheros y lágrimas por ¡la vara más grande!

—¡Está bien! ¡está bien! digo, interviniendo en la contienda, ¿así se deben portar dos buenos hermanitos? ¿Es eso lo que le gusta al Niño Jesús?

—Es que este dice...

—Es que yo *quero*...

—Vamos a ver; figúrate tú, digo al mayor de los contendientes, que estaba fuertemente abrazado a las dos varas del pleito, figúrate que el Niño Jesús se está paseando por aquí con un amiguito suyo más chico que El y que se encuentra estas dos varas: la una, grande como ésta, y la otra chiquita como ésa; tú sabes que el Niño Jesús de todo lo que tenía y de todo lo que le daban *lo mejor y lo primero lo daba a su compañero.*

Y te pregunto yo a ti ahora: Si el Niño Jesús tuviera, como tú tienes, esas dos varas ¿cuál de ellas daría a su compañero la grande o la chica?

La cara de atención y de interés con que me escuchaba el guapo mozo me hacía esperar un gran fruto de generosidad de mi sermón.

—*Pos*, como el Niño Jesús era más *gande*, se quedaría con la *gande*, y a su amiguito, la chiquita, porque... por eso... porque era más chiquito.

—¡La más chica! ¿pero esa era la mejor?

—Sí, sí, me dice en el más razonable de los tonos, ¡eso es! la más chiquita *pa* que no le pesara mucho y no le fuera a hacer *¡¡¡pupa!!!* en la mano...

LVII

«Si quieres saber quién es fulanillo dale un carguillo»

Ocupábame, al salir de visitar a Nuestro Señor en el Jubileo de las XL horas, en examinar las obras de restauración recién hechas en el viejo atrio de la Iglesia, siguiéndome a respetuosa distancia como en escolta de honor el monacillo, al parecer, de la misma.

Y digo al parecer, por la sotanilla roja y el respingón y almidonado roquete que lo envolvían, aunque en realidad más cara y apostura tenía de uno de esos innumerables Niños Jesús de las Iglesias de Monjas revestidos con las indumentarias más al gusto y al estilo de la que lo *cuida* y guarda.

Esto era en realidad mi silencioso y respetuoso acompañante: un niño gordito y rechoncho, de carrillos tan colorados como su sotana y de cara tan tranquila como si acabaran de sacarlo de una urna.

Al acabar mi inspección, reparo en él y trato de entablar diálogo.

—Oye, ¿tú eres el monacillo de aquí?

Silencio de mi interrogado y mirada un si es no es desdeñosa que equivale, o a mí me lo parece, a esta respuesta:—¡Qué disparate!

—Y tú ¿por qué estás tan gordo?

Nueva mirada en la que, sin perder la seriedad, se apunta una ligera sonrisa de *dignación*.

—Oye ¿y a ti le gustaría ser Obispo?

Sin *dignarse* aun contestar ni aun mirarme, mi hombrecillo se cruza las manos a la espalda y avanza lentamente delante de mí. Intrigado yo con la actitud tan impropia de los cuatro o cinco años de mi *pretendido* interlocutor, le insto:—Pero qué ¿tú no querrías ser obispo y llevar una capa como esta y una cruz...?

—¡Obispo! responde al fin mi olímpico personajillo en tono ídem. ¡Obispo! y ¡yo ya he salio cardená!

—¿Cardenal?

—Sí zeñó, y pa que se entere usté, Cardená y hasta Papa he sío yo.

—¡Chiquillo! ¿Papa tú?

—¿Que nó? Pregúnteselo usté a lo Salesiano sino man sacao a mí de Papa en la procesión de María Auxiliadora.

—¡Ya, ya, ya! Bueno, pues ¡adios, Padre Santo! mientras que en son de cariñosa despedida le hago reverencia.

Y con la solemnidad y soltura de un Papa de verdad y de toda la vida, responde a mi reverencia en broma con una bendición con los dedos de su mano derecha y un muy serio y reposado:

—¡Adió hijo!...

LVIII

Indigestión de niños

Personajes: Una catequista que lleva a su casa a

una su catecúmena de cuatro años para que vea un Niño Jesús que aquélla tiene muy lindo.

—Oiga usté ¿y este santito quién es?

—¿No lo ves? ¡El Niño Jesús! ¿No ves qué bonito es y qué bueno es y lo que quiere a las niñas buenas?... oye ¿tú lo quieres mucho?

—Miosté, señorita, le bi a desí una cosa: Yo quiero al Niño de Jesú sólo po sé Niño de Jesú ¿zabusté? porque ¡ay Dió mío! estoy de niño, ¡hasta aquí! (mientras se tiraba con sus dos deditos de un incipiente rabito de pelo de su cabeza).

Rezan las crónicas que la pobre niña vive en medio de un familión de hermanos poco más o menos menudos que ella y de ahí la *indigestión de niños* que padece.

LIX

De cómo dos chiquitines hacen oposiciones a un solideo episcopal y ganan plazas de bien educados

Ignacito y Javierín son dos de los numerosos hijos de un mi gran amigo en cuya casa he pasado algunas temporadas.

De cuatro y tres años respectivamente, guapo, tranquilo y razonador el uno y vivo, chispeante e inquieto el otro, ambos convienen en ocultar bajo el exterior formalote de Asturias el alma ingeniosa,

fácil y graciosa de Andalucía en donde nació su padre.

Observo una mañana que ambos hermanos miraban con los ojos muy fijos hacia mi cabeza y se tocaban la suya como si mentalmente se tomaran una medida.

Después de varias alternativas de miradas a mi cabeza y tanteos a la de ellos en silencio, Ignacito en su tono reflexivo me dice:

—Señor Obispo, se le ha quedado a V. chico ese sombrerito colorado que trae...

—Pues a mí me viene bien, interviene rápidamente Javierín como el que se descarga de un gran peso.

—No, eso, no, replica en su tono convencido Ignacio,—más bien me vendría a mí.

—¿Verdad, señor Obispo, que ese sombrerito me viene a mí más bien que a V. y que a Javierito?

—Que no, que a mí....

—Que a mí...

Fué menester probar a ambos contendientes el solideo, que era el sombrerito en cuestión, dejar que cada cual diera su paseíto de presentación y lucimiento delante de los papás y hermanos mayores y calmarles con la promesa de que otro día lo llevarían puesto más tiempo.

Pasaron los breves días de mi estancia en tan hospitalaria y generosa casa sin que por parte de mis amiguitos faltaran las indirectas a la transferencia prometida del para ellos encantado solideo y, llegada la hora de la despedida, pidieron a su

papá permiso para ir con él a la estación a despedirme.

Cambiados ya los besos de despedida con mis menudos y amables *competidores*, con una cara en la que pugnaban por salir una lágrima de desilusión por la pérdida del bien soñado y una sonrisa de fina y graciosa victoria de sí mismo, exclama Javierín:

—¡Qué gracioso, papá, es el señor Obispo! ¡Lleva puesto en la cabeza dos sombreros, el de ahora y el que tenía cuando era chico!...

¡Qué gracia ¿verdad?

El solideo no lo ganaron; pero el *gran premio* del ingenio y de la delicadeza ¡vaya si lo ganaron mis amigos!

LX

Respuestas de... pata de banco y de... rabillo de diablo

¡Qué respuestas se ocurren a veces a nuestros chavaitas! A fuerza de disparatadas son graciosas o a fuerza de graciosas parecen sugeridas o puestas en sus lenguas por la propia punta del rabo de algún diablillo burlón.

Una

Una Catequista, después de contar a sus catecúmenos los horrores del diluvio universal y, cuando creía tener metidos en un puño de horror al pecado

causa de aquella catástrofe a todo su auditorio menudo, pregunta para cerciorarse.

—Ya veis qué cosa tan mala fué el diluvio y cuántos desgraciados pecadores murieron ahogados; vamos a ver: ¿cómo se hubieran salvado?

Y con la rapidez del rayo y con el tono de máximo convencimiento responde una oyente.

—Pos con un paragua...

Serenidad hace falta en la maestra para no desconcertarse y evitar que se malogre su instrucción.

Otra

—¡Pobrecito, dice en tono mimoso y compasivo una Religiosa Maestra a un su alumno chiquitín de unos cuatro o cinco años, que acababa de perder a su padre, ¡pobrecito mío, que se ha quedado sin padre!... pero no te apures, hijito, que yo te quiero mucho...

—Sí, sí, responde entre zumbón y nervioso el nene, tú me *queres* mucho y mi mamá y mi chacha *tamié* me *queren;* pero... *solamente mi Papá me lo ganaba...*

¡Rigurosamente histórico!

¡Angeles risueños de los niños! ¡no dejéis que los diablillos zumbones se metan con los niños inocentes!

¡Que les hacen decir cosas que a veces más que risa producen frío!...

LXI

Un chiquitín que discurre como un viejo filósofo : :

—¡Padre, una medallica! con esa petición un pequeñuelo que se destaca de un grupo de ellos corta el paso a uno de mis acompañantes por las calles de la Villa y Corte.

—Deja al padre, interrumpe otro de su mismo tamaño y unos siete años, que también se incorpora,—que ahora no lleva medallicas... para que tú le molestes... El pedigüeño accede y se retira y el otro sigue al paso como con ganas de entablar diálogo.

¿Cómo te llamas tú?

—Angel...

—¿Y tú eres ángel o diablillo?

—No, padre, yo no soy ángel ni diablillo: no soy más que un chico...

—Bien, pero si eres muy bueno, podías ser como un ángel.

—Sí, padre, pero a lo mejor soy malo y me voy al infierno.

—Hombre, eso no será a *lo mejor,* sino a *lo peor,* ¿qué cosa peor le puede pasar a uno que irse al infierno?

—Sí, padre, pero ¿qué quiere V. que le diga? ¡a lo peor se va uno al infierno y se queda sin ser ángel!

—¿Has hecho ya tu primera comunión?

—No, padre.

—¿Y por qué?

—Pues por una razón muy sencilla: porque no sé; mire V.; el otra día fué un padre Cura a mi escuela y va y dice: el que quiera hacer la primera Comunión que levante la mano.

—Y tú la levantabas ¿verdad?

—¡Quiá! no señor, ¿como *vo* a querer yo una cosa que no conozco?

—Pues para eso iba el padre Cura, para enseñarte a comulgar.

—Bueno, pues que hubiera dicho: ¿quién quiere aprender a comulgar? y yo hubiera levantado mi mano.

—Entonces ¿cuándo vas tú a comulgar?

—Pues verá V.; tengo una hermanita un poquito más grande que un servidor y le gusta mucho comulgar y ella me irá diciendo qué es eso y cómo y cuándo...

Lo recortado de las respuestas, el desparpajo del tono y del ademán y la actitud de estar preparado para responder del mismo modo a cuantas preguntas se le hicieran, nos hizo mirar despacio la cara del niño temiendo que por aquellos ojillos bizcos se asomara, en vez de la precocidad de un niño, la socarronería de un viejo, y llegando a la puerta de nuestra hospedería y dando por terminado el diálogo callejero con un socorrido: «que seas bueno, hijo», lo dejamos sobre el escalón de entrada con las manos cruzadas atrás endilgándonos su última

frescura:—digo yo, ¿no les quedaría una medallita como para mí solo?...

LXII

Precocidad serrana

Con este título un tantico raro merece calificarse la vivacidad de carácter y la prontitud de juicio de los niños de la Sierra.

Todos los niños andaluces son vivos y despiertos; pero estos de la Sierra de Ronda por la que he andado unas cuantas semanas, merecen *matrícula de honor* en esa asignatura.

Diríase que la austeridad y dificultad con que necesariamente se desarrolla la vida entre estos pedruscos y gargantas los espolean y afinan.

¡Qué respuestas tan a tiempo en los Catecismos que con ellos tengo, qué observaciones tan atinadas sobre los casos que les propongo o que les hago contar o representar, qué preguntas tan graciosamente curiosas y, sobre todo, qué naturalidad y ausencia de encogimiento en tratar con su Obispo!

***

Zeñolobispo, esa cosiya que le sale a usté por detrás del sombrero ¿qué es? y ¿paqué? y ¿el gorriyo colorao que yeba V. debajo? y ¿el aniyo de qué es? y eso que le briya ¿se chupa? y... y... y ¡eche V. preguntas!

***

Me rodeaba un día una multitud de serranillos

oyéndome y preguntándome mientras trabajosamente dábamos un paseo.

De pronto se incorpora uno nuevo y a codazos y empujones consigue ponerse en primera fila preguntando: ¡qué, qué! ¿qué se da aquí?

Los arrollados por el intruso debieron apretar para ganar el puesto perdido y propinarle, sin querer, algún pisotón que le obligó a salirse del grupo respondiéndose a sí mismo en el tono del más gracioso desenfado: ¡Camará, aquí lo que se dá son patá en las espiniya!....

***

Pasaba por una plazuela en la que está el cuartel de la Guardia civil. Como de costumbre los niños y niñas que en ella jugaban no me dejaban pasar sin besar el anillo con un beso *mu estrujao* y echar cada cual su saludo y su piropo; sigo bajando una calleja en cuesta, separada de la plazuela por un pretil.

Un chiquitín del Cabo, de unos tres años y casi de tres palmos de alto, que había oído desde el cuartel la algarabía de los chiquillos al pasar yo, sale corriendo al pretil a ver si podía darme alcance.

Casi sin poder asomar del todo la cabecilla me dice con voz de mando: Oye ¿usté quién eres? Mientras yo le contesto con una sonrisa, una niña mayor le dice gritando: ¡chiquillo, que es el señor Obispo!

—Obispo, sigue subiendo de tono mi interlocutor, ¿aonde vá tú?

Nueva sonrisa mía que sin duda lo contraría e irrita.

Y en un tono de sorna y de airada amenaza me dice aupándose sobre el pretilillo cuanto pudo:

—Mira, Obispo, que yo soy el hijo del Cabo Peláe... ¿Te enteras ya?

....

LXIII

Sobremesa infantil

La infantería tan numerosa como despierta y graciosa de unos buenos amigos míos, discuten a los postres de la cena sobre quién sabía más de Geografía. Llegó la discusión a qué reino pertenecía cada capital y pueblo de España.

—¡Zaragoza! gritaba uno.

—¡Reino de Aragón!—gritaba otro u otros.

Y después de un largo tiroteo de pueblos y reinos propone:

—¡San Sebastián!

Y una de las chiquitas que por andarse en los comienzos de las primeras letras, no había podido echar su cuarto a espadas en la discusión de sus hermanos, grita más fuerte que todos y en són de triunfo:

—¡Reino de los cielos!

LXIV

Las medias generosidades de los niños

Más de una vez he afirmado en estas páginas que una de las manifestaciones más claras del rastro del pecado original es la conocida y tradicional tacañería de los chiquillos y el excesivo uso y apego del posesivo *mío*.

Esa es la *media rasante* de la simpática infantilidad.

Claro que como todas las leyes tienen sus excepciones, esta de la tacañería infantil tiene las suyas tan escasas como preciosas.

Y como en la luz acontece que además de su sombra tiene su penumbra, entre la ley general del no dar nada y la singularísima de darlo todo, hay una intermedia que es la que aquí llamo *media generosidad* y de la que quiero regalaros unos casos deliciosos.

La generosidad de una chiquitina

Asiste a su Catequesis parroquial, y oyendo la Santa Misa, observa que su María Catequista está de rodillas sin una silla en la que apoyarse y sentarse; déjase picar del pajarito de la generosidad y de puntillas se va a la mujer de las sillas de la puerta de la Iglesia y mediante una perrita, que llevaba abrigada en su pañolito, toma una silla y con cara de triunfal satisfacción se la lleva a su María, poniéndosela por delante y diciéndole al oído:

«Señorita pa usté sóla.» Vuelve a su fila sin dejar de mirar con el rabillo del ojo el uso que su Catequista hacía de su generoso don.

Impertérrita ésta seguía arrodillada sin reclinarse lo más mínimo sobre la silla.

La penumbra de la generosidad

Así transcurrieron unos diez minutos que a la donante debieron parecer diez horas por lo que miraba y se manifestaba inquieta hasta que con decisión militar se levanta, se va para su Catequista y puesta en jarras ante ella mirando alternativamente la cara y la silla le pregunta:—¿Pero qué? ¿No?—y sin dar tiempo a la respuesta, prosigue:—Pó entonse me sentaré yo en eya ¡no fartaba má! ¡ya que sa gastao una los dinero...!—y dicho y hecho; no digo se sentó sino que casi se tendió en la silla en su afán de ocuparla y aprovecharla del todo y así permaneció hasta que, acabada la Santa Misa y la Catequesis, se levanta con cara como si acabara de salir de un éxtasis y diciendo: «¡ay! ¡qué a gusto sestá sentaita con er Zeñó...!»

LXV

Otro caso de media generosidad de un chaveita:

Subía yo despacio por los montes de mi Seminario y con paso menudo y ligero me alcanzó un personajillo de unos seis años, bien forrado la

mitad del cuerpo con un buen abrigo y al aire muslos y piernas según manda la tirana moda; me besa el anillo con cara sonriente y arrebatada del ligero subir y me mira con ganas de entablar diálogo.

Complaciente con su aspiración rompo el fuego:

—¿Adonde se va, amiguito?

—A bé a mi helmaniyo.

—¿Tu hermanillo? ¿pero es más chico que tú y ya seminarista?

—No señó, que es más grande que yo; pero... es mi helmaniyo.

—¿Y para qué lo quieres ver?

Y con una sonrisa picaresca se mira uno de los bolsillos del flamante abrigo y me indica una cajita de turrón de Gijona.

—Es pa él y pa mí, ¿sabe tú?

Se sacó la cajita del bolsillo y—¡Hombre! le digo, este es el turrón que me gusta a mí más de todos los turrones ¡está más bueno!

Con cara de hacérsele los dientes agua me responde: A mí tamié.

—Pues se me ocurre una cosa, le replico en tono pensativo; y es que como tú eres un niño muy bueno y muy generoso, me des la parte tuya de turrón para mí y yo me las arreglaré con tu hermanillo...

Cara de perplejidad, boca tragando saliva y ademán de querer hablar y no acertar cómo.

—¿Qué? ¿no me la das?

—¡Como la cajita es mía! ¡Me lan dao pa mí!

—Por eso, por eso, como es tuya tú me la das y...

En tono muy resuelto por fin rompe:

—Ezo, ezo, no pué sé, ¿sabes tú?

—Pues verás: se me ocurre otra cosa: Tú te llevas tu parte y luego me das la cajita y yo partiré con tu hermanillo.

Nuevo rato de perplejidad y al cabo, con el más resuelto de los tonos me dice:

—Sabe tú lo que bamo a hasé? Que yo me dejo de pamplina, y le doy la caja a mi helmaniyo y alospué tu ba y le dise que si *te quiere emprestá una mijilla*... y ¡cóndio!

Y antes que me diera tiempo a la respuesta, escapó veloz en busca de su hermano y en precipitada fuga de aquel conflicto de rumbo en que lo había metido su pedigüeño interlocutor.

¡Oh! ¡la generosidad infantil!

LXVI

De cómo encuentro en un cuerpecillo de tres palmos un espíritu de contradicción de cien metros

Visitaban mi Seminario en días en los que no había Seminaristas las niñas, casi todas huérfanas, de uno de los asilos de Málaga.

Como siempre, las más pequeñinas se hacen las más amigas y se dan prisa y hasta arman sus dis-

cusiones por tomar posesión de un pico de mi manteo o sotana o de algún dedo de mis manos.

En esta visita ganaron el *raid* de *altura* o aproximación dos pequeñinas de unos cuatro años que *llegaron* a apoderarse nada menos que de mis dos manos.

Pues bien, una de ellas de carita enferma, huérfana, o mejor, abandonada en medio de la calle y allí recogida y traída al Asilo por un alma compasiva, esa chiquitina, repito, ¡qué lección de psicología infantil me dió!

No he visto jamás un espíritu de contradicción más grande encerrado en un cuerpo más chico. ¡Todo un campo de experimentación psicológica!

Sólo citaré unos rasgos, que, aunque menudos, ayuden a conocer y educar a los niños.

—Esta mano es mia, dice con jactancia mi Mariquita.

—Pó esta es mia y vale má, replica la otra chiquitina.

—¿Por qué vale más? pregunto yo.

—Porque tiene un aniyo mu represioso.

Mi Mariquita al punto y con cara compungida:

—Yo quero tamié esa mano pa mi.

Y uniendo el ruego a la acción da un empujón a la otra y le arrebata la codiciada presa quedándose dueña de las dos manos.

Dueña y señora me tira de las manos como para que me agache y oiga un secreto suyo.

—Señólobispo, ¿qué le va usté a dá hoy a las pequeñita?

—Un paseo al fresco, respondo con indiferencia.

—Pos yo no quero fesco sino que quero chocolate.

Se reparte a todas chocolate y pan y, mientras se lo come, me deja.

Al rato, con la cara y los dedos untados de chocolate, se vuelve a mí a decirme:

---Yo quero bebé.

---Se le da a todas agua y juego en la *Fuente del Sacerdocio* por los surtidores que por la boca de los Sacramentos brotan y mi damita se moja y ofendida no quiere beber.

---¿No quieres ya beber?

---No, no, me dice con lágrimas y con prisa, yo quero lo otro ¿en dónde lo hago?

---Anda, anda corriendo allá...

A la mitad del camino se vuelve y con la mayor frescura me dice:

---¡Chivatón!

No me entero y me lo repite, añadiendo:

---¡Tiburón!

La chiquitina, su contrincante protesta:

---Digo, ¿le va a desí al señolobispo el nombre del gato y del perrito del Colegio?

Mi dama, molesta porque yo no me daba por molestado, me deja airada para incorporarse con sus compañeras que jugaban a la rueda y a la pelota.

Vuelvo a mis quehaceres y me vuelve a buscar.

---Yo quero pan.

Mando que se lo den e insiste:

---No, yo lo que quero es má chocolate pa mí.

Le pongo en los labios a ella y a otras tres o cuatro de su calibre otro poquito de chocolate y masticándolo todavía me tira del manteo y en son de reina me ordena:

---¡Má! ¡má! pa mí...

Después de yo no sé cuántas peripecias más, cuando se retiraba con sus compañeras vuelve por última vez y me dice:

---Mira: ¿ve esto calsetine nego que traigo? pos son mío y tuyo no...

Un Sacerdote que me acompañaba y presenció toda aquella comedia de mi protagonista ¡de cuatro años! exclamaba:

---¡Lo que le queda que sufrir y dar que sufrir a esa pobrecilla en la vida si no la educan!

Y no para hacer reir he transcrito estas menudencias sino para decir una vez más y de un modo nuevo a los educadores y guías de los niños:

¡Tened prisa por empezar a educar!

La obra de la educación debe empezar el mismo día del nacimiento.

La Fe y la experiencia enseñan que nacemos malos y malamente inclinados, sobre todo, a *salirnos con la nuestra.*

LXVII

LA INFLUENCIA DEL ESCÁNDALO EN EL ALMA DE LOS NIÑOS

El mundo de las intimidades de los niños y de los jóvenes es más dilatado, complejo y oculto de lo que parece ordinariamente a padres y madres bonachones, y a maestros superficiales, sobre todo desde que hay cines, revistas, novelas, *coeducación,* convivencia de ambos sexos en escuelas, paseos, giras, excursiones y se ha puesto de moda *el prescindir del pudor* y no tener en cuenta para nada los riesgos de la pureza.

Nada me hace gozar ni sufrir tanto como bucear por el mundo de las almas de pocos años; gozar, porque aún a veces en ruina o amenazando peligro de ella, se encuentra uno con la inocencia o con pétalos caídos de ella, que es la flor más olorosa y bella de los jardines de la vida terrena; y sufrir, ante la indefensión, a veces irremediable, en que la mayor parte de las veces se encuentra uno al alma del niño frente a la invasión del mal que marchita y achicharra las flores de su inocencia, de su pureza, de su ingenuidad y de su alegría.

Las niñas aburridas, lánguidas, a pesar de sus *planes* de vértigo de diversiones; los niños astiados, los pequeños desesperados y los precoces suicidas que tanto se repiten hoy, ¡qué aldabonazos

tan fuertes son para la conciencia y la atención de educadores y autoridades!

LXVIII

Una queja

Y diría mejor, dos quejas: una de los maestros y maestras sinceramente religiosos y otra del Maestro de los maestros: Jesús Sacramentado.

La queja de los maestros buenos

Trabajamos, dicen en una forma u otra, hasta más no poder con nuestros niños para hacerlos cristianos, ilustrados y útiles a la Religión, a la Patria, a sus familias y a ellos mismos.

Ese es nuestro afán, dicen; pero no es esa nuestra cosecha.

Nuestros niños, y ¡cosa extraña! singularmente nuestras niñas en gran parte salen de nuestros colegios con conocimientos de Doctrina y práctica de algunos deberes religiosos; pero tan desnudas sus almas de piedad como su cuerpo de ropa, tan desatinados por los deportes y cines y bailes y diversiones del mundo como inapetentes de comer y visitar a Jesús, de tratar con El y de vivo afán de tenerlo contento...

¡Qué tristezas y qué amarguras de desaliento pone en nuestras almas ver las caras aburridas o indiferentes con que reciben nuestras instrucciones y apremios para la vida interior, y comprobar que

para la mayor parte de nuestros educandos y educandas, sobre todo los de los internados, el ideal único con el que se sueña a todas horas, velando y durmiendo, es el salir pronto del colegio para *divertirse mucho*, sin freno ni medida, como se divierten sus padres y sus madres, sus hermanos y hermanas, sus amigos y amigas, ¡como lo pide la moda!

¡Triste cosecha en verdad para siembra tan dura!

La queja del Maestro

Si los maestros se quejan de lo que ven por fuera, ¿cómo no ha de quejarse el Maestro que ve por dentro?

¡La cara de Jesús en los Sagrarios de muchos pensionados! ¿Creéis que es la cara alegre y regocijante del Jardinero que se recrea en los aromas y en los colores de las flores de su jardín? Cierto, que no le faltarán flores de inocencia, de pureza, de humildad, de generosidad ¡pero amenazan la vida de esas tiernas plantas y la eficacia de los trabajos de sus fieles cultivadores tanto microbio mortífero, tantos fuegos desvastadores, tantos vicios de aguas envenenadas!

Y ¿creéis que las almas minadas y corroídas por esas funestas influencias pondrán dulzuras en el Corazón del Jardinero y gestos de agrado y complacencia en su cara?

Paréceme, por lo que conozco al Corazón de Jesús, que después de muchas Comuniones de niños

y sobre todo de niñas y jóvenes, Jesús pregunta con tristeza infinita: ¿Pero y los niños dónde están? Porque esas almas a donde me han llevado, no tienen ni aromas ni sabor de almas jóvenes, sino hediondeces de pecadores viejos y de empedernidos enemigos.

¿Verdad que es acerbamente desolador oir preguntar por los niños a Jesús rodeado de ellos en Comuniones, en visitas, en cultos y en Colegios que tienen la dicha de contarlo por vecino y huésped suyo?

El gran mal

Esas dos quejas tan justas como amargas, denuncian este gravísimo mal. El espíritu diabólico del *escándalo* está arrebatando al Maestro Jesús y a los maestros suyos el alma de los niños desde la más tierna edad.

El *escándalo*, que da a los niños y jóvenes la sociedad en que viven, roba y robará a Jesús sus almas, si los Sacerdotes, padres y maestros no se dan con toda decisión e industria a iniciarlos y sostenerlos en una educación no sólo cristiana, sino sólidamente piadosa y eucarística.

¡Las madres!

Y hago un triste aparte para las madres.

El mundo pagano y judío había contemplado la degollación de los niños inocentes por Herodes, coreada por las lágrimas de pena, los alaridos de desesperación de las madres; estaba reservado a

nuestro tiempo cristiano el espectáculo de ¡madres! preparando y festejando la degollación de las almas inocentes de sus hijos, por los Herodes impuestos por la moda atrevida, el cine escandaloso, el baile agarrado, el baño al desnudo, el vestido sin pudor...

LXIX

¿Que no se dan cuenta los niños?

¡Cuántas veces tratamos de excusarnos de la necesidad y obligación de hablar y obrar ejemplarmente delante de los pequeñuelos con esa salida! ¡Son tan chicos! ¡Todavía no se dan cuenta!

Padres, Maestros, mayores de edad, tened en cuenta que, los niños por muy pequeños que sean y más, mientras más inocentes, tienen un espíritu o instinto de observación que les hace reparar en lo que las mismas personas mayores no reparan y por consiguiente que debemos estar delante de ellos como si estuviéramos delante de una cámara fotográfica o delante de una bocina para impresionar placas de gramófono. Así, como en una de esas dos placas, se graban en el alma de los chicos las palabras y los ejemplos de los mayores.

Un ejemplo

El día de Pascua de Resurrección se me acerca a besarme el anillo un mi amigo de unos cinco años, redondo de cara y reluciente de pelo, y por más señas mellado de tres dientes.

—Señolobispo, mirusté cómo hoy se ríe usté y mira pa cá y pa yá.

—¿Y por qué no me he de reir?

—Pos la otra noche, ibusté en las prosesione y lo vi yo y agarré y me puse a sisearle pa que mirara pa cá y ¡ná! ni se reía ni miraba pa nadie... (Y cambiando de tono y como entrando en razones) ¡claro! como habían matao lo Judío al Señó tenía usté que yebarlo al sementerio... Y la Vinge y tó iban yorando... Y ya, como hoy es Pascua, ya ha salio volando el Señó del nicho y lo Judío san queao tragando salivita... Y mirusté cómo hoy se ríe usté conmigo y con la gente y con tó...

¿Que no se dan cuenta los niños?

¿Cabe darse más cuenta de la Procesión del Santo Entierro, de la pena por la muerte del Señor, de la alegría por su Resurrección?

A propósito de este instinto de los niños, de observación de las circunstancias más menudas, recordaré siempre la frase que recogí de uno de ellos cuando yendo yo a enterrar a mi padre (q. s. g. g.) decía a sus compañeros:

—Hoy no se ríe el Señolobispo...

¿Y si a este espíritu o instinto de fina observación se añade la persistencia con que esas primeras ideas y visiones quedan grabadas en la memoria de los niños?

Llegarán a viejos y se les borrarán recuerdos e impresiones de la juventud, de la edad viril y hasta de la misma vejez, pero aquellas primeras visiones

de niño chiquito, esas se conservarán vivas, frescas, palpitantes como en la primera hora.

Maestros y mayores, ¡a cuánta circunspección en el hablar, en el obrar y hasta en el gesto nos obliga ese instinto de los niños! No decid nunca para excusar ligerezas y libertades: ¡Son tan chicos! ¡No se dan cuenta!...

II

CÓMO HAY QUE SEMBRAR

Aunque ya en mi libro «Partiendo el pan a los pequeñuelos» propongo numerosos modos, contrastados todos por la experiencia, de hacer siembras provechosas en el alma de los niños, no temo agotar el tema, porque es sencillamente inagotable, así como los ensayos que mi afición, y diría *chifladura* por la educación cristiana, piadosa y eucarística de la niñez y de la juventud, me llevan a hacer todos los días y tantas veces al día como muchachos se ponen al alcance de mi lengua, de mi mirada o de mi pluma.

Allá van, pues, nuevos ensayos o nuevos modos o maneras nuevas de los mismos ensayos.

Tienen la palabra mis chavetitas: 1.° en LECCIONES DE COSAS o aprovechamiento de cuanto se ve, se oye, se huele, se gusta y se anda para depositar una semillita de bien. 2.° en LECCIONES DE EVANGELIO.

LECCIONES DE COSAS

A los catequistas que andan pesarosos por no tener premios y regalillos que ofrecer a sus catequizandos y no se ven rodeados de gran número de estos, yo les daría, entre otras, esta ligerísima receta como lección previa: aprendan el *arte de narrar* y tendrán a su alrededor cuantos niños quieran.

Arte que, después de todo, no cuesta ni gasta dinero.

No creo necesario detenerme en la demostración de la eficacia de esa receta, porque al alcance de la experiencia del menos pedagogo está la evidencia.

¿No habéis visto lo que ocurre con los sermones largos?

Cuando ya van los treinta minutos de sermón, todo lo elocuente que queráis, bien pasados, y los ojos y los oídos de los oyentes se van pasando también del estado de abiertos y atentos al de soñolientos y cerrados, de pronto esta palabra del orador dicha en tono narrativo: *ocurrió una vez.....* vuelve al estado de abiertos y de atentos todos los ojos y oídos que se le iban yendo.

I

El arte de narrar

¡Saber contar cosas!

¡Vaya un gran secreto para cautivar muchedumbres de chicos y de grandes!

¿Que cómo se adquiere?

Más que con reglas pedagógicas se aprende ese arte observando a los niños... ¿cómo cuentan sus cuentos los niños?

Ese es el ejemplo que imitar.

.....Esto era un viejecito, muy viejecito, muy viejecitooo..... con una barba muy larga, muy larga, muy larga..... y unas gafas muy grandes, muy grandes, y muy negras, muy negras y como era muy viejecito le temblaban mucho la cabeza y las barbas y las gafas y la boca y las piernas y las manos y... *tó* le temblaba y como temblaba tanto echaba mucho rato en andar a cualquier parte..... y al pobrecillo se le caían unas gotas de sudor de la calva y de los pelos de la barba y sudaba la *má*.....

¿Qué género literario es ese? ¿Que ni siquiera es literario eso a fuerza de machacón? Conforme; pero a los niños les presentáis un personaje con esas repeticiones y machaconerías con su acompañamiento de ademanes que exageren, de voces ahuecadas y misteriosas, de miradas y gestos de interés, y se harán viejos, y sus recuerdos se borrarán todos menos el viejecito aquel de largas barbas, gafas negras, chorros de sudor y temblores de azogado y con la figura del viejecito la hazaña de que era protagonista y la moraleja que de ella se sacaba.

¿Quién no guarda en el almacén de cosas viejas de su memoria de niño figuras, historias y esperpentos de enseñanzas por ese procedimiento adquiridas?

II

Una buena narradora

Tenemos por acá una Catequista, verdadera maravilla en el arte de narrar.

¡Qué olor, color y sabor pone en cuanto cuenta a sus chaveas! ¡Los emboba y casi los hipnotiza!

Entre otras historias les ha contado la del pobre Lázaro y el rico Epulón y tan honda huella les ha dejado con los cuadros vivos de la comida del uno, de la pobreza del otro y de la angustia de aquél en el infierno pidiendo al Padre Abraham que lo dejara salir un instante para avisar a sus hermanos, que a pesar del tiempo transcurrido de aquella explicación, basta a la Catequista maravillosa decir a sus chavetas dispersos: *¡Padre Abraham!....* para que, movidos por resorte eléctrico, vuelen a ella como polluelos a su madre ansiosos de oirla.

....

Catequistas y Maestros, ¿queréis discípulos muchos y atentos?

Emplead el tiempo que echáis en quejaros de que no tenéis dinero para premios, en aprender a contarles las cosas como ellos se las cuentan.

III

El arte de preguntar

Es por demás interesante para el Catequista conocer la puerta por donde puede entrar su explicación en la inteligencia de sus niños.

¡Qué difícil es saber preguntar! Y precisamente de esa dificultad dimanan no pocas veces faltas de comprensión, de interés y de atención por parte de los niños en cosas que al Catequista o maestro parecen claras como el sol.

La experiencia me ha enseñado que el mejor medio para vencer esa dificultad es aprender a preguntar como preguntan los mismos niños.

Me sugiere esta reflexión la siguiente pregunta que hacía a su Catequista días atrás una chiquita de nuestros Catecismos y que más parece propuesta de rompecabezas que pregunta sencilla de chiquilla.

Señorita, diusté, ¿pá ser mala hay que pensá?

Como veis la pregunta o no significa nada o es peligrosísima de contestar a una niña.

Pero bien pronto saca de los apuros a la Catequista la *salida* de otra chicuela que, por ser de la misma edad, instrucción y palabra, entiende la pregunta y la responde satisfactoriamente.

—Pa sé mala, sabetú, hay que pensá lo mismito que pa sé güena: osinó semo tonto o mulo, que son malo sin pensá...

¿Cabe expresar en menos palabras y más gráficamente las condiciones para la moralidad de un acto?

Maestros, Catequistas, no olvidemos que el mejor libro para estudiar a los niños son los niños mismos.

IV

El arte de machacar

Personajes: Una Señora, que a fuer de buena María, se ocupa y preocupa en que sus criadas aprendan Catecismo; y una de éstas, muchachona recién venida de su pueblo.

—Vamos a ver, fulanita, ¿te acuerdas de lo que te decía el otro día, de Dios, de la Santísima Trinidad...?

—Zí, Zeñora, que macuerdo la má de bien.

—A ver ¿cuántos Dioses hay?

—Pos miosté, Zeñorita, me dijo osté que uno estaba en la *Floría* y losotros tré estaban hecho uno personaje.

—¡Chiquilla! ¿yo te he dicho eso? Pero ¡si no te entiendo lo que dices!

—Pos zí Zeñora, que osté me dijo que uno estaba metío en una esensia que carculo yo que será una cosa así como agua Floría... y no ce qué le pasaba a otros tré personaje, que se estaban hasiendo personas... De eso ya no macuerdo mu bien.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué entendeduras! Lo que te he dicho es, que no hay más que un Dios; que es uno en esencia y trino en persona; o sea, un solo Dios y tres personas.

—Güeno, pos eso mismito quería desir yo... o una cosa paresía...

¿Veis la necesidad de machacar en la explicación del sentido de las palabras?

Otro ejemplo de otra señora y otra criada.

—Conque, fulanita, ¿te has enterado bien, bien de cuál es el Séptimo Mandamiento de la Ley de Dios?

—Zí Zeñorita, no jurtar.

—Vamos a ver, enterada de lo malísimo que es faltar a ese mandamiento ¿te atreverías tu a hurtar?

—Pos miosté, zeñorita, como cuidiao no me daba ninguniyo.

—¡Chiquilla! ¿que no te daba ningún cuidado hurtar? ¿Pero tú has hurtado alguna vez?

—Pos mucha y muchísima vese.

—¿De veras? ¿Y me lo dices tan fresca?

—Pos claro; ¿es que osté no ha hecho eso nunca?

—¿Yo? ¡Dios me libre!

Güeno, pos dele osté mucha grasia al Zeñó que tan güen estógamo la dao.

—¿Estómago? ¡No es cuestión de estómago, sino de conciencia!

—Zí Zeñora, será como dise osté; pero lo que digo es que cuando le viene a una ganas de eso ¿qué va hasé una? Pos señorita, osté dirá lo que quiera, pero yo le digo a osté mi verdá, que cuando le viene a una ganas de jurtar... ¡vaya! ¡que no hay más remedio que jurtar, caramba, aunque osté se empeñe y to el señorío der mundo!

La buena señora se asustaba por grados y casi se desmayaba al verse ante una discípula, tan fresca, de Caco en su misma casa, y su mismo estupor la dejaba ya sin saber preguntar ni demostrar el horror contra ese pecado.

Quiso la buena suerte de la ingenua criada que por fin la señora le preguntara un poco más repuesta.

Pero vamos a ver, Fulanita, ¿de qué trazas te vales tú para hurtar tanto y que no te hayan pillado los municipales, ni tu madre, ni tus señoras, ni nadie?

—¡Pos así! Y con una naturalidad y una carcajada que puso con frío de muerte a su señora, remeda con su boca un ¡eructo! ¡Había confundido hurtar con eruciar!

V

¿Y si no quieren venir?

Os propongo entre mil industrias la *receta del acordeón*. Copio de la carta de una María andaluza: «En la última Junta que tuvimos nos reímos mucho porque teníamos que salir el domingo siguiente por parejas buscando niños por todas las calles para que fueran al Catecismo, pues iban muy pocos. A cada una se le ocurría una cosa. C. como es tan fervorosa y siempre está pensando de qué modo se atraerá mejor a los chiquillos, se le ocurrió darle a uno de ellos un acordeón para irlo tocando por todas las calles. El niño del acordeón iba delante y ella con D. un poco más detrás y cuando veían un grupo de niños atraídos por la música se acercaban ellas y se los traían al Catecismo. Después contándonos ellas las cosas que les habían pasado, no podíamos de risa porque eran cosas graciosísimas...

Muchos bancos de la parroquia se llenaron de chiquillos. Al domingo siguiente ya no hizo falta que fueran ellas detrás del acordeón. A la música de éste iban engrosando filas los niños y el del instrumento vuelve ya todos los domingos a la Iglesia con su numeroso séquito después de darse una vuelta por las calles; así que ahora, en vez de acudir al catecismo al toque campana es *al toque de acordeón...*»

¿No recuerda algo esta escena a aquella de la vida del Bto. Juan Bosco haciendo de saltimbanqui para llevarse gente a la Iglesia? Sí: el ingenio del celo de la caridad es inagotable!

Marías Catequistas, cuando la asistencia disminuya en vuestros Catecismos acordáos de *la receta del acordeón*...

VI

Una lección sobre el uso de la Santa Cruz

Si es verdad que cada tema de catecismo es inagotable porque todos participan del misterio de Dios y de las cosas sobrenaturales, puede asegurarse que hay grados de inagotabilidad y por consiguiente temas más tardíos en agotarse que otros. Tal me acontece con el tema de la Santa Cruz.

Como todas las instrucciones catequísticas necesariamente han de comenzarse por hacerla y hacerla bien, casi siempre me ocupa la mitad por lo menos de la instrucción algo de explicación de la Santa Cruz como su origen, su uso, sus frutos, sus rela-

ciones con los demás misterios y actos del cristiano, su historia, etc., etc.

Claro es que en forma dialogada e intuitiva (que, a mi entender, es la mejor forma didáctica para ganarse la atención y la inteligencia del niño) nos *enredamos* en conversación de olor, color y sabor sobre la Cruz y acabamos siempre sin agotar la materia.

Un ejemplo de esos ratos de conversación con los chaveitas de mis Catecismos.

Nos persignamos todos de pie con la mayor devoción posible y al compás que yo voy dando con mi *Por la señal...* dicho y hecho con pausa y fijándome en cómo cada cual me secunda.

Mando sentar a mis inquietos catequizandos y comienzo mi lección de *palabra* y *obra*.

—He visto a algunos de vosotros persignarse con la mano derecha muy tiesa como si se fueran a dar una *guantaita*, a otros con el puño cerrado, como si fueran a embestir a su compañero, a otros con toda la mano muy apretada y un dedito tieso como si fueran a sacarse una espina... y luego, en vez de cruces, he visto a algunos darse muchas vueltas y revueltas con el puño alrededor de su cara o de su pecho como si jugaran a la *reolina* y me he dicho: ¿para qué habrá servido esto que acabamos de hacer?

Porque yo sé y vosotros también, que con la cruz que un niño se hace bien en su *frente* huye de su lado el demonio de los malos... pensamientos y que

con la cruz bien hecha sobre la *boca* se va corriendo el demonio de las...

Y con la cruz bien hecha sobre el *pecho* toma las de villadiego el demonio de...

¿Sabéis por qué le tiene tanto miedo el demonio a la Cruz?... ¿Qué le ha pasado con la Cruz?

Pero lo que no sé, es lo que harán los demonios, que andan siempre alrededor de los chiquillos, con esas guantaitas y esos puñetazos, rascaduras y remolinos de algunos de vosotros.

¿Qué os parece, se pondrá enfadado el demonio con esas morisquetas? (Negativa unánime). ¿Se pondrá contento?

(Afirmativa unánime).

De modo que si un niño al levantarse por la mañana se persigna así, con garabatos de estos (los hago yo) ¿cómo empieza su día: echando lejos al demonio o a los demonios o poniéndolos más cerca de él?

(Respuesta atronadora de ¡más cerca!)

Y digo yo: ¿pero serán muchos los diablos que andan alrededor de cada chaveita cada hora del día para ver si le echan la zancadilla y hacerlo de su partido?

(Silencio por respuesta).

A ver si los contamos.

¿Sabéis por dónde podremos contar los diablos de los niños?

Veréis un procedimiento muy sencillo.

¿Quién pone a los niños ganas de cosas malas?

—Los demonios.

—Muy bien; pues vamos a contar las clases de cosas malas de que muchas veces tienen ganas los niños y sabremos las clases de diablos que andan alrededor de ellos cada día.

Vamos a empezar desde por la mañana: dice la madre junto a la cama: levántate, fulanito, que son ya las siete.

¿De qué le viene ganas a ese niño?

Uno:—De hacerse el dormio pa no levantarse.

Yo:—Ahí asoma ya el demonio de...

—¡La flojera!

—Y ¿qué otro demonio asoma el cuerno?

—¡El demonio de la desobediencia!

—Y ¿de qué más?

—¡El de la *Improquesía!*

—Bueno, y si ese niño, al oir a su mamá se sienta enseguida en la cama y se persigna muy despacito ¿qué hubieran hecho esos diablos?

—¡Najarse y haserse peaso juyendo!

—Vamos a seguir a ese niño. Por no haberse persignado y haberse dejado llevar de las malas ganas que le metieron los diablillos en el cuerpo, su madre tuvo que enfadarse y hasta que largarle un *sopapo* para que se levantara y se vistiera corriendo... ¡Vamos a ver! ¿qué diablillos andarán allí soplando al oído de la madre y del niño? ¿Quién me lo dice?

—¡El diablo del mal genio al oído de la madre!

—Cierto.

—El diablo de la rabia en el chavea.

—Muy cierto.

—¡El diablo de la porquería!

—¿Y ese cómo?

—Sí señó, que como el agua está tan fría y al chaveíya le han puesto el cuerpo caliente con la palisa, pos no se lava ni ná...

—Otro pasito: el niño sale de su casa para irse a la escuela y os pregunto ahora: ¿se encontrará este niño entre su casa y la escuela con algún diablejo o diablo?

¡A ver quién topa con ellos!

—Yo; el primerito con quién topa es con el *diablo de las malas compañías.*

—Muy verdad; y como el *diablo de las malas compañías* es un capitán general de diablos y diablillos, seguramente saldrá al encuentro de ese niño con su escolta.

¡A ver! ¿qué diablos forman la escolta del *diablo de las malas compañías?*

(Lluvia de respuestas.)

¡El de la rabona! ¡el de robar *níos* y frutas! ¡el de las palabras malas! ¡el de las cosas malas! ¡el de meterse con la gente de la calle! ¡el... el... el...

¡Qué conocida es la escolta de marras de mi gente menuda!

Y pregunto ahora: ¿qué debió hacer ese niño al salir de su casa para verse libre de esa gentuza? ¿Nos ha dado Dios algún preservativo?

Todos:—¡Si señó, persignarse al salir de su casa y siempre que se empieza una buena obra!

—¿Pero persignarse como se han persignado aquí algunos, a bofetadas, a puñadas o a pinchazos?

—No señó, sino como dice la Doctrina.

—Pues vamos a hacerlo muy bien para que no quede por aquí ni un pelito del rabo del diablo.

Lo hacemos todos muy despacio y colocando muy bien los dedos, y cerramos la sesión con la copla.

Adórote, Santa Cruz,
puesta en el monte Calvario,
en ti murió mi Jesús,
para darme eterna luz
y librarme del contrario.

NOTA: Esta lección puede prolongarse o variarse de dos modos:

1.° Representando al vivo lo que se va diciendo: el niño acostado que se hace el dormido, la madre que llama y se enfada, los diablillos que acuden a meter malas ganas etc., etc.

Y 2.° cambiando los ejemplos: además del uso de la Santa Cruz al levantarse y al salir de casa pueden ponerse o representarse ejemplos y escenas de los ataques y daños del enemigo que se evitan haciendo piadosa y lentamente la señal de la cruz antes de rezar, confesar, oír Misa, comulgar, oír sermones o la Doctrina, estudiar, comer etc., etc.

VII

De cómo de un paseo por el monte se saca una buena lección de Catecismo

Un mi amigo tan metido en kilos como en ganas de enseñar Doctrina cristiana a chicos y grandes *ad Laudes et per horas*, bajaba la otra tarde por uno de los montes del Seminario poniendo un poco en riesgo el equilibrio e integridad de su respetable persona con los trancos y saltos que lo abrupto del terreno le hacían dar.

Divisarlo unos menudos latinos que trabajaban en las laderas del monte de enfrente en sus huertos y dejar palas y azadones para salir en auxilio y compañía del Catequista, todo fué uno.

Todos se le ofrecen para el oficio de báculo. Y, mientras apoyado sobre el hombro de dos báculos de carne y hueso escogidos, desciende lentamente a la cañada y sube al monte de enfrente por el que pasa la carretera, da su clase de Catecismo montuno.

—¡Qué bien huele por aquí! dice a la par que aspira fuertemente uno de la comitiva.

¡Qué buena lección nos da ese olor! replica el Catequista.

¿Sabéis quién nos regala con ese aroma tan fino? Precisamente unas pobres víctimas de nuestros pies: ¡las yerbas! Mirad qué ejemplo de generosidad y abnegación nos dan las yerbas del monte; traídas por los vientos o las aguas y sembradas por nadie,

crecidas entre peñascos y sin cuidados ni mimos ningunos sirven de alfombra blanda para el que las pisotea, y hasta de medicina para el que las arranca y las pone al fuego... ¡Qué contraste!; estas plantitas no han recibido nada de los hombres y ¡cuánto dan a los hombres! y nosotros... nosotros...

—Nosotros, interrumpe vivamente un chiquitín con cara de indignado y acento de profunda convicción, nosotros somos unos *tragalotodo* y todo para mí y nada para los demás. La sentencia fué coreada y aprobada convirtiéndola en la proclamación del viejo lema del Seminario:

Lo mejor y lo primero
Para mi compañero.

Y se terminó el paseo y la lección.

VIII

Lección de Catecismo bajando y subiendo montes con los chaveítas

—Vamos a ver, pregunta el Catequista, a quien habían servido de báculo sus chaveítas, cuando iba llegando al fin de su camino:

—¿Qué clase de obra de Misericordia habéis hecho conmigo sirviéndome de báculo para sostenerme e impedir que tropezara?

—¡De las corporales!

—¡De las espirituales!

—De las dos un poquillo, gritaban distintos coros.

¿En qué quedamos? Vamos poco a poco: ¿a cuál de las catorce se parece más el servir de báculo? y que hable uno después de otro.

—Yo digo que el servir de báculo pertenece a *Corregir al que yerra*, porque evita que se equivoque en un mal camino o en un mal paso.

—Pues yo digo que se parece más al *Dar posada al peregrino*, porque aunque no le hemos dado posada, le hemos dado nuestra compañía para que llegue derechito a su casa que es como una posada.

—Para mí, esto es *Dar buen consejo al que lo ha menester*, porque V. decía: vamos por aquí, creyendo que aquel camino estaba bueno y nosotros le decíamos: Mire V. que hay un hoyo tapado con yerba y se va V. a caer.

—Pues yo digo que el servir de báculo es *Aguantar las flaquezas de nuestros prójimos* y cuidadito con reirse, (retintín) porque aunque el Padre no está flaco el no poder subir y bajar un monte sin báculo es una flaqueza como otra cualquiera.

—Pues entonces digo yo, que también es *Consolar al triste*, porque aunque al Padre no lo vemos triste nunca ¡un consuelillo bueno es echarle una mano!

—Pues para mí, dice filosóficamente el que se había quedado más rezagado, aquí no se ha hecho más que la Obra de Misericordia de *Enterrar a los muertos*... (explosión general de risa). Sí, sí, ¡poco a poco! enterrar a los muertos al revés. Porque yo digo que si es una obra de misericordia ayudar a

enterrar a un muerto, también debe serlo ayudar a un vivo a que no se muera y lo tengan que enterrar y no es *ná* lo que le pasaria al Padre si se diera un *trompezón* en un *peñasquiyo* de esos...

El Catequista asombrado de verse objeto de tantas Obras de Misericordia terminó la lección y el paseo diciendo a sus misericordiosos acompañantes:

—Vamos a ver ¿y yo no he hecho con vosotros ninguna Obra de Misericordia?

—¡Sí, sí, sí señor! —todos a coro.

—¿Cuál?

—Y si obras se habían apuntado los acompañantes, ahora faltaban bocas para apuntárselas al Catequista y todos a la vez.

—No, no, replicó éste, que hable uno solo y nos entenderemos mejor.

—*Pos miusté*, dice un retaquillo con cara de hombre formal, la *mejó* cosa que aqui se ha hecho esta tarde es que *usté*, pa enseñarnos cosas buenas, se haya *venío* a *subí* y *bajá* por esos vericuetos y se haya *fiao* de acá...

—¡Muy bien, muy bien! gritaron todos.

—Pregunto ahora: ¿Y quién ha puesto esa misericordia en nuestros corazones?... ¿de dónde se nos ha pegado?

Todos.—¡Del Corazón de Jesús!

—Pues a ver quien me dice con más fuerzas y con más ganas: ¡Viva el Corazón más bueno de todos los corazones!

IX

Una respuesta de mucha filosofía

Andando por los pueblos de santa Visita, celebraba la Santa Misa una mañana en uno de ellos con un auditorio de solo cuatro niños y, dicho sea en honor de ellos, de una compostura y un recogimiento edificantes.

Termino la Misa, llamo a los menudos fieles y les echo uno de los sermoncitos, que un viejo cura llamaba de *coyuntura:*

—Ya he visto lo bien que sabéis estar en la Iglesia oyendo la Santa Misa ¿venís muchas veces?

Con la más festiva y sincera de sus caras como gozosos de echar un ratillo con su Obispo responden a coro:

—Tos los dias... ¡si acá ayudamos toas las Misa que hay aqui!

—Muy bien, muy bien; yo me alegro mucho de saber que sois amantes de ese oficio de ángeles, pero me temo, me temo que algunas veces ayudando la Santa Misa, en lugar de estar como los ángeles con las manitas juntas, los ojos mirando al Sacerdote o al altar y bien puestecitos, estáis sentados sobre los talones, con las manos en los bolsillos o jugando con la campanilla o con otra cosa cualquiera y con los ojos mirando hacia atrás y a todas partes menos al altar.

De los cuatro sermoneados, tres con sus gestos y sonrisas picarescas me iban respondiendo: tiene

V. mucha razón, pero el cuarto, con una cara de extrañeza e ingenuidad me dice: Un servidó no hase eso entoavia *porque está empezando...*

¡Porque está empezando!

¿Creeréis que me tuvo todo el dia preocupado la razoncita del chavea? ¡Porque estoy empezando no ayudo mal la Misa! como si dijera: el hacer las cosas mal queda para los *profesionales*.

Y me miraba a mí y miraba a mi alrededor y más lejos, y por todas partes encontraba confirmaciones de la filosofia del chiquito... Cuando empezamos un camino, una obra, un estado, sobre todo en la vida espiritual, al revés de lo que parece pedir la más elemental prudencia, lo hacemos ordinariamente mejor, somos más cuidadosos, más ordenados, más buenos que cuando llegamos a ser profesos o profesionales de aquello mismo.

¡Qué lástima que, sobre todo en la vida espiritual, no seamos como el vino que mientras más viejo más generoso es, sino tengamos que dar la razón al dicho vulgar: ¡mientras más viejo... más pellejo!

X

De cómo un libro protestante da ocasión a una lección fina

—¡Chiquillo, dice en son de extrañeza el señor Cura a un chaveita de su Catecismo,—chiquillo ¿qué libro es ese tan chillón que llevas ahí? porque eso no es un devocionario.

—¡Digo! prosigue el señor Cura cambiando la extrañeza en disgusto, ¡si es un libro protestante! ¡el evangelio de S. Lucas! ¡Nada menos que el que habla más de la Santísima Virgen! Pero chiquillo: ¿de dónde te ha venido a ti ese esperpento?

—¡Si yo no lo sabia, Pae Cura...! tómelo osté y ya verá osté como no me ve más con esas porquerías en las manos... Fué un tío con su levitón que lo echó por la puerta de mi casa... ¡Cuando yo lo vea le arranco los fardones...!

Toma el señor Cura el librejo, lo rasga en presencia de todos los del Catecismo y da unas perras al chavea en galardón de su generosidad.

Sin decir palabra y sin llamar la atención se dirige el chiquito a la Capilla de la Virgen de los Dolores y con la rapidez del que desea no ser visto se empina sobre las puntas de sus pies delante del «Cepillo» de la Virgen y deja caer dentro las monedas que acababa de recibir.

—Pero, oye, oye, niño, ¿qué estás haciendo? le grita desde lejos el P. Cura extrañado ante la acción del chaveita.

Y volviéndose éste con la cabeza baja y la cara avergonzada, como el que ha sido sorprendido en una falta, dice entrecortado:

—Si no era ná... digo... si yo no se... era que con lo que osté me dijo de la Virgen mantrao una jormiguiya por aentro... y le eché las perriya a be si me se quitaba...

Y respirando fuerte exclama: ¡ya me se quitó! ¡Como yo vea al tio aqué de la levitiya....!

¿Verdad que emociona un desagravio tan ingenuo y ese cariño tan fino a la Virgen del chaveita?

XI

Un Catequista de piedra, un Catecismo perenne y unos frutos prodigiosos

En obsequio de los que se sientan extrañados o incrédulos ante ese epígrafe, lo explicaré punto por punto.

El Catequista de piedra

Así, como suena, no metafóricamente, sino en toda realidad de verdad cuento con un Catequista de piedra y un gran Catequista.

La monumental fachada del Palacio Episcopal de Málaga remata con una artística hornacina que guarda dentro de ella una hermosa Virgen de las Angustias sentada al pie de la Cruz con su Santísimo Hijo muerto sobre sus rodillas y todo ello de tamaño natural.

Alumbran por las noches a las Sagradas Imágenes unas luces que atraen sobre ellas las miradas de los numerosos transeuntes.

Esa imágen de la Virgen es la gran Catequista de piedra.

El Catecismo perenne

Todo el que pase por la plaza del Palacio y más si es de noche, sea bueno, sea malo, venga del

deber o vaya al vicio, (¡y pasan tantos en esta última dirección!) se lleva, quiera o no quiera, su ración de Catecismo.

El dar los balcones de mis habitaciones a esa misma fachada me permite el gusto y el consuelo de asistir frecuentemente a esas tomas de Catecismo.

Ya es el obrero del puerto o de la fábrica que muy temprano pasa medio quitándose la gorra y medio rascándose la cabeza.

Ya es el grupo de libertinos y desgraciadas que vuelven gritando de madrugada de una noche de orgía y al pasar ante la Virgen dolorida se enmudecen.

Ora es el basurero, que mientras da agua en la pila del centro de la plaza a su mulo, subido sobre su carro de basuras y echado sobre los barales se canta unas malagueñitas o unas soleares mirando hacia Ella, ora es el pelotón de soldados que regresan de Africa y desembarcan en el vapor de la mañana que la saludan cuadrándose o tirando sus gorros al aire... Sí, mi plaza es casi siempre una clase de Catecismo más o menos a las claras; allí se dicen o quieren recordar oraciones, se santiguan o intentan santiguarse hombres y mujeres, se recuerdan verdades olvidadas, se excitan virtudes, se levantan remordimientos, se ofrecen actos de Fe, de Esperanza, de Caridad y de Contrición.

¡Cuántas veces he visto enjugar lágrimas con pañuelos de encajes y mangas de chaquetas y blusas! Allí, en una palabra, se aprende, se recuerda, se practica el Catecismo.

Os contaré frutos enternecedores de lo poco que me es dado ver.

XII

Los frutos del Catequista de piedra

Prosiguiendo la historia de la Catequesis perpetua que en la Plaza del Obispo tiene establecida la Imagen de la Virgen de las Angustias de la fachada del palacio episcopal, os voy a contar dos casos, verdaderamente ejemplares, de buen fruto por esa Catequesis y de los que diariamente soy testigo ocular.

La meditación diaria de un obrero

Sin saber de dónde es, ni de dónde viene, ni cómo se llama, durante largas temporadas lo mismo de invierno que de verano, y siempre muy de mañana, veo llegar a la plaza a un hombre entrecano de pelo, curtido de cara y como de cincuenta y tantos años.

Invariablemente se dirige a la acera de enfrente de la Virgen y, sentado en el escalón de una de sus puertas, saca del bolsillo de su blusa azul su petaca, lía y enciende un cigarro y, después de darle unas cuantas chupadas, se quita pausadamente su gorra, la coloca sobre su rodilla derecha y se santigua devotamente mirando a la Santísima Virgen que tiene enfrente.

En esta actitud, apoyando su cabeza sobre su

mano derecha, se pasa un buen rato en el que más que rezar con los labios, que permanecen inmóviles, parece que echa un rato de afectuosa e íntima conversación con su Madre. Y así lo hace creer las miradas que de cuando en cuando le dirige, los contoneos de su cabeza, como afirmando o aceptando, los movimientos de sus manos que unas veces se elevan suplicando, otras golpean el pecho y no pocas secan lágrimas...

Transcurrido un rato, mi desconocido orante se santigua rápidamente, se cala su gorra, coloca su cigarro apagado en sus labios, lo vuelve a encender y, cuando tranquilamente se lo fuma, vuelve a descubrirse, santiguarse y reanudar su interrumpida oración en la misma forma que antes.

Unos cuantos gorrazos contra el quicio de la puerta, como para sacudirle el polvo, unos cuantos estirones de su blusa y una levantada rápida ponen término a este segundo acto o punto de oración, y mi hombre se retira, no sin volver unas cuantas veces la vista a su Virgencita de piedra, hasta la mañana siguiente.

Una orante

A poco de partir este buen obrero, se presenta por la plaza, cargada con dos enormes canastos vacíos, una mujercita más vieja que nueva, más baja que alta, vestida de negro y de andar muy ágil; se dirige casi siempre al mismo escalón en que oró su antecesor y desde allí, antes de sentarse, vuelta

hacia la Virgen, se santigua, le tira un beso muy apretado con las dos manos cruzadas y, dejando los canastos en el suelo, se sienta.

¡Qué conversación u oración más animada y expansiva la de esta buena mujer!

Habla con su Madre de las Angustias con su boca, en voz baja y alta, con sus ojos, que abre y cierra y aprieta y remoja con abundantes lágrimas, con sus manos que levanta, cruza, estira, encoge, con su pañuelo y con el pico de su mantón y de su delantal, con los que se limpia el llanto y el sudor, la nariz y la boca y hasta con sus pies, con los que golpea el suelo.

Os aseguro que es para conmover verla dirigiendo alternativamente sus ojos y sus manos a la Virgen y a sus canastos vacios, como si dijera: Madre mía de las Agustias, como Tú no me llenes esos canastos, ¿qué voy a llevar yo hoy a mi casa?

Y, sin duda, la oración confiada y humilde de esta fiel cristiana tiene respuesta buena, porque ella, al cabo de su conversación con su Madre, se levanta decidida, toma con garbo sus canastos y allá se va, no sin mandar a la Virgen mientras la puede ver, unas cuantas miradas que parecen decir: Muchas gracias por el pan de hoy y... por el de mañana que vendré a pedir...

....

Si decís u oís decir: Yo no hago oración mental... porque no sé, no puedo, no tengo tiempo, eso es para los santos, para los desocupados, me aburro...

acordaos del obrero de la blusa azul y de la mujercita de los dos canastos de mi plaza e id a preguntarles quién los ha enseñado o dónde han aprendido ese secreto de hacer feliz la vida...

XIII

Una distracción provechosa y amena en la oración

Terminaba la Visita pastoral en uno de mis pueblos y, según costumbre, daba el último adiós al Jesús del Sagrario parroquial.

¡Tiene un Obispo tantos encargos que dejar y tantas peticiones que hacer al Jesús de cada Sagrario que visita!

Según costumbre también, un turbión de niños y niñas, que desde la llegada hasta la salida del pueblo son los inseparables del Obispo, se hincan de rodillas conmigo delante del Sagrario con un silencio muy relativo y con una cantidad bastante alzada de empujones y protestas contra los que quieren estar más cerca del Sagrario y del Obispo.

Entorno los ojos y preparo los pies para recibir los menos pisotones posibles y, como puedo, comienzo mi oración de despedida.

En no pocos pueblos la actitud del Obispo impone suavemente recogimiento y silencio a los bulliciosos acompañantes, pero como nota encantadora de fe penetrante e ingenuidad deliciosa traslado el

diálogo desarrollado en uno de estos pueblos en ese ratito de Sagrario.

—Oye, mia tú, dice en voz baja una chiquilla a su compañera, el Señolobispo saqueao dormio.

—Pobretico, estará ya errumbiao de tanto trajiná.

—Quitayá, interviene una tercera, sinó está dormio, sino que se está hasiendo el dormio...

—¡Hasiéndose el dormio! ¡Porlole! mialo y tiene ya la cara de está hablando con los angelitos y tó.

—Pos yo digo que dormio no está.

—Entose ¿por qué tiene los ojos tan serrao?

—¡Toma! Porque asin ve mejón al Señó.

—Sí, sí, porque tú quieras ¿de mo y manera que pa ve mejón a una persona se sierran los ojos?

—¿En qué tierra ha visto tú eso?

—¡Pos sí, pos sí y pos sí! ¿te entera? ¿Tú te crees que al Señó se ve con los ojos de la cara como a toa la gente? Al Señó que está ahí no se ve má que con lo que tenemos aquí dentro...

¿Tenteras? ¡Por eso cuando una comurga se quea con los ojos serrao! pa eso, pa vé y pa oí mejón al Señó que ha entrao adentro de una...

Una nueva irrupción de público menudo cae sobre las disertantes y sobre mí y, cortando el paladeo de aquellas mieles de doctrina excelsa sobre la oración, tengo que levantarme y partir.

XIV

Un caso de conciencia

¿Es robar, me preguntan a boca de jarro unos chaveas de un pueblo a los que hace poco adoctrinaba en una de mis visitas pastorales, ¿es robar lo que ha hecho un chavea de aquí el otro día?

—Contadme.

—Pos verá osté, señolobispo, que na menos que ha sio en el mismito Sagrario.

—¿En el Sagrario?

—Si señó, ayí mismito, ayí adonde está la lamparita aqueya.

—Pero ¿fué mucho? ¿qué fué lo que cogió ese chavea? insistía yo un poco alarmado temiéndome algún sacrilegio.

—Si, si, pos verá osté señolobispo. Aquí tenemo la maña de vení tos los días un ratillo unos cuantos de chavea a visitá al Señó que está vivo ahí en el Sagrario, unos primero y otros atrás y ca uno cuando puede.

—¡Bueno! ¡bueno! eso me gusta muchísimo a mí y ciertamente al Corazón de Jesús le gustará mucho, mucho, mucho; pero ¿y lo del chavea?

—Pos na, quel lotro día ba y biene uno de los más bueno de nosotros a visitá al Señó como tos los días, y había ahí ensima del altá un cabiyo de vela y ba el chavea y salevanta y se va pa yá y se jinca en roiya y ba y le dise al Señó: Señó, ¿me da usté pa mí este cabito? y ba y agarra y lo coge y se

lo guarda y se lo yebó... y diusté: ¿eso es robá?

—Hombre, hombre, respondí yo un tantico perplejo: ese niño ¿para qué quería el cabito de vela?

Pos pa cuando haiga tormenta y miusté, dise que el Señó le dijo que glieno, que pa él.

Emocionado ante aquel caso indudable de Fe encantadora del buen niño, pero temeroso por otra parte de la repetición del mismo sin esa hermosa buena Fe, salí del apuro diciéndoles que como el Señor ha querido quedarse en el Sagrario callado para enseñarnos a ser humildes y modestos y habla por medio de sus sacerdotes, que en adelante no tocaran nada de la Iglesia sin permiso del Padre Cura.

XV

Contra el demonio mudo.—Una lección jugando

El gran peligro de las confesiones de los niños

Harto saben los Catequistas sacerdotes y por tanto confesores, lo que trabajan en las confesiones de los niños y más singularmente de las niñas los demonios mudos.

Diríase que a veces los mismos confesores sienten la presencia de ese gran enemigo de las confesiones sinceras y que casi los ven apretar con sus garras las lenguas de los pobres penitentes para que callen los pecados más vergonzosos o por lo menos los digan disminuídos y desfigurados.

(Cuidado que esto no reza con las pobres almas escrupulosas atormentadas por un enemigo contrario al *demonio mudo*, el *enemigo* de la *lengua larga*, que las impulsa a explicarse más de la cuenta y a no quedarse tranquilas nunca por mucho que se expliquen).

El *demonio mudo*, repito, cogido a la lengua de los niños y singularmente de las niñas ¡cuántas confesiones sacrílegas y, por consiguiente, cuántas comuniones igualmente sacrílegas produce y con qué cadena tan larga y tan recia de sacrilegios va enredando y amarrando esas almas tan buscadas y deseadas del Corazón de Jesús!

¡Verdaderos milagros de su gracia son necesarios para romper en los jóvenes y en los ya maduros esas cadenas labradas por el maldito *demonio mudo* de las confesiones de la niñez!

La predicación constante contra el demonio mudo

Enterado primero por los libros y después por la experiencia de mi ministerio del daño tan horrible, tan extendido, tan disimulado y a veces tan irremediable de las Confesiones y Comuniones malogradas por ese maldito demonio que en ellas trabaja agrandando la vergüenza y achicando o encogiendo la lengua, procuro no desperdiciar ocasión de hablar con niños y jóvenes de uno y otro sexo para darles, en el tono que las circunstancias pidan o

permitan, una llamada de atención y prevención contra la perniciosa acción del demonio mudo en sus confesiones.

Y ¿querréis creer que, aun hablando sin acentos duros ni amenazadores, en tono familiar y cariñosamente insinuante, no pocas veces veo rostros cambiarse de color y ojos entornarse por no encontrarse con mi mirada como si mis palabras estuviesen descubriendo sus interiores?

¡Corazón de Jesús, con qué ganas te digo muchas veces: Ten misericordia y misericordia grande de las pobrecitas almas presas por el demonio mudo!

Os presentaré el juego que al principio os anunciaba y con el que se puede ayudar el Catequista a meter por los ojos de los niños el horror al enemigo de sus confesiones.

XVI

Contra el demonio mudo

Hay que inculcar mucho en los niños, con respecto a la Confesión, el horror al sacrilegio que se comete confesando unos pecados y callando o desfigurando otros por vergüenza.

Apuntaré aquí algún gráfico de que me valgo para hacerles ver claramente que, callando o desfigurando pecados por vergüenza, no sólo no se perdonan los otros confesados, sino que se comete uno más gordo, que es el sacrilegio.

El gráfico de las gradas

Como las Catequesis suelen ser en las iglesias y todas tienen sus gradas de presbiterio o por lo menos de púlpito, de las gradas me valgo para escenario del gráfico para representar el estado de gracia que es estado de elevación. Me sirvo de varios *personajes* o *personillas:*

1.° El pecador con los bolsillos y, si no los tiene, con los puños llenos de chinas o guijarros de la calle, que representan los pecados y lo que ellos pesan.

2.° A su lado derecho dos amigos buenos que representan el *Angel de su guarda* y su *conciencia.* De camino digo el oficio de uno y otro.

3.° A su lado izquierdo o detrás, otro niño que representa el demonio mudo, o sea, el demonio de las malas Confesiones, y también sobre eso doy un ligero repaso.

4.° En el plano del Presbiterio o en lo alto del púlpito un niño que represente a Jesús, que es el Santo por excelencia, el único santificador y perdonador por los méritos de su Pasión y Muerte y por medio de los Sacramentos.

La acción

El pecador abrumado por el peso de sus piedras o pecados y por estar privado de la gracia de Dios, aparece mal sentado o caído en el suelo fuera de las gradas.

El niño, que hace de Jesús, desde lo alto lo llama con la mano y con ella señala su Corazón lleno de misericordia y de ganas de perdonarlo, y a su Madre, representada en el retablo del Altar, que es el refugio y la Madre de los pecadores, le señala también hacia el cielo y hacia el Sagrario como recordándole que para subir a aquél y comer en éste su Divino Cuerpo hay que descargarse del peso y de la suciedad de los pecados; señala por último hacia abajo, hacia el infierno, adonde van los pecadores que no se confiesan o se confiesan mal.

(El niño-Jesús no tiene que hacer más que ir señalando con su mano los puntos de que el Catequista va hablando).

El niño-Angel después de mirar atentamente a Jesús se inclina hacia el niño-pecador y trata de cogerlo por los brazos para levantarlo, mientras el niño-conciencia le va sacando piedras del bolsillo o de la mano y tirándolas al suelo.

El niño-pecador aligerado del peso se va dejando levantar y llevar hacia las gradas y hasta llega a poner un pie sobre la primera; pero el demonio mudo, que ha estado observando lo que hacen los dos amigos buenos, puesto que el demonio no puede ver por dentro las almas, se dedica a recoger las piedras tiradas y con una mano quiere meterlas de nuevo en el bolsillo del pecador, que representa el caso frecuente de desmentir o desfigurar los pecados ya declarados y con la otra forcejea para que no acabe el niño-conciencia de sacar las que

quedan en alguno de los bolsillos de la chaqueta, blusa o babi, que representa el callar y guardar algunos pecados.

(El Catequista va exponiendo las *sinrazones* con que el demonio mudo amarra la lengua; el miedo a que lo sepan, a que lo digan, a que le riñan, la vergüenza de cosas tan feas, etc., etc...)

Si el niño-conciencia puede más y vacía los bolsillos o las manos al niño-pecador, el niño-Angel tira de él y lo sube a la última grada del Presbiterio y cogiendo su mano derecha golpea con ella su pecho en señal de dolor y el niño-Jesús levanta, abre los brazos en señal de perdón, y se acerca al niño arrepentido y lo abraza y lo levanta.

Si el niño-demonio mudo puede más, en uno de los empujones vuelve a arrojar al suelo al niño-pecador y le llena los bolsillos y las manos de las mismas piedras tiradas y, para indicar el triunfo y hacer más difícil la conversión, se coloca con los brazos abiertos entre el niño-Jesús y el niño-pecador para que éste no vea a Aquél y mientras tanto los niños que representan a Jesús, al Angel y a la conciencia, se ponen tristes y se llevan las manos a los ojos como si lloraran.

....

Certifico que, como el Catequista ensaye un poquito de antemano a sus personajillos y vaya explicando con vivos colores la acción de ellos al menudo auditorio, este asiste y se penetra con atención y hasta con emoción.

XVII

La lección del maestro Almendro

¡No siempre va a ejercer el magisterio el veterano Ciruelo! ¿quién no ha oido hablar del maestro Ciruelo?

Al pie de la obra de mi Seminario me ha salido un maestro *Almendro* que da quince y raya al compañero. Allí de entre cascotes y ripios, granzones y piedras se yergue mi almendrito desnudo de hojas y cuajado de florecillas blancas como copos de nieve.

Y le he dado el título de maestro y como a tal lo presento a mis seminaristas porque ¡vaya si está enseñando a las mil maravillas la gran lección, la lección fundamental del apostolado sacerdotal que expresó el Maestro divino en aquellas palabras: «Haced mucho bien sin esperar por él nada!»

¡Qué bien lo enseña mi almendro!

Cuando debia estar achicharrado de tanta cal como le rodea o tronchado o caido de tanto tropezón de piedras, maderas, carrillos y pies de operarios, cuando por lo menos podia mostrarse enojado y encogido de tantos menosprecios y malos tratos, mi paciente y generoso almendrito se ha cubierto este Enero de más flores que ningún año y que los compañeros que lo rodean y viven con más buen trato.

¡Si viérais las veces que me he detenido con los

que me acompañan para recibir la lección del maestrillo!

¡Qué bien está cumpliendo él a su modo lo que todos los sacerdotes y maestros de las almas debiéramos estar haciendo siempre! ¡Hacer bien, mucho bien, aunque nos den palos y pedradas, aunque nos pisoteen y quemen!.... ¡Sin esperar por el bien que hagamos nada! ¡Nada!

Maestro Almendrito de mi Seminario ¡que nos aprendamos bien tu lección!

XVIII

Una lección a más de mil niños

Ando de visita pastoral por los pueblos; en Estepona invito a los señores Maestros y a sus niños a un ratito de Catecismo y la Parroquia se me llena de niños y niñas ¡más de mil!

Para dominarlos me subo al púlpito, mando sentar en bancos y suelo a los que tienen en dónde y quedar de pie a los que casi no disponían de más sitio que el que ocupaban sus pies.

¿Cómo arreglármelas para que un auditorio tan numeroso, tan inquieto y tan incómodamente hacinado estuviera atento?

El gran recurso

—Niños mios, les digo, yo quisiera que por unos minutos no viera yo los dientes de ninguno de

vosotros... Movimiento de risa reprimida, y de labios y bocas que exageradamente se cierran y como resultado ¡un silencio de media noche!

—Así me gusta... Ahora que ninguno abra la boca hasta que yo se lo diga. No se me responde más que con la cabeza, con las manos y con los ojos ¡nada más! ¿estamos? (inclinación profunda y universal de cabeza).

Vamos a echar ahora un ratito de Catecismo a media conversación.

¿Es bueno saber Catecismo? (muecas afirmativas). ¿Y practicar el Catecismo es bueno?

...¿Cuántas cosas buenas hace el que sabe el Catecismo y lo practica? (infinidad de *dos dedos* levantados).

¿Y cuántas cosas hace el que sabe, practica y enseña el Catecismo? (Infinidad de racimos de *tres dedos* levantados).

—El que no sabe el Catecismo ¿cómo tiene los ojos de su alma? (Miles de ojillos cerrados).

Eso es: tiene los ojos cerrados y está como ciego y a oscuras sin saber por dónde tiene que ir para cumplir sus deberes y llegar al cielo; y el que no practica la Doctrina cristiana, aunque la sepa muy bien ¿cómo anda? (Como por un resorte mágico todos se ponen a hacer contorsiones como las que ven hacer a los embriagados).

Muy bien; los que no practican la Doctrina, aunque sean muy sabios, andan por la vida haciendo *eses* como los que van por ahí llenos de... (una

risa picaresca y mil dedos pulgares entre los labios me dicen que nos vamos entendiendo).

De modo que si los que no practican el Catecismo andan torcidos y tuertos, los que lo practican muy bien ¿cómo andarán? (Todos muy tiesos y con los dedos y las manos muy rígidos).

Así es: los que practican todo el Catecismo, o sea, creen en todo el Credo, cumplen todos los diez Mandamientos de la Ley de Dios y los cinco de la Santa Madre Iglesia, reciben con buena intención los Sacramentos y hacen muy bien su Oración por la mañana y por la noche, esos son los hombres rectos.

¿Habría aquí en esta Iglesia una figura o modelo de hombre recto, muy derecho, que no se torció nunca, y de tan recto como vivía y era murió estirado...?

(Todos los dedillos y las caras señalan al Altar y a la Imagen del Santísimo Cristo de mayor devoción en el pueblo).

—Ese sí que es un hombre recto. Nuestro Señor Jesucristo, como es recta la Cruz en que murió y se quedó enseñándonos a no ladearnos...

Pues a ver si me encontráis ahora aquí también la figura y el modelo de todos los ladeados, (un momento de vacilación buscando hasta que se levantan cientos de índices apuntando al Camarín del Altar mayor).

—¿Allí está el modelo de los ladeados? Yo veo ahí unos angelitos medio acostados o medio de

rodillas... ¿son esos? (Signo negativo). Veo muchas molduras y adornos dorados... (nuevas negativas).

Veo en el Camarín a la Inmaculada (los ojos se abren desmesuradamente como diciéndome: (se quema V.) y debajo de la Inmaculada veo una bola y unos cuernos de luna y... una serpiente. (Asentimiento general y algunos no pudiendo contenerse exclaman: *(esa* mismita). Así es que la serpiente enroscada que es figura del demonio, ¿es el modelo de todas las almas que andan torcidas, tuertas, cojas o ladeadas?...

Pues bien, ahora os voy a hacer jueces.

Si veis un niño que no quiere venir a Misa los Domingos, ni rezar nunca y en cambio dice picardías y mienta los muertos y la madre a los chiquillos etc., etc., (y todos los que se quieran) ¿ese niño es recto? ¿está ladeado? ¿A quién se parece? ¿Al Stmo. Cristo? ¿Al enroscado de allá arriba? (aquí se multiplican los casos y las preguntas y el auditorio constituído en tribunal severísimo va sentenciando con fino instinto de justicia y haciendo a las mil maravillas su clasificación de *rectos* y *ladeados*, y lo que es más maravilloso, tan entretenido en mover la cabeza, las manos, los ojos y el cuerpo que llega a olvidarse de mover la lengua).

Se cantan unas coplitas con la boca cerrada, por supuesto, se le tiran unos cuantos besos muy fuertes al Stmo. Cristo *vivo* en el Sagrario en arrepentimiento de todas las *torceduras* encontradas y como propósito de toda la *derechura* posible para

en adelante y reciben la bendición que en nombre y respuesta de Jesús les doy y ¡se pasó una hora de Catecismo sin sentir!

XIX

Una lección sudando la gota gorda

Me pidieron en unas de las clases prácticas de Catecismo que se dieron en el Congreso Catequístico de Granada unas palabritas de corona estimulando la constancia de Maestras y alumnas.

Había dado las lecciones el P. Guerrero S. J. que fué un Catequista de más de cuerpo entero (porque bien flaco de cuerpo era) valiéndose de gráficos muy ingeniosos.

El calor reinante, la aglomeración de niñas y la larga hora de lección tenían ya al menudo auditorio más que en peligro de explosión.

Y en estas circunstancias ¿quién echaba un discursito con probabilidades de ser oído?

Eché mano a la buena de Dios de mis recursos catequísticos y allá va

La lección

En medio de un sordo murmullo presagio de la ebullición de aquella gran olla de cabezas y bocas y pies y manos infantiles, levanto la voz y digo:

—¡Labios cerrados y manos arriba!

Silencio absoluto, caras risueñas y cientos de manos agitándose sobre aquel mar de cabezas.

Como si la electricidad acumulada se hubiese escapado por las puntas de los dedos, cuando mandé bajar las manos, las bocas permanecieron silenciosas y los ojos muy abiertos en gran expectación.

—Ahora os pregunto: ¿A qué se parece eso que habéis hecho? ¡Vengan parecidos!

Y ¡vaya si salieron! Desfilaron los pájaros, las palomas, las mieses meciéndose, las alas de los ángeles, los diablillos y qué sé yo cuántos parecidos. Y cuando hubieron agotado la lista de sus ocurrencias, proseguí:

Todavía no habéis dado con el parecido que yo buscaba... Vamos a ver si llegamos. Si yo digo de una de vosotras: esta niña es así (muevo lentamente mis dos manos abiertas horizontales al suelo) ¿cómo diréis que es esta niña?

Todas: —¡Muy tranquila! ¡muy paradita!

—Eso es. Y si yo digo de otra: esta es (y pongo mi dedo índice sobre la sién).

—¡Chalá, chalá!

—Y si de otra digo: (y levanto mis manos sobre la cabeza agitándolas).

—¡Que tiene la cabeza muy ligera!

—Y para decir de una que es muy sufrida, y muy constante en cumplir su deber porque quiere mucho, mucho al Corazón de Jesús, ¿cómo la representaré?

Silencio.

—Más claro; el que más nos quiere a todos nosotros y con más paciencia nos aguanta, ¿qué figura tiene? ¡A ver! ¿quién lo acierta?

Todas El Señó en crú.

—Entonces para representar a una niña o a una Catequista que viene todos los domingos a la Doctrina, aunque haya mucho frío o calor, y aquí en la Doctrina está muy atenta y se aprovecha de todo lo que se dice y de todo saca más amor al Corazón de Jesús, que está vivo ahí en el Sagrario, y más paciencia después para su casa, para representar a esa alma ¿qué figura usaremos?

Todas en cruz.

—¡Así mismito!

....

Corazón de Jesús que estás oyéndonos y viéndonos desde tu Sagrario, echa una bendición de fortaleza y aliento sobre estas buenas Maestras y alumnas para que por su modestia sean paraditas y juiciosas, por su amor a Ti, chifladas, por su constancia en venir y su gran deseo de conocerte, amarte e imitarte cada vez más, como Tú, crucificadas y nunca, nunca cabecillas ligeras como de gorrión, (a la par iba haciendo con las manos el parecido) y en señal de que todas así lo quieren y prometen, recibe el beso apretado y sonoro que con todas sus ganas te tiran a las puertas de tu Sagrario.

Y una descarga cerrada de cientos de besos fué el *amén* placentero y ruidoso de mi menudo auditorio...

XX

A propósito de la nueva Iglesia de mi Seminario

Después de visitar la Iglesia de mi Seminario un enjambre de chiquillas del Colegio de la Goleta pregunto su parecer a cada una.

—Que es muy bonita.

—Que es muy hermosa.

—Que está hecha con mucho *parné* y más *pesquí.*

—Que mete muchas ganas de *resá.*

—Que cuando está una *ayí* no *sacuerda* de *ná* de por ahi.

—Que el Pastorcico parece que se ha metido a *ladrón.*

—Que esta Iglesia no se parece a otras Iglesias ¿...? Porque en otras dan ganas de volver para un lado y para otro la cabeza para mirar, y aquí dan ganas de no mirar y de estarse con los ojos cerrados y muy calladita...

Como observarán los lectores, las respuestas van ganando en honduras y los ingenios de las consultadas se van apurando y llegan al colmo con la que quiero rematar esta impresión catequística.

Pos yo digo, apunta tímidamente una chatilla rubia muy despierta, que la *Ilesia* tiene cola...

—¡Digo con la niña! replica vivamente otra, ¡ni que la Iglesia fuera un boquerón!

—Tiene cola, prosigue mi rubilla sin inmutarse, porque *¡se pega má!...*

¡El instinto fino de la inocencia había definido nuestra Iglesia y elogiádola con la más exacta definición y el más cumplido elogio.

La Iglesia de mi Seminario es una Iglesia que *se pega.*

Realmente para salirse de ella hay que *despegarse.* ¡Tan en paz, gusto y devoción se está en ella!

XXI

El veraneo de una María

Como las Marías deben serlo siempre y en todas partes, pues en todas partes y siempre hay abandonos de Jesús que reparar, me es muy grato trasladar aquí algunos rasgos del Catecismo improvisado por una de esas buenas *Marías permanentes* en el campo no lejos de Málaga en el que ha pasado una larga temporada.

Debo advertir, que a pesar de contener ese poblado más de mil almas, no tiene sacerdote fijo y sólo cuenta con una Misa los días de fiesta en los que autorizo a uno de la ciudad para que diga 2.ª Misa a aquellos pobres diocesanos en una pobrísima y reducida ermita.

Dice la María:

«Desde el primer día de estar aquí cuantas veces iba a la Iglesia encontraba en la puerta a un niño de unos seis años. Intenté hacer amistad con él,

pero en vano, durante un mes no lo pude conseguir ni saber su nombre. Al fin al mes justamente viene y le digo: ¿Quieres entrar conmigo a hacerle una visita a Jesús?—Entraré.

Una vez allí intento explicarle quien está allí y para darle a conocer cuánto Jesús lo quiere, le digo:

—¿Tú ves el cielo? pues lo ha hecho Jesús para ti.—¡Ojuú!

—¿Tú eres capaz de hacer el sol? Pues lo ha hecho Jesús para ti.—¡Ojuú!

Y así le fuí proponiendo unas cuantas cosas seguidas de otros tantos: ¡Ojuú!

Al fin le digo: Y la tierra ¿quién la ha hecho? pues la ha hecho también Dios para ti. Y él, sin poderse contener, contesta: ¡Pa mi... y pa tos los chiquillos!

A la tarde siguiente, apenas me ve, vuelve y entra. Le hablo del Jesús que está en aquella casita dorada y que tanto quiere a los niños y que desea que vengan a visitarlo. Al cabo de un rato se va y vuelve con una hermanita de tres años.

—Anda vé, le dice, a donde está esa mujé que te va a desí muchas cosas de Jesú.

La chiquilla no se mueve y él la coge y acercándose al altar le dice: ¿ves tú aquella puertecita dorá? pues se abre y aentro ayi está Jesú que es muy bueno y quiere mucho a las niñas, pero como seas mala te vá al infierno ¿sabes? pos anda y harle una visita. A los cinco minutos se la lleva y vuelve con otro y le hace la misma relación, y el caso se repitió varias tardes.

Parece que quería con la prisa de su apostolado desagraviar lo duro y tardío de su conquista.

***

Una tarde me traen a dos niñas de cinco y siete años que se habían peleado y hasta pellizcado. Intento la reconciliación pero la más chica se resiste tenazmente.

No sabiendo ya qué decirles ni qué hacer le pregunto:

¿Quién vale más, Jesús o tú?

—Jesús.

Pues mira, una vez un hombre muy malo le dió un bofetón y El puso el otro lado...

—Y sin dejarme acabar y muy convencida me dice: Sí, sí, pero esta es mucho más mala que aqué hombre.

Al fin, por contentar a Jesús se dieron un beso allí delante de El.

***

Hace unos días tuvimos la alegría de tener manifiesto menor, cosa aquí tan extraordinaria que era la primera vez.

Una niña de las mayorcitas que estaba delante de mi, me dice: ¿Qué van a hacer?

—Es que Jesús nos quiere tanto, le contesto, que quiere estar más cerquita de nosotras y van a abrir la puerta.

—¡Qué alegría! Al fin manifiestan y ella, brillando

sus ojos por la alegría, de vez en cuando se volvía y muy bajito y con muchas ganas me decía:

—¡Qué contenta estoy, qué contenta!

Al otro día me contaban sus impresiones y lo que habían dicho y pedido al Señor, menos ella.

—Y tú—le digo—¿qué pediste a Jesús?

—Yo, nada... ¡¡estaba tan contenta!!

Y en sus ojos se veía resplandecer aun la alegría, la alegría de los corazones limpios, pues esa niña en una semana no pudo encontrar al hacer examen para confesar otro pecado que haber llamado a otra, *tonta.*»

Me figuro que cuando se acabó el veraneo de esa María, dirían a coro Jesús Sacramentado y los Angeles de esas almas acercadas a El por su celo: ¡Qué buen verano!...

XXII

La mejor oración de un chaveita de la playa

Después de un buen rato de explicación práctica y repetida de lo que es la oración, de sus condiciones y de la mayor facilidad de obtener del Señor las cosas espirituales que las materiales, pregunta una de nuestras *Marías Catequistas* de un pueblecito costeño vecino a Málaga a uno de sus más atentos oyentes, un playerillo descalzo de pie y pierna y de ojos tan azules como la mar en cuya playa vive.

—Vamos a ver, ¿qué vas tú a pedir con más ganas al Corazón de Jesús y con más seguridad de alcanzarlo?

—¿Yo? ¿Yo? ¿Yo? pos le voy a pedí con toiticas mis ganas que mande salí mucho só pa que se ponga el lagüa mu calentita y mos puéamos está bañando to er día...

Y como si ya estuviera disfrutando del favor que iba a pedir, acompañaba su palabra alargando sus brazos, cuerpo y cara como en pleno baño!...

XXIII

Notas de una escuela de niños a la que asisten cristianos y judíos

Como en mi diócesis tengo pueblos de no pocos habitantes moros, judíos, budistas y de otras falsas religiones sobre todo en los enclavados en Africa, no es raro que la población escolar sea también abigarrada y heterogénea.

No son pocos ni fáciles de resolver los apuros en que algunos maestros oficiales se encuentran para evitar unas veces desprecios de la Religión verdadera por parte de los pequeños afiliados a otras, que hartas veces vomitan en la escuela el odio inoculado en su sangre contra aquélla, y para impedir otras veces la revancha airada y tumultuosa de los pequeños católicos contra las burlas o desprecios de sus compañeros moros, judíos y anticristianos. Y ¡cosa curiosa! Con los que mantienen

más viva la rivalidad en esas escuelas los niños cristianos es con los niños hebreos o judíos, y no sólo los niños cristianos, sino los moros y los de otras religiones también dan la preferencia en sus odios a los judíos ¡triste paga y rastro de su deicidio!

Una buena maestra nacional me cuenta escenas por demás interesantes de esos antagonismos y cuestiones entre sus niños cristianos y hebreos y para cuya solución hartas veces se ve y se desea.

Un casus belli

—Señora Directora, acusa una niña hebrea con perfecto dejo andaluz y con cara mohina, esta niña se está metiendo conmigo...

—¿?

—Sí señora, dice que mi padre debía estar preso y ajorcao porque ha matao al Señó...

La Directora llama a capítulo a la acusada, la interroga, la exhorta a que no se meta con ninguna compañera, ni mucho menos con sus padres y cuando por el silencio y atención con que es oída cree que ya ha llevado la paz a los ánimos turbados por la contienda, recibe en el más tranquilo y razonable de los tonos de parte de la acusada esta salida:

Güeno, pos yo lo que digo es que si el popá de esta niña no fué el que mató al Señó; por lo meno, por lo meno, sería su agüelo o su tataragüelo...

....

Otra escena

A fuer de Maestra piadosa inculca mucho en sus niñas el conocimiento y el amor de Jesús.

Un día en medio de estas explicaciones se levanta una niña y le pregunta:

—Señora Directora, ¿es verdá que er Señó fué hebreo?

Josú, hija, se levanta otra a responderle con desenfado, ¿er Señó hebreo? eso no fué más que una mijiya de tiempo pero aluego se arrepintió y ya fué güeno...

Cuentan las crónicas que no poco trabajo costó a la buena Maestra demostrar a sus discípulas que el Señor no tuvo en su vida que arrepentirse de nada malo y mucho menos de haber sido hebreo, no una mijilla, sino toda su vida...

El crucifijo de la judía

Tiene la excelente Maestra que me da estas notas del natural la buena costumbre de dar a besar un Crucifijo que tiene sobre la mesa de la clase para despedir a sus niñas.

¡Buena ensarta de besos estrepitosos y *recolgaos*, como dicen por acá, la que se gana el Santo Crucifijo de sus fervientes escolares!

Y diría que aumenta la fuerza de estos besos la actitud de unas niñas hebreas con respecto al Santo Cristo. Con el brazo cubriéndose la cara como para no verlo se acercan a la mesa para despedirse de la Directora.

Y contrasta con la actitud hostil de estas judías la de otra hebreíta que sin reparo ninguno y con gran cariño se acerca todas las tardes a dar su beso como la niña más cristiana.

La vista de Jesús Crucificado despierta en esta hebreíta un interés extraordinario. Siempre que lo ve, sea en estampa sea en escultura, fija sus ojos en El un rato y después pregunta a la que tiene al lado: ¿por qué está aquí Jesús tan blanco? ¿tan amoratado? ¿tan triste? o del color o modo como a ella le impresione; diríase que pesa sobre su alma el remordimiento del crimen de su raza.

Un día a la vista de un Crucifijo preguntaba en tono de mucho interés a su Profesora: Diguste, si yo le quitara a Jesús los clavos ¿resucitaría otra vé?

Por cierto que es de verdad conmovedor lo que ha ocurrido con esta hebreíta y el Crucifijo de la Escuela.

Una mañana no estaba el Crucifijo sobre la mesa de la Maestra. Se busca por todas partes, se pregunta a todas las niñas y todo inútil ¡se lo habían llevado! ¿Quién? ¿para qué? Sin atreverse nadie a decirlo, por la mente de muchas pasaba la idea de ¡una venganza judía!

Por falta de indicios se desechó.

A los pocos días apareció el Crucifijo colgado detrás de una puerta y poco a poco se fué sabiendo la historia de la desaparición.

La hebreíta que lo besaba por las tardes tenía muchas ganas de ser cristiana, se lo había llevado

a su casa, a un rincón de su cuarto, le hizo un altarcito, compró por tres *chicas* dos velitas, se las encendió, lo adornó con flores y le rezó lo que había aprendido a rezar en su colegio.... ¡Qué adoraciones y qué templos se busca el divino Nazareno!

La segunda parte no se pudo saber por la hebreíta.

La voz enronquecida con que daba sus lecciones como de haber llorado mucho, los cardenales que se le veían en los brazos y la mirada medrosa que dirigía al Crucifijo puesto de nuevo en la mesa de la Profesora dejaban entrever un drama de sacrílega violencia, de martirio, de repetición de Pretorio y de Calvario...

Amigos ¿vamos a pedir por que el *bautismo de golpes* de la hebreíta del Crucifijo se convierta pronto en bautismo de agua y de Espíritu Santo?

XXIV

De los Catecismos de mis Seminaristas

Catequistas: Que nos enteremos para que los demás se enteren.

Me explicaré.

He dicho y lo repetiré: «que nos enteremos, para que los demás se enteren»; es decir, que nos enteremos que a los niños hay que hablarles en lenguaje de niños para que nos entiendan. Dígalo, si nó el siguiente caso de que he sido testigo en mi catecismo.

Topé en ocasión no lejana con un chaveíta de

unos siete años que era la democracia en persona, pues, al primer ¡hola chiquillo! que le dirigí, me contestó con un ¡¡oye tú!! francote y familiar como de iguales y antiguos conocidos.

Pues, bien: Mi diminuto demócrata, estaba oyendo la explicación de una verdad de nuestra fe con tan grande atención que ni cerraba la boca, ni pestañeaba lo más mínimo. Pero sus vivos y chispeantes ojos y su boca bien abierta lejos de expresar la natural satisfacción del que oye y al mismo tiempo entiende lo que escucha, en nuestro chiquillo, era la fiel expresión del que inquiere y busca algo que no ve ni entiende.

No me equivocaba. De pronto pónese en pie, y con una sonrisilla picaresca le dispara al catequista ésta pregunta:

¡Oye tú pade! ¿tú qué hablai? ¿tú hablai en fransé u epañó?

¡Chiquillo! pues yo hablo el español, respondió no poco sorprendido el bueno de mi catequista al verse interrumpido con una pregunta al parecer tan peregrina.

Mi demócrata de siete abriles al oir esta respuesta, más sorprendido aún que el Catequista, se llevó el sucio índice a la frente como queriéndolo introducir en ella; se puso pensativo un rato como buscando solución a una nueva dificultad que se le presentaba y al cabo de unos segundos dejó caer su diminuto brazo a lo largo de su bien torneado cuerpo y con aire de satisfacción como si hubiese descubierto la piedra filosofal, en actitud napoleó-

nica, se enfrentó nuevamente con el catequista diciéndole:

—¿Emóque tú pade, hablai lepañó?... po yo solo hablo malagueño ¿tanteras? yo solo sé hablá malagueño...

....

¿Qué decís de la lógica de mi chiquillo? ¿Será recto el raciocinio que formuló en su respuesta? ¡Claro!, como que el catequista en su explicación que daba a sus niños no se había puesto a la altura de ellos, y mientras él peroraba en español, sus chaveas, aunque españoles, no entendían ni jota porque sólo hablaban malagueño.

Por eso tengo para mí que, mientras no sepamos hablar a los niños en un lenguaje propio de sus tiernas inteligencias, todo el esfuerzo que hagamos para explicarles las verdades de nuestra santa religión será un esfuerzo cuyo rendimiento es nulo, o muy poco fructuoso.

Por eso, catequistas; enterémonos... para que los demás se enteren.

XXV

Catequistas de la calle

El curso pasado, cuando los seminaristas teólogos fundaron el catecismo de San Felipe, el lleno era espantoso, durante los tres primeros domingos la iglesia rebosaba materialmente de niños; ya se pensaba en no sé cuantas divisiones y grupos: sec-

ción de primeras oraciones, de mandamientos, de preparación a la primera comunión, de adultos, de perseverancia... y hasta de ciegos porque también concurrían cuatro de ellos; en los recreos del Seminario se proponían métodos de enseñanza, se discutían planes y se estudiaban libros y revistas de catequesis, no se pensaba en otra cosa que en medios de fomentar el catecismo ya fundado: lo veíamos ya perfectamente organizado y siempre nos lo imaginábamos con un sinnúmero de niños, pero... ¡oh decepción! al cuarto domingo la asistencia había disminuido considerablemente y con gran pena vimos venir a tierra los proyectos forjados en nuestro Seminario, contentándonos con hacer la división más adaptada a la triste realidad: al domingo siguiente la concurrencia no llegó a cinco niños y ¿qué hacer entonces? ¿cruzarnos de brazos?

Un procedimiento muy sencillo, a la vez que muy práctico, vino a sacarnos de apuros; consistía en hacer dos grupos de los catequistas: catequistas de la iglesia y catequistas de la calle; los primeros habían de cuidar de la enseñanza del catecismo a los niños que les fueran llevando los segundos, quienes, divididos en grupos de tres, recorrían todas las calles de la parroquia, hablando a los niños que se encontraban en ellas; a los que consentían ir al Catecismo los llevaban de la mano a la Iglesia y a los que preferían quedarse jugando, allí mismo, en plena calle les daban el catecismo; naturalmente por lo insólito del caso iban agrupándose poco a

poco niños y personas de edad y todos recibían la lección del catecismo *callejero*. Eso se fué repitiendo todos los Domingos, y ya basta que den un paseo por las principales calles de la parroquia para que los niños, al distinguirlos por su beca roja, les digan a sus mamás que le laven la cara y le vistan el babi limpio para ir al Catecismo; otros se levantan de donde estaban jugando y corren a pedirles permiso a sus padres; otros en fin ya preparados, en cuanto nos ven se van derechos al catecismo; ya no los tenemos que llevar de la mano, nos dicen que tardamos mucho tiempo en llegar a la iglesia, naturalmente tenemos que recorrer otras calles, y se marchan solos para llegar así más pronto a la iglesia en donde los espera el otro grupo de catequistas; nuestra misión de catequistas callejeros está concretada a buscar niños que no asisten al catecismo.

Este ha sido el procedimientos que ha conservado el número de los niños del catecismo.

XXVI

Del catecismo de una buena María

«Por si cree que es digno de publicarse en «El Granito de Arena» quiero contar a V. I. el comentario que me hizo en una lección de Catecismo, un muchacho de 15 años nacido en Almería, y a quien estoy preparando para su 1.ª Comunión.

Estaba yo explicando al muchacho cómo en la

Cena, había instituído Nuestro Señor, el Sacramento de la Eucaristía, mediante el cual nunca nos dejaría solos, viviendo en el Sagrario de cada Iglesia del mundo; y después de comentarlo él todo, porque le gusta todo «muy masticado», seguimos explicando la Pasión de Nuestro Señor.

Llegamos al fin de la explicación, y me veo a mi buen muchacho que se queda muy callado.

—¿Qué piensas? (le digo) ¿Por qué te quedas tan callado?

—Eztoy pensando, que he eztao yo sin sabé tó ezto; viviendo lo mezmico que er gato de mi casa ¡¡na má, que quince año!! Y ¿tengo yo que pensá que mis páre son güeno?... Misté, señorita, ¡no puen queré a Dió, porque nunca hablan de El!

—Tú ahora vas a hablar mucho de El ¿verdad? y a quererle.

—Y má que hablá, m'acordaré de tó, y le diré: «¡¡Pero que requetebuenisssimo ere Dios mío!! A mí me dá muchísima láztima de Dió. ¡Misté que tó lo q'á hecho por nosotro, y lo mal que se lo pagámo..! Porque totá,... una horiya ar día que se le vaya a ve... lo demá. ..., está siempre solo. ¡Y la gente q'hay, que ni siquiá lo sabe!!... como yo ánte. Si yo fuá Dió, y se portaran asina conmigo, haría «una bien gorda» con er mundo y con tós.

Nunca me habían hecho un comentario parecido. Ahora comprendo cómo sienten sus «chaveitas», y daría lo que me pidieran, por ser «chaveita» y andaluza. Aún puede que esté a tiempo por lo menos de

aprender a sentir como ellos, si V. I. me ayuda, pidiendo a Jesús, que me enseñe a sentir y a quererle como le quieren sus «chaveitas» a esta

María de los Sagrarios».

XXVII

Las Catequesis ambulantes

¡Apóstoles y catequistas ambulantes, qué falta hacéis por todas partes pero especialmente por los campos y cortijos!

Allá va un ejemplo más de esa gran falta y de lo urgente de ese llamamiento.

Visitaba una de esas Catequesis o escuelas de misión ambulantes.

Durante unos meses varias piadosas y abnegadas Catequistas habían instalado en lo alto de un cerro, en una casita que les habían prestado, su Casa-Misión con un rincón de Capilla y Sagrario, otro de escuela de todas las edades y sexos y el soberao o granero, para dormir ellas.

¡Con qué cariñosa y respetuosa curiosidad han visto y recibido al *Papa!* (como llaman al Obispo).

En una sola tarde he casado diez parejas rodeadas de ¡sus hijos! y nos vimos en apuro para encontrar padrino y madrina ya confirmados para los doscientos que se cofirmaron (casi todos personas muy mayores) y necesitando algunos andar para llegar a la casita-misión dos horas.

¡Los niños sobre todo me dejan una impresión

tan triste! ¡despiertos, cariñosos, incansables de estar o andar con su Obispo! ¡Pobrecitos! ¿Hasta cuándo no les lloverá otro rocío de Doctrina cristiana de la que no tenían la menor noticia? ¡Cómo se sienten ganas y ansias de muerte de multiplicarse y multiplicar los medios para dar de comer a tantas almas hambrientas!

Rasgos de ingenua vivacidad de estos niños

La tos del Señor

Junto a la cortina que separa la escuela de la capilla, explica una Catequista a un zagalillo la real presencia de Jesús en aquel Sagrario. En medio de la explicación otra de las misioneras, que estaba del lado allá de la cortina orando ante el Sagrario, tose: y el zagal atónito y convencido pregunta:—Diusté, Señorita, *¿es el Señó* ese que *tuese* ahí *aentro?*

Trabajillo costó a la maestra demostrarle que, aunque estaba allí vivo el Señor, no tosía...

Un gráfico precioso del misterio de la Trinidad

Oían la explicación de este misterio algún tantico confundidos sin acertar a explicar el *uno* y el *tres*.

—¿De modo que el Padre es Dios? preguntaba la señorita.

—Sí señora.

—Y el Hijo... y el Espíritu Santo?...

—Sí, sí, Zeñora.

—¿Entonces son tres Dioses o uno?

Y cuando el interrogado se atarugaba en la respuesta, uno de los asistentes señalando la tira de pleita que estaba haciendo (ocupación perenne de chicos y grandes en aquellos cerros tan poblados de palmas y palmitos) dice con desenfado y con más expresión en la vista que en la palabra:

—Mia tú: aunque son tres personas se *entruensan en uno...* como esto.

¿Verdad que es un bonito gráfico, los tres cabitos de palma formando una sola tira de pleita?

Una respuesta a lo San Juan de la Cruz

A uno de estos zagalillos que se preparaba para su primera Comunión preguntaba el Párroco del pueblo que para este acto había ido a aquellos montes.

—Dime ¿tú quieres mucho al Niño Jesús?

—Hombre, hombre, le diré a osté... ahora mesmamente no lo quiero... pero má alante me pais que lo quedré... porque yo digo que pá querello hay que rosallo...

¡Para querer a Jesús hay que rozarse con Jesús!

¿Qué os parece la profundidad y enjundia de la sentencia?

....

De estos mismos montes ha salido ya un seminarista; y ¡lo que saldría, si esos pobres hambrien-

tos de Dios encontrasen quien les partiese el pan de su Doctrina con frecuencia!

Apóstoles de Jesús, Marías, Marías, cuántos os piden por esos campos y cortijos!

XXVIII

De cómo hay que andarse con cuidado con las agudezas de estos chaveitas

Niño, dice un tantico molesta la Catequista a un chaveita de su Catecismo, ¿no te he dicho y redicho y retedicho que en la Iglesia no se come? Y tú, como si fueras de piedra, ¡vaya un niño desobediente!

—Y diusté, señorita, ¿por qué no se puede comé en la Ilesia?

—¿Otra vez quieres que te lo diga? ¿Comer en la Iglesia? ¡si eso es hasta una falta de educación aquí en la casa de Dios, delante del Señor!

—Josú, pos yo digo una cosa: bamo a bé ¿losapóstole tenían educasión o no?

—Chiquillo ¿qué estás diciendo?

—Si señora, porque usté no me pué negá que losapóstole tenían mucho de eso y mucha bergüensa y tó y digo yo: losapóstole pa comé no le gorverían la esparda al Señó, sino que comerían cara a cara ¿no es verdá usté?

....

Otra

La Catequista termina su filípica contra el Cine diciendo a sus niñas:

Mirad si están los Cines rematadamente malos por las cosas tan remalísimas que echan, que muchas veces los Angeles de la Guarda de las niñas y de los niños que van, no entran con ellos de pena y de vergüenza que les da de aquellas cosas tan feas y se tienen que quedar esperándolos en la puerta...

—¡Ay! dice una relamidilla, ¡quién fuera taquiyero!

—¿Para qué niña?

—Pué pa está en la gloria en medio de tantos angelito.

XXIX

Filosofías de unos siete añillos

Como en las buenas lides escolásticas debo comenzar por la *explicación* de los *términos*.

El término, en el caso presente, necesitado de explicación es la palabra *criatura*.

No tiene ésta en el vulgo, por tierras de Andalucía a lo menos, su amplio y verdadero sentido de todo lo que es o puede ser criado por Dios, sino que se restringe a la equivalencia de persona, y más ordinariamente aún, a la de un niño pequeñito.

¡Cuántas veces se oye decir por acá ante las gracias y cuquerías de un mono, un gato, un pajarillo este elogio! ¿Pues no parece una criatura?

His praelibatis, que dirían en las aulas, vamos al caso *filosófico:*

Paseando por los alrededores del Seminario y acariciando uno de los grandes mastines que lo guardan viene a mi encuentro un chiquitín de unos siete años rechoncho, moreno, con una benda en la rodilla de su última travesura y como con ganas de seguir el paseo en mi compañía.

Tomando tema de conversación del perro, pregunto a mi acompañante:

—Vamos a ver, ¿quién es más bueno, tú o este perro?

—¡Güeno! ¡Pos quién ba sé! ¡pos yo!

—¿Tú? Pues mira; tú algunas veces tienes pecados ¿verdad? porque te enfadas y echas mentirillas y no haces caso de tu mamá y...

—Sí, pecao, sí, pero asin y tó, eze no é má güeno que yo.

—¿Por qué? ¡si ese pobrecito perro no ha hecho ni hará nunca ningún pecado!

Por unos instantes queda perplejo tirándose sendos pellizcos en las nalgas mientras el can enterado al parecer de la conversación, celebraba su supremacía meneando solemne su largo y apenachado rabo; hasta que de pronto, limpiándose con el revés de la mano las *ideas* que en forma líquida le salían por las chatungas narices, me responde con gran resolución mi chaveita:

—¡Qué ba a sé *ezo*, mientras señalaba con la punta del pie al animal, meión que yo! ¡si eso no es *criatura*... ni lo será en toa su perruna via!...

Y con ademán solemne y metiéndose las manos en los bolsillos del babero da media vuelta y se me despide con un *¡Cóndio!*

Adiós, le respondí, adiós... criatura...

Y dando al paso un contoneo como de torero en despejo de plaza me responde con retintín:

—Porque se pué...

XXX

Lección de Catecismo a propósito de las maneras de saludar que estilan estos chaveas : :

Cayó la conversación con un nutrido grupo de clásicos chaveas, de los de honda y perro, sobre el modo de saludar a los Sacerdotes, Padres, Maestros y mayores en edad, saber y gobierno. Y antes de exponerles el modo conveniente, preferí que ellos expusieran sus maneras y estilos de saludar; y no unas columnitas de este librito, sino todas las columnas de esos diarios americanos de cincuenta y sesenta grandes páginas se necesitarían para catalogar la variedad pintoresca e inacabable de mis queridos chaveitas.

Contentémonos, sin embargo, con unos cuantos botones de muestra. Como a mi propuesta todos se pusieron en funciones, o mejor, en la más gentil de sus figuras saluiatorias, hube de imponer orden de exhibición para que nos pudiéramos entender.

—Vamos a ver, les dije, que empiecen a saludar los más chicos; pero con mucha naturalidad, lo mismito, lo mismito que hacéis por la calle cuando os encontráis a una persona de respeto.

—¿Quié osté que lo salúe a osté? me suplica el más menudo de la partida.

—Conforme, conforme. Se echa mi hombre para atrás para arrancar a andar hacia adelante con aire marcial y al pasar ante mi se cuadra en firme y dando un fuerte resoplido, grita con toda su voz: ¡Cóndio señolobispo!

Y prosiguió el desfile digno de una instantánea de colores..... olores y sabores.

Unos a lo militar, o mejor, a lo patatero, con los cinco dedos tiesos junto a la sien derecha, otros a lo explorador, con los tres dedos como de visera en la frente, éstos quitándose la gorra y dándose un gorrazo en la nalga derecha o tirándola por lo alto o describiendo una circunferencia con ella, aquéllos destocados tirándose de los pelillos del tupé como si fuera del sombrero, muchos echando repentinamente la cabeza hacia atrás, hacia adelante, hacia un lado y otro, no pocos encogiendo la barba, respingando la nariz y abriendo desmesuradamente los ojos, algunos sonriendo cariñosamente y agitando las manos o guiñando picarescamente un ojo, tales con las manos metidas en los bolsillos del pantalón o del babero levantando o despegando del cuerpo los dos codos, cuales levantando la pierna derecha o encogiendo la izquierda o dando un salto con las dos..... ¡Qué desfile más académico! Cuando ya veía yo que no podía sacarse más partido a pies, manos, ojos y gestos para saludar, todavía quedaban modos originales y propios.

La última pareja que desfiló, desmonterado el uno y cubierto el otro con un agujereado sombrero de paja, de color canela a fuerza de viejo, saludaron descubriendo el primero al segundo y volviendo éste la cara a un lado para escupir la más tenue, sutil y crujiente salivilla de colmillo.....

Después de tan pintoresco desfile, hubo, como es natural, su rato de rectificaciones y ensayos de modelos buenos, como el besar la mano a los Sacerdotes y Padres, diciendo el Ave María Purísima, dejar la acera a los mayores, quitarse las gorras a sus tiempos sin morderlas, ni darse gorrazos, ni rascarse la cabeza con la gorra quitada a medias, etc., etc.

Digusté, señolobispo, aquí hay un chavea que dise que si se pué saluá como él salúa muchas vese.

—¿A ver? ¿cómo?

Y saliendo al medio un gordinfloncete, respirando fuerte dice en el más natural de los tonos:

—No es ná, sino que arguna bé yega uno y están tós con mucho jaleo y pa que senteren de que he yegao yo me enreo a dá trompá... pero miosté, no es má que un salúo como otro cualesquiera.....

XXXI

Otra lección a propósito de un espejo

Dos chipelines, niño y niña, de menos de seis años, que disputan y se enfurruñan por la posesión y exclusiva de un espejito muy mono que acaba de enseñarles su tía, presente, y buena Catequista.

—Que es mío.

—Que nó, que es mío.

— Que me lo han dado a mí.

—Que te lo han dado para que lo veas, pero lo han comprado para mí.

Que nó.

—Que sí.

—Que..... (llanto).

Llanto a duo.

La tía interviene pacífica.

—Bueno, quédate tú con el espejo, e inclinándose habla al oído con la sobrinita que al punto deja de llorar y sonríe.

—Sí, sí,—dice ésta a su hermanito,—quédate tú con eso que a mí me han dado una cosa que vale más.

—¿El qué? ¿el qué?—replica vivamente picado en su curiosidad el niño.

—¿Se lo digo, tita? Pues mira, que dice tita que cuando un niño es generoso, Jesús viene corriendo y le da un beso en el alma y a mí ya me lo ha dado.....

El chiquito queda un momento suspenso e indeciso hasta que echando casi a la escondida el espejito sobre la falda de su tía le dice con acento de noble tristeza: ¿No me querrá dar a mí otro beso el Niño Jesús?

XXXII

De cómo es más frecuente de lo que parece responder a lo que se oye con la imaginación, que a lo que se oye con los oídos

Cierro esta sección de LECCIONES DE COSAS con una observación de psicología infantil.

¡Buenos berrinches se ahorrarían Maestros y Catequistas, si la tuvieran siempre en cuenta!

¡Cuántas y cuántas veces responden los niños a vuestras explicaciones largas y minuciosas con una salida de tono que os dejan sin él para un buen rato, porque lo atribuís a desatención, o espíritu de burla o a afán de molestar!

Creedlo; mi experiencia de muchos años entre chiquillos me ha enseñado que la mayor parte de la gente menuda, y estaba tentado por añadir que también de la grande, tiende con facilidad suma a oír y ver, más que con los oídos y los ojos, como Dios y la naturaleza mandan, con la fantasía o por lo

menos a interpretrar con ésta cuanto por aquellos sentidos éntre.

Vayan casos reales

Una catequista que se da trazas para poner color, olor y sabor a sus explicaciones, se lleva un buen rato explicando a sus chaveitas el Evangelio del Buen Pastor y, cuando cree que su auditorio está lleno y empapado de la vista, conocimiento y cariño del Pastor, que tan minuciosa y pintorescamente les había descrito, pregunta: —Vamos a ver, tú ¿quién es el buen Pastor de la Iglesia?

El interrogado en el más serio y convencido de los tonos:

—*El Sancristán.*

—¡Chiquillooo! ¿el Sacristán?

—Sí, sí, sí, —responden todos defendiendo a su compañero—*¡Pó ase poco tiempo que el Sancristán se yama Pastor y está en la ilesia esta!*

¡Buen trabajo costó a la desencantada Catequista convencer a su infantil auditorio de que ese Pastor no era el Pastor de quien les había estado contando tantas cosas buenas! ¡Nuevo sondeo!

—A ver ahora si os habéis enterado. Y, si a ese buen Pastor se le pierde, como os he dicho, y se le va por ahí muy lejos una ovejita de las cien que tiene ¿qué hará? Vamos a ver ¿qué creéis vosotros que hará el Buen Pastor para encontrar la ovejita perdida?

¡A ver tú!

—Pos yo lo que digo es que lo mejón que hase

es yamá al pregonero pa que se ponga a echarle el pregón por los laos *hasta que tope...*

Que se consuele la desilusionada Catequista pensando que los oidos de sus chaveas habían escuchado la parábola del Buen Pastor y sus explicaciones; pero las imaginaciones se habían encargado de traducírselas.

¡Los estragos de chismes, embrollos, tergiversaciones y hasta calumnias que hace, no ya entre la gente menuda, sino entre la gente grande, ese oir con la fantasía o con los prejuicios más que con las orejas! ¡Como que son legión los que parece que oyen y ven *soñando* y, por consiguiente, hablan como quien cuenta un sueño!

XXXIII

LECCIONES DE EVANGELIO

Para labrar bien la tierra de las almas infantiles ¡cuánto aprovechan las lecciones *vivas* de Evangelio! (1)

Evangelio de los Reyes magos

contado por mis chaveitas ::

Como tiene tanto que contar la historia de los Magos hube de dividirla en varias partes, y hacerla narrar por distintos narradores a su estilo.

(1) Ved «Partiendo el pan a los pequeñuelos», pág. 142.

La aparición de la estrella

Y tiene la palabra el chavea primero:

«Habia allá mu lejisimo en el Oriente uno señorito que le gustaba mucho estudiá y tenian mucho talento y sabian la má de las cosa der sielo y de lasetreyita y de cuando va a habé tormenta y rayo y de tó y sabian má que el Saragosano del Armanaque y tamié eran mu güeno, aunque entoavía no creian en Dió como acá, y bá un dia y se pone uno deyo a mirá con un canuto parriba y dise de pronto a losotro: ¡Camará! vení ustede pacá corriendo casalío por el sielo una cosa mu rara, mu rara. Mira, mira payárriba y abé si bei ustede lo que yo estoy viendo. Empiesan tós a mirá con el canuto y sin é y desia uno: eso é una estreya del rabo y ba otro y dise: ¡qué rabo ni qué rabo! ahí yo no veo má que una estreya mu relusiente sin rabo ni ná y dise otro: tan relusiente está que parese que acaban de haserla y echarla a volá pó losaire.

Se ponen tó a pensá y a mirá papele y libro viejo a bé si caian en el conque de la estreyita; pero ¡ná! y ba uno y dise: ¿qué sapostáis ustede a que esa estreya quié desí argo? ¿Er qué? disen losotro. Po fijarse un ratiyo y veréi ustede que esa estreya tiene un meneito que no se parese a lasotra y que parese que está como queriendo echá a andá palante.

Y dise uno: oye tú, a lo mejón esa estreya la manda Dió por nosotro pa yevarno a alguna parte mu grande o pa descubrirno algún secreto.

—Pos mirá ustede lo que yo digo, dise otro, que esa estreya es una seña de alguno mu grande que ha nasío por ahí o de una cosa mu grande que va a pasá. ¿Será quizá la seña de ese Rey que toa la vía der mundo se está anunciando y que no acaba de yegá?... ¡Y buena farta que hase pa que acabe con tanto piyo y sinvergonzones como andan por toos laos y tanta cosa mala que no se pué ya ni viví!

Y ba entonse el má viejo y dise: Pó yo digo, señore, que debemos de haser una cosa: que es prepará nuestro cameyo y yená bien la alforjas, echarno por eso mundo a buscá al Rey de esa estreyita; y dijeron tos: pos vámono.

Y se ban pa su casa y se lo disen a su mujere que se iban por ahí y la mujere y su chiquiyo se ponian a yorá y a desirle que no se fueran, que eso era a lo mejón una chalaúra y que qué tenia que bé la estreya con eyo y eyo con el Rey ese y la má de cosa; pero eyo no hisieron caso y se montaron en su cameyo y se yevaron a sus moso y mucha cosita güena pa ofresérsela al Rey de la estreyita.

¡Y no fué ná la jormiguiya que le entró por er cuerpo cuando se echaron al campo y miran parriba y caen en la cuenta que la estreyita echa a andá palante como si fuera un borriquiyo liviano...!

Sigue en el uso de la palabra otro chavea.

XXXIV

Prosigue otro la relación del viaje

Camino de Jerusalén

«Esmoresíos de gusto de bé la estreya andá palante dise uno: ¡Josú, Josú! ¡ya yo he caío en la cuenta de lo que quiere desí la estreyita...—¡erqué? le desía losotro—Pos veréis ustedes: la estreya ba payá, pa la tierra de lo judío y como lo judío es una gente tan misteriosa y siempre están disiendo que les ba a nasé un Rey mu grande y mu poderoso y mu fino, mía tú, digo yo, a lo mejón san salío con la suya y ahora mismito están tos locos de alegría y de dá salto y brinco alreor del palasio adonde ha nasío ese rey.

Po quisá yeve tú rasón, dijeron losotro y mía tú, la estreya tira como pa Jerusalén; ¡será chica la que ya habrá armá! ¡Valiente palasio tendrá ese rey que tan chiquito y tó trae en revolusión hasta las estreyita der sielo!

En Jerusalén

Y prosigue otro chavea:

Despué de uno cuanto día de camino y cansaíyo ya y con los pié encogío de yebarse tanto tiempo subío en lo arto de los cameyo ba y yegan a la siudá de Jerusalén que era la capitá de lo judío, una cosa así como Madri pa lo españole.

Y ba y entran por las caye aqueya y al bé que la

gente estaba toa mu tranquila y no daban viva ni ná, se quearon plantao sin sabé qué hasé ni pa donde tirá y pa eso que hasta la estreya sabía quitao denmedio y la gente desía cuando los veía pasá: ¿aonde irán los gachones esto? ¿no parese que ban a poné una feria?

Entonse ba uno y dise: pos yo lo que digo, señore, es que no vale tené mieo, aquí hay un busilis y hay que dá con é.

¿Bamo a bé al rey de aquí a bé si ha tenío novedá en su familia? Pos bamo, dijeron tos.

Y agarran se ban pa el Palasio del rey Herode con toa su gente y sus cameyo y tó y le preguntaron a un chaveíya que por dónde se iba y el chavea los yebó payá sin queré tomá propina ni ná y ba les dise mu bajito: miosté señorito que hay que tené muncho cuidiao con el Rey que por meno e ná lo quita a uno denmedio, como que no es má ni meno que un Heróe... y ban los mago y yegan al Palasio y le disen a los sordao de guardia: hasé el favó de desirle ustede a su majestad que aquí están pa berlo tre mago del Oriente. Y se lo disen al Rey y dise: güeno, que pasen esos tío a bé qué traen y estarse por ahí a la vera por si hay que haserle alguna faena en el garnate.

Entonse ba y le disen a los mago: dise Su Majestad que paséi ustedes; y se apearon de los cameyo y con unas capa mu larga y mu bonita subieron por las escalera hasta yegá ande estaba Heróe y despué de haserle mucho saludo y reverensias dise el

más viejesito: Señó, queriamo sabé aonde ha nasio el Rey de los Judio porque hemos bisto su estreya y tiene que ser por aquí serca, porque despué de haberno traio hasta aquí sa perdio: Heróe ba y se pone mu amariyo, porque era mu envidioso, y dise: ¿abé? ¿abé? ¿cómo ha sio eso? Contarme ustede to eso de la estreya. Y eyo mu inocente se lo contaban tó y ba entonse Heróe con un entripao mu grande y yama a lo escriba y a lo fariseo y ba les dise: ¿ustede sabéi enterao de la cuestión de la estreya y de ese rey que disen esto señore, que si hay profesia y qué sé yo? y lo escriba y lo fariseo se pusieron tos a pensá y alospué le disen: Pos miosté su majestá es mu verdá eso de que tiene que nasé un Rey mu grande y que tiene que armá una mu gorda y que tiene que nasé en Belén... Y dise mu bajito Heróe rechinando los diente: ¡camará! no masia farta a mí ma que eso: un rey de lo judio ahí serquiya en Belén... pos glieno, pos se ba a acordá de mí el niño ese y su padre y su madre y toa su casta. ¡Abé! le dise a lo mago, poniéndoles una cara mu pócrita, ya sabéis ustedes lo que disen aquí los señore, que pué sé que sea verda eso que cuentan... asín é que lo mejón que haséi es irse payá y enterarse mu bien der dormisilio de ese niño y los nombre y los apellio de sus padre y se gorvéis pacá pa que vayamo tos payá a adorarlo y darle tos los honore. Y mientra se despedían los mago desia por lo bajito con cara de ajorcao: ¡si, sí ya veréi ustede lo que le voy yo a da a ese niño

y a tos ustede! Y desde aquér día se puso que no lo podia aguantá nadie.

Toito er mundo temblando má que un asogao de la que se iba a armá como fuera verdá la custión del rey nuevo.

A Belén

Y se salieron pa fuera y se montaron en sus cameyo y lo mismito fué salí al campo que ponerse tos a gritá: ¡ya está ahí! ¡ya está ahí otra bé la estreya! Y otra bé la estreyita siguió palante hasta que se paró ensimita de una casiya mu chica de Belén. Pos aquí será, dijeron y sapearon y desia un moso ¡pos vaya un palasio reá! y otro desia: aquí o estamo tos chalaos o esto es un lío muy grande! y lo mago sin desí ná yaman mu flojito a la puerta y sale San José y sin mieo ni ná de bé tanta gente gorda les dise: ¿que queréis ustedes?—¿Está aquí el Rey de lo Judio?—Sí señó, ahí está, con su Madre, vení pacá, y ba y abre una puertesiya y en medio del cuarto estaba sentá en una siya la Vinge comiéndose a besos al Niño Jesús questaba liao en uno pañale mu limpio. A lo Reye Mago le entró una cosa por er sentio que sin desí ná y temblando como un asogao se tiraron al suelo y ayí estuvieron la má de tiempo y cuando golvieron en sí salevantaron y ba y le disen a la Vinge: Señora, acá no sabemo ná ni ná, y somo indigno de sabé ná pero este niño no es un niño... ¡esto es una prenda! esto e má grande que la má y que er mundo y que er sielo... ¿De dónde ha venío este Niño, Señora? Y

la Vinge les dió una lesión de doctrina con mu güen modo; eyo le contaron la historia de la estreya y le dieron oro, incienso y mirra y de tó lo que traían y le dijeron que tenian mucha pena de habé sio malo ante y que eyo querian ya sé güeno y que estaban dispuesto hasta haserse judío con tá de que el niño fuera su Rey pa siempre. Y la Vinge mu contenta de bé lo que querian a su Niño le sacaba de los pañale los pie pa que se lo besaran y ca bé que le daban un besito se quedaban esmoresíos de alegría y el Niño paresía que se reía.

Y cuando pasaron unos cuantos de día ba un ange una noche y se le aparese a los Mago y les dise: Hacé el favó de golverse por otro camino y ya no má por Jerusalén.

Y así lo hisieron dejando a Heróe con má narise que cuerpo.

XXXV

El Evangelio de la curación del leproso contado por mis chaveitas

Iba una bé el Señó con mucho gentío que estaban embobao de verlo y de oirlo predicá uno sermone mu güeno y al yegá a la verita de un pueblo empiesan a dá uno grito deje en medio del campo un lombre mu má trajeao con una barba mu larga y una facha como pa quitá el jipo... ¡Josú! dise la gente, ¡un leproso que sascapao! y el pobresiyo se venía pacá medio cojeando y sin narise, sin deos y

con la má de grano y de costra y con un pañuelo amarrao a la barba y cuando ya estaba serquita del Señó ba y se tira al suelo con la cabesa tapá con las mano pa adorá al Señó y le dise con mucha humirdá: Señó, estoy poirio, poirio de malo que soy, si su majestá quiere, usté me podía limpiá a mí que ya no tengo remedio; mucha gente se jban juyendo no se le fuera a pegá la lepra y otros se quearon con los deos tapándose las narise abé qué pasaba ayí.

Entose bá el Señó y sarrima pa el pobresiyo aqué y sagacha y le pone la mano en la cabesa y le dise mu bajito y con mucho cariño: Pos quiero, sé limpio y le entró al mismo tiempo al hombre aqué una cosquiya por el cuerpo que se le cayeron tós los grano y toas las costras y le salió otra bé los deo y las narise y se le quitó la cojera y se le puso una cara de pascua floría y entose el Señó como era tan humirde y no le gustaba echá fachenda, le dise: Pero oye tú, mucho cuidiaito con que ahora te vaya tu a i por ahí armando escándalo disiéndole a tó er mundo que si yo que si tú, lo que tú tiene que hasé é irte derechito pa el templo y te presenta al Sacerdote que esté ayí pa darle una limosntia en asión de grasia a Dió y pa que se entere y te borre de la lista de los leproso desterrao.

El leproso se fué payá, pa el templo pero como iba loco de contento a tó er mundo le iba contando la faena de Jesú y... sarmó una tan gorda que toa la gente se fué pa el Señó y se puso a cantarle copla

y a darle viva y a armá tanto jaleo que el Señó tuvo que irse por ahí por los desierto pa que lo dejaran tranquilo.

XXXVI

El Evangelio de la conversión de Zaqueo contado por mis chaveitas

Pasaba un día er Señó por medio del pueblo de Jericó y había ayí un señorito con mucho parné que le desían por nombre Saqueo y le tenían mucha rabia porque era el capitán de los lechusos de las contribusiones y ba y le dise su gente:

¿Santerao usté que va por ahí ese Nasareno que arma tanto ruío y que pone a la gente buena y hase milagro y tó? y ba y dise Saqueo: ¿a bé adonde está, que tengo yo la má de ganas de conocerlo!

Y agarra y echa a corré pa donde venía el gentío y como era mu chiquitiyo de cuerpo dise: ¡Josú, como no me suba a arguna parte me queo sin vé ná! y ba y se marinea por una higuera sirvreste que había por ayí como acá pa vé la prosesione y pa cojé nío. ¡Y empiesa a pasá la má de gente y de chiquiyo dándole vivas ar Señó que iba mu despasito y disiendo muchas cosas güenas y ba de pronto se para y se quea mirando parriba, pa donde estaba acurrucao er señorito, y como si lo hubiera conosío de toa la vía, ba y le dise: Oye tú, miá Saqueo, échate pa bajo y bámono pa tu casa, que bi a comé hoy contigo.

Saqueo se puso mu colorao y mu temblón de alegría que le entró y de un sarto se tiró delarbo y se fué pa su casa y le dijo a su mujén y a tos los criaos: corriendo, corriendo poné ustede un armuerso de lo mejón con la má de poyo y gayina y torta y durse y bino de Jeré y mansaniya y hasta ricolao con barquiyo: y le desían: ¡Josú, po no parese que ba a bení a armosá el emperaó de Roma! y er no sabía ni contestá ni ná de aturruyao y contento que estaba. Y a tó esto, biene ya pacá la gente con er Señó que se metió en la casa con Saqueo y su familia y mucho de su partía. Y cuando se puso ya a armosá se levantó Saqueo, que no podía comé de la jormiguilla que tenía en er cuerpo y casi yorando le dise ar Señó: Señó, un servidó no sabe como usté satrevío a mirá y hablá a este perro judío ladrón y hasta vení a su casa a comé su pan... ¡Señó, ¡sacabó la mala vía! Es verdá que yo he sío un usurero y un ábaro con lo pobreciyo y con tó er que sarrimó a mi vera ¡sacabó! y dende ahora doy la mitá de tos mis dinero a lo pobre y a toíto er que yo sepa que yo le haiga quitao tanto asin le degorveré cuatro beses má. Y usté perdona ¿verdá? que yo no pueo bibí con estos ajogos de consencia de tanta granujería. Entonse ba er Señó que lo había escuchao mu fijo y con las lágrima saltá y le dise: Te perdono de tó y te digo de verdá que hoy ha entrao en esta casa la sarvasión, porque yo pa eso he venío ar mundo, pa buscá y sarvá a tós los perdío. ¡Y lo que son las cosas der mundo! contri má Saqueo yoraba por lo que er Señó le

desia, la gente de afuera no hasian má que criticá ar Señó porque se habia puesto a hablá y a comé con un tio tan malo como Saqueo...»

XXXVII

Cosas que mis chaveas le sacaron al Evangelio de la conversión de Zaqueo

...—Conque ahora ¡a sacar cosas y enseñanzas buenas de ese Evangelio! les digo.

Y ved cuántas cosas buenas sacó Zaqueo: ¡de pecador y ladrón que era hacerse santo nada menos! ¿Por qué? ¿por qué? ¿cómo?

—Yo digo que a Saqueo le vino toas aqueya cosa güenas ¡por curioso!

—¡Chiquillo! ¿por curioso?

—Si señó; si aniguá de subirse al larbo pa be al Señó y jartarse de berlo bié, se juera io ar sine o a tomá la mañana o se hubiera puesto a desi: ¡valiente chalao tos eso que ban ahi! pos se quea ladrón y chiquitín pa toa su vía entera.

—De modo que la curiosidad...

—Si señó: la curiosiá pa las cosa güena es mu güena y pa las cosa malas mu mala, como cuando se mete uno a golé en donde no hase farta y se gana uno un leñaso o una chuleta...

—Bueno, bueno, ¡otra cosa más!

—Pos yo digo que to fué porque a Saqueo no le dió vergüensa de paresé chico...

—Como no te expliques, no te entiendo.

—Si, porque al Señó no le gusta ni las pamplina ni las fantasía ni la gente echá patrás como el fariseo que se la echaba de que valia tanto y má cuanto, sino que quiere que el que sea malo le diga: pos miosté yo soy malo y el que es chico le diga, pos yo soy chico. Y digo yo: Saqueo, como tenia mucho parné, pos tendría unos buenos barcones en su casa y corgadura pa ponérsela y asin tenia mucha comodidá de bé a Jesú; pos otro lo que hubiera hecho era subirse ar barcón con corgadura y desde ayí haberse asomao y berlo pasá sin que nadie se hubiera fijao en que era chico o grande... pero aniguá agarró sechó a corré y se marineó por un arbo y ¡cataplún! enseguiita lo guipó el Señó y le guiñó pa que se bajara corriendo y pa tó lo demá.....

—Pos a mi me parese que lo mejón de lo mejón de Saqueo y lo que le gustó má al Señó fué el rumbo con que lo trató; porque lo que uno be ahora es que cuando un Señorito yama a un pobre pa comé en su casa lo má que le da es pan, y queso o choriso o sobra de la comía y pa eso se lo dan en el sajuán o en la cochera o en la cosina o en la puerta del corrá pa que se lo coma por ahí; pero Saqueo que como tenía parné paresía un cabayero, no se portó así con el Señó que iba bestio como un pobresito y con mucha patulea de pobreterio sino que contrimá pobre lo bió má cosa güena de comé le puso y en la misma mesa suya su señora y susijo y en lo mejón del comedó y con los moso

sirbiendo la mesa con guantes y tiriya y de tó y aunque al Señó no le haría farta na de eso pero le enfaan mucho los roñoso y le caia mu bien a su corasón el rumbo y la finura de aqueya gente y por eso digo yo que se portó tan bien con eyos.

—Pues yó...—y yó,..—y yó...

—Bueno, bueno, con lo dicho por estos tres doctorcetes tenemos bastante para conocer el secreto de atraer sobre nuestros pecados y miserias la mirada y la misericordia del Corazón de Jesús: a saber:

1.° El *hambre* o curiosidad de ver y conocer a Jesús.

2.° La *persuasión* de nuestra pequeñez y miseria.

Y 3.° La *generosidad* en decirle que *sí* con toda nuestra boca, todo nuestro bolsillo, toda nuestra acción y toda nuestra alma.

XXXVIII

La gran cosa que mis chaveas sacaron del Evangelio de la conversión de Zaqueo

Como resúmen de todo lo platicado por ellos y por mí sobre este trozo de Evangelio y para dejarlo claveteado con un gráfico, les propuse una cuestión, a primera vista insuperable, persuadido de que, si por estudios e inteligencia no estaban capacitados para resolverla, por imaginación, ingenio y sal de la tierra estaban más que capacitados.

¡Vaya que sí!

—Vamos a ver, les propuse, ¿quién es capaz de decirme dos cosas: 1.ª qué significaba el nombre de Zaqueo y 2.ª que, así como San Pablo antes de convertirse se llamaba Saulo y después Paulo ¿cómo créeis vosotros que debería llamarse Zaqueo después de su conversión? (Pausa) Me parece, me parece, que, aunque esto que yo pregunto es muy difícil, hay aquí chaveitas tan valientes y tan guapos que son capaces de darme una buena respuesta..... (Silencio prolongado y caras afiladas y ojos brillantes e inquietos en busca de la pronta respuesta).... Sería muy feo que tuviera yo que ir a los Seminaristas o a los estudiantes del Instituto a preguntárselo... Conque ¡vamos allá!: 1.° ¿que significa el nombre de Zaqueo? Una mano que se levanta y una voz que dice:

—Un servidó, cree, digo yo, dise que me parece a mí que Saqueo, Saqueo viene a sé una cosa así como (y a la par que hablaba se ponía el dedo pulgar de la mano derecha sobre su sien y hacía girar en torno de él los otros dedos y con el pulgar izquierdo se tocaba en el sitio en donde suelen tener el chaleco los que lo usan) como *Saqueo*.... este borsiyo, *Saqueo*... el lotro borsiyo y Saqueo hasta la cara der Gayo....

—Muy bien, hombre, muy bien, de modo que según tu etimología Zaqueo viene de Saqueador o de la familia ¡la mar de bien! Bueno, pues vamos a la 2.ª cuestión.

¿Cómo debería llamarse Zaqueo después de su conversión?

—Eso yo, yo, responde un filologuillo de alpargatas y blusa.

A ver, ¿cómo?

Pos miosté, Señolobispo, yo a un señorito que endispué de tanta fechoria, y mano larga y rebañaura se quea con el Señó en su casa, con su arma mu limpia, con su dinero robao devorvio y con su casa y su gente yenita de la salú de Dió y con tantas cosas güena, digo yo que anigüa de Saqueo debería yamarse *¡Sequeó!* Si señolobispo, Sequeó... con Dió.

Un aplauso cerrado de la turba y un abrazo fuerte mio fueron el premio de la monumentalmente peregrina respuesta del chaveita.

XXXIX

De cómo un predicadorcito de cinco años y seis mellas de dientes descifra un pasaje evangélico

Subió a visitarme la otra tarde a mi cuarto del Seminario un Manolito de quien ya os conté en otro lugar que me habia dado sus quejas porque me habia siseado en la procesión del Santo Entierro y yo no me había dignado mirarlo ni hacerle caso.

Intrigado con un canuto largo que había visto desde fuera y que él tomó por unos gemelos buscaba que yo se lo prestara para ver a sus anchas el mar, los barcos y los peces...

¡Cuántas cosas vió mi Manolito al través del largo canuto y de... su fantasia!

Aburrido del *telescopio* y después de hacerme saber por dónde *se andaba* ya en su escuela, se fija en un cuadro en colores del gran Hoffmann con una admirable escena de la predicación de Jesús desde la barca y tras de un rato de silencio, me dice:

Ese es el Señó, ¿verdá?

—¿Quién?

—Ese que tiene la barbita y la mano levantá.

—Si que es el Señor; ¿qué te figuras tú que estará haciendo ahí?

—Pos por lo pronto predicando un sermón.

—Y ¿qué diria?

Y tomando la misma actitud de la figura del Señor y en tono de sermón responde:

—Es menester que seáis ustede bueno, que no seáis ustede malo, ni echei picardia, ni meterse con nadie...

—Y ¿qué más les diria?

Y cuadrándose como un soldado me dice:

—Un servidó no sacuerda de má.

—Pero, mira, fijate que con los dedos parece que señala hacia arriba.

—Ah si, es que les está diciendo: hermanos mio, si sois güeno os iréis a ese lindo sielo en donde estamo Yo y mi Madre y losange y lo Santo y toa la gente buena...

De pronto interviene otro chiquitín, que acompañaba a Manolito y que se había llevado todo el rato mirando absorto el cuadro y a su intérprete con aire de perfecto convencido:

—Po ahí veo yo un jerío.

(El jerío era un cieguecito que sostenido por un mozo alargaba su mano en súplica de curación).

Mi predicadorcete sin inmutarse ni cambiar el tono de *enterado* en que hablaba, le replica:

—Sí, ese hase un ratiyo que yegó y el Señó con la otra mano ladicho mu bajito: espérate una mijiya que en cuantito acabe el sermón te voy a poné má güeno que la má...

Por fin cambia el tono, se sonríe maliciosamente y mirando para tres niños que el artista puso desnudos jugueteando con el agua y con unos pececillos junto a la barca de Jesús, dice sentenciosamente.

—Güeno, pos lo que yo digo es que ese niño podía tené una mijita má de vergüensa poniéndose aunque hubiera sío uno carzonsiyo blanco y no armando tanto jaleo delante del Señó.

Por supuesto que el pecao mortá ese lo van a pagá en cuantito se metan un poquiyo má aentro del-lagua y benga una bayena o un lagarto y les tire un bocao que se van acordá por toa la vía...

La aparición de un terrón de azúcar y su pronta desaparición en la boca mellada de Manolito le reavivó el gesto y la palabra y puso dulce remate a aquel verdadero prodigio de precocidad de imaginación, vivacidad de ingenio y explosión de gracia.

XL

La entrada de Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos contada por mis chaveitas :

Hasía mucho tiempo que los fariseo y los sayonaso de Jerusalén le tenían mucha tirria al Señó y la habían tomao con é sobre tó dende que resucitó a *Lásaro;* por alante le ponían una buena cara y le desían que era mu bueno y maestro y tó pero por detrá desían la má de cosa contra é y que le tenían que dá en la cara y quitarlo den medio y la má de perrería.

Pos va un día el Señó como si tal cosa, y después de comer en casa de Lásaro va y le dice a lo apóstole: Vamo a llegarno a Jerusalén.

Lo apóstole tenían mucho mieo y tenían muchas ganas de decirle que lo dejara pa otro día pero no le dijeron na y cuando iban yegando al Monte de los Olivo, va y le dise a dos disípulos: yegarse ahí ustede a ese pueblesiyo que está ahí enfrente y una burra que está atá a un larbo con su ruchito la desamarrai y se la traéi pacá que quieo entrá esta vé montao en Jerusalén.

Mirá, si alguien se mete con ustede desirle que es pa mí.

Y así lo hicieron y cuando estaban desamarrando la burra, ba y dise el lamo: ¡je! ¡je! ¿que ba jugao?

y dijeron: miosté es pa el Señó, y dijo: ¡ah! ¡güeno!

Agarran la burra y el ruchiyo y pa que el Señó fuera agusto laparejaron con las capa de unos cuantos y la pusieron mu majita.

Va y se monta el Señó y echa andá mu serenito y empiesa a vení gente de tos los campos y los cortijos y de los barrio de por ayi y un jormiguero de chaveiya y tos se ponían mu contento cantando muchas copla y tirando su ropa y las rama de losárbole y lo chiquillo las gorra por lo alto para que pasara el Señó y estuviera tó mu adornao como si fuera el día del Corpu...

Y toita la gente y los chavea y tó no hasían más que desi gritando: Bendito sea el que viene en nombre de Dió ¡que viva! ¡que viva!

Con tanto ruío senteraron los fariseo y salen corriendo a vé que era aqueyo, y, cuando vieron tanta gente dándole viva al Señó que iba metío entre medio de tos mu pasífico ba y le disen poírios de envidia y de rabia: Maestro, a bé si manda cayá a tu disípulos y a toa esta gente.

Pero el Señó, que quería aquel día hasé bé un poquillo lo que valía ba y dise a lo envidioso: estai fresco ustede, en cuantito se cayaran esta gente, las mismita piedras de la caye se ponían a darme viva.

Y así se iba arrimando el Señó a Jerusalén.

Una explicación de este Evangelio

De entre las muchas sacadas, transcribo sólo ésta de tanta miga como gracia.

—Pregunto: ¿Que más se saca de este Evangelio?

Uno:—Que tiene más cuenta ser adoquín que fariseo envidioso.

—¡Hombre! y ¿por qué?

—Por ná; porque de adoquín de la caye se pué serví pa dos cosa buena; una pa que pase por ensima el Señó y otra pa poderle da viva cuando no encuentre gente que se lo dé, mientra que los envidioso pajiso ¡ni pa calamocha de la paré....!

XLI

Lo que hubiera hecho uno de mis chaveitas con los judíos y sayones que maltrataron al Señor : :

Para entenderlo, es preciso que primero cuente a los lectores que no son de tierras malagueñas la ocupación de nuestros chaveas chicos y *mocitos* grandes en tiempo de recolección de caña dulce o *cañadú* como dicen todos.

Por esquinas y plazas os encontraréis puestos y montones de *cañadú* y en torno de cada puesto un enjambre de muchachos *jugando a la cañadú.*

El juego consiste en ganarse una caña por el siguiente procedimiento:

Suspenden con la mano izquierda la caña y déjanla caer verticalmente sobre un afilado y largo

cuchillo que empuñan en la derecha; el juego y por ende la *cañadú* se ganan si logran de un solo golpe de cuchillo abrirla en canal de abajo a arriba; en caso contrario que es el más frecuente pierde el jugador y gana el vendedor vendiendo al precio corriente su caña a aquél.

His praèlibatis, como dicen en las clases, vengamos a nuestros chaveas:

Me cuenta el buen maestro de las escuelas parroquiales del barrio de Huelin, que no ha encontrado resorte que más apacigüe a sus alumnos en esas horas terribles de borrasca que sin saber porqué, padecen no pocas veces los chiquillos de la escuela, que contarles la Pasión del Señor con toda clase de persecuciones; ¡hasta el más rebelde e inquieto se amansa y atiende y hartas veces se enternece!

Acudia días atrás a este procedimiento y en efecto, las caras alargadas y los ojos fijos y salientes de los chaveas apuntaban en el meridiano de la atención el *máximun*.

Notó, sin embargo, el Maestro que uno de ellos, quizás el más *bueno* de todos, no se estaba quieto, sino que con las manos arañaba el banco y con los pies golpeaba el suelo y con todo el cuerpo no dejaba de agitarse, como si quisiera romper en decir o hacer algo gordo.

Cuando hubo acabado su narración, se dirige al chaveita y le pregunta:

Y tú ¿qué dices?

Y como movido por un botón eléctrico, se yer-

gue y levantando su mano izquierda y bajando su derecha, exclamó:

Pos que si ahora mismito piyara yo a un sayó de eso le hasia ¡ras! ¡como si fuera una cañadú!

....

XLII

La Ascensión del Señor contada por mis chaveitas

Hasia ya cuarenta día que el Señó andaba resucitao por el mundo sin sabé nadie por donde andaba na má que cuando de pronto saparecía a susapóstole que siempre se queaban como esmoresio de jindama y de alegría....

Pó va un día y estaban losonse q'abían queao comiendo mu tranquilo en el Senáculo de Jerusalén y ¡cataplum! sin ruío ni ná sa parese el Señó y se pone a comé con eyo como ante y a desirle mucha cosa de lo má que sabian portado con El y del corasón tan duro y de la cabeza tan serrá qabian tenío pa no creé del tó y aluego les dijo que bueno, que ya los tenia perdonao y que se portaran mu bien y que cuando viniera el Espíritu Santo que se fueran por ahí a echá sermone a toa la gente y a bautisá a tos los judío y a tos los hereje y a los moros y a tos y después le dise: bueno, pos vamos a dá un paseíto y se los yeva a tó al monte de lo Olivo que estaba ayí a la verita y tós iban mu contento y preguntándole la má de cosa y el Señó mu alegrito le respon-

dia a ca uno y en cuantito yegan al pico del monte ba el Señó y sin desí ná ni ná echa una bendisión y da un sarto y se sube parriba mu despasito, mu despasito como si fuera un águila; losapóstole se quearon como atontaos mirando parriba y refregándose los ojo pa ve mejon y al poquiyo salió una nube que tapó al Señó y sin sabé por donde saparesen dos ange vestio de blanco y agarra y le dise a toa la gente: ¿qué estáis mirando ustede? Pos saber que ese Jesu que saio al sielo así mismito vendrá el dia del juisio.

....

Cierro estos ejemplos de instrucción y educación por medio del Evangelio con todo el olor, color y sabor que pueda dársele, diciendo a Maestros y Catequistas: *haced vivir* el Evangelio en vuestros niños y sacareis cristianos y hombres cabales.

XLIII

TRATAMIENTO ESPECIAL CONTRA LOS ESTRAGOS DEL ESCÁNDALO EN LOS NIÑOS

Lo que urge

Hablo a maestros y educadores. No toca a ellos quitar ese mal de escándalo que asfixia y degüella las almas inocentes; pero sí prevenirlas y robustecerlas para que no se dejen vencer por él.

¿Cómo?

No contentándose con hacer de sus educandos niños o niñas instruidos en el Catecismo cristiano, sino *sólidamente piadosos y eucarísticos*; esto es, no solo conocedores de su Doctrina y practicantes de su Ley, sino *aficionados* a la Comunión frecuente y diaria, a la oración diaria no sólo vocal, sino mental, según la edad permita, a la mortificación de sus gustos y de sus caprichos, aficionados en una palabra, a la amistad y al trato íntimo con el Corazón de Jesús *vivo en el Sagrario*.

¡Que los niños se acostumbren a contar con Jesús vivo a todas horas, a hablar con El, como si estuviera en medio de ellos (que así es) a jugar, a estudiar, a reir, a llorar con El y porque a El le gusta! ¡Santa y divina pedagogía! ¡Preservativo eficacísimo del escándalo!

XLIV

¿Es posible inculcar en los niños la presencia afectuosa del Corazón de Jesús vivo en el Sagrario?

Trataré de responder a varias preguntas que se me pueden hacer sobre la dificultad de despertar la fe viva de los niños en la presencia real de Jesús *vivo* en su Sagrario y de habituarlos a tratar y contar con El como tratan y cuentan con sus propias madres y sus más íntimos amigos.

¿Es posible?

La cuestión del *posse* es la primera que tratan los filósofos; tratémosla nosotros en estas charlas de filosofía barata.

Y respondo a esa cuestión precisamente con el filosófico axioma: «del hecho al poder vale la consecuencia» es decir, que, si una cosa se ha hecho, demuestra que es porque ha podido hacerse.

Increpaba un policía a un beodo que vomitaba su vino de más en medio de una calle céntrica: —Oiga V., que ahí no se puede vomitar.

—Pues, pues ¡mire V. como vomito! respondió con calma filosófica el beodo.

Pues parodiando al beodo del cuento digo y afirmo que es posible que los niños desde su más corta edad entren en comunicación íntima y afectuosa con el Jesús vivo de su Sagrario porque de hecho hay muchos, muchos niños y jóvenes que viven en esa dulce, encantadora y afectuosa comunicación y por ella se conservan puros, limpios y preservados de todo contagio de pecado.

¿Casos?

Las páginas de este libro están llenas de estas hermosas realidades; pero a mayor abundamiento, quiero añadir los últimos que he presenciado o conozco.

Elisita, ángel de unos cuatro años, llega toda inquieta y asustada a su madre la tarde del día en

que su hermano Antoñito, de 5 a 6 años, había recibido la 1.ª Comunión de mis manos.

—¡Mamá, mamaita, venga V. corriendo!

—¿Qué te pasa, hija mía?

—Venga V. corriendo, que Antoñito está revolcando por el suelo al Niño Jesús.

—¡Chiquilla!

—Sí, sí, que se ha subido a la mesa de planchar y luego se ha tirado por el suelo... Y el Niño Jesús que tiene dentro... pues, pues también lo tendrá tirado y revolcándose...

En medio de las exageraciones infantiles ¿no os parece que esa niña de cuatro años entendía y sentía ya la presencia de Jesús vivo?

Un hermanito

de esos mismos niños, feliz comulgante de cinco años, había recibido el encargo de cerrar los ojos después de comulgar para ver y atender mejor al Niño Jesús en su corazón. Fidelísimamente cumplió el encargo a costa de apretar los párpados y hasta ponerse las manos sobre ellos para que no le hiciera traición, y, transcurridos unos quince minutos que debieron parecerle quince horas, dice aún con los ojos cerrados:

—Mamá, ¿los abro ya? y ¿no se enfadará el Niño Jesús?...

¡Ah! ¡si se educaran por padres y maestros los niños cristianos en esa fe viva en Jesús vivo! ¡Qué

de verdad sería cristiana y fecunda e indestructible esa educación!

¿Que cómo se consigue?

XLV

Qué han de hacer los Maestros

¿Cómo conseguir que Jesús Sacramentado *vivo* éntre en el alma, en la vida, en los cariños, en los modos de ver y de pensar de nuestros niños y niñas, chicos y grandes? ¿Cómo hacerles habitual y como instintivo el hablar y contar con El y no acertar a pasar el día sin recordarlo, sin hablarle, sin visitarlo? Dejando para otro librito que preparo todas las respuestas que se me ocurren, apunto aquí solo

Una respuesta

Acudiendo a mi Pedagogía de refranes (1) y apoyándome en el tan conocido «Nadie da lo que no tiene» digo que si el educador, llámase padre, madre, maestro, maestra, catequista o consejero, no es alma de trato afectuoso y frecuente con Jesús *vivo* en el Sagrario, que no espere que sus discípulos lo tengan, aunque les enseñe e inculque a todo pasto Doctrina cristiana e Historia Sagrada y de la Iglesia y Apologética y Conferencias religiosas y morales.

No se trata de enseñar una asignatura más ni una serie de ejercicios o prácticas sino de inculcar y, si

(1) Ved «Partiendo el pan a los pequeñuelos».

vale la palabra inocular una *vida* nueva que no es natural, sino sobrenatural, que no es un hábito rutinario, sino un principio vital de acción y de influencia para siempre, que no es la mísera vida religiosa que desgraciadamente se estila, suficiente quizás para otros tiempos de menos peligros, de menos estragos de escándalos en almas inocentes y de más ambiente cristiano en la familia y en la sociedad, sino la vida de la Eucaristía vivida por la inteligencia, por el corazón y por las costumbres de los niños.

Para eso, repito, hace falta que el maestro conozca, desee, ame y procure seriamente vivir primero esa vida, *e si non non*.

¿Que entonces exijo que el maestro sea santo, puesto que a eso equivale esa vida eucarística? Exigirlo no; pero desearlo con todas las veras del alma, sí. ¿Por qué? Porque los mejores maestros que han tenido y tienen los hombres han sido los Santos. Ellos poseen a las mil maravillas una pedagogía transformadora y reformadora como ninguna, una pedagogía divina. Pero sí pido al maestro cristiano, que no quiera perder el tiempo en un duro sembrar sin cosechar casi nada, en un perpetuo machacar en hierro frío, en un lamentarse continuo o en un aburrirse diario, que se acerque cada vez más al ideal del Santo y que no olvide que, mientras más cerca esté él, más acercará a sus alumnos.

Es decir, que como el maestro prepara con el es-

tudio y la reflexión la lección que cada día va a enseñar, prepare cada mañana con su meditación o conversación afectuosa con Jesús Sacramentado, con su Comunión, cada día mejor preparada y más agradecida, con sus visitas frecuentes y jugosas, aunque breves, al Sagrario, con sus jaculatorias encendidas y lanzadas al Corazón de Jesús vivo en él, como chispas de fuego y repetidas muchas veces al día, con su empeño constante de conservarse muy vacío de todo amor propio y de todas sus *propiedades* de caprichos, brotes de mal humor, afectos desordenados a personas o cosas, desigualdades de carácter etc., etc., con el fin de que todos esos vacíos los llene el amor y el gusto de Jesús y, así lleno de El, pueda dejarlo hablar por su boca, mirar por sus ojos, oir por sus oídos, pensar por su cabeza, amar por su corazón y hasta sentir por sus nervios...

Y cuando a esto se llega, los sembradores de números y letras se transfiguran en sembradores de Jesús-Hostia y cosechadores de almas-hostias.

Siempre recordaré

la impresión que me produjo el encuentro que tuve con un alma de verdad convertida a Dios y dedicada en serio a hacerse santa. A mi pregunta por la causa de su transformación me dijo la atribuía principalmente a haber oído pronunciar el nombre de Jesús a una María Catequista con tal unción y con tales dejos de que aquella boca hablaba de lo que

estaba llena, que no sólo se sintió sin fuerzas para resistir más, sino que el solo recuerdo de aquel Nombre de aquella manera pronunciado la estimulaba y encendía.

Un loco hace ciento

No lo olvidéis, maestros y catequistas.

La locura de lujuria y desvergüenza con que el mundo y sus modas contagian hoy a las almas inocentes y frustan vuestros trabajos y empeños educativos no puede prevenirse ni curarse sino es con el contagio de otra locura, la *locura* del amor puro y vivo de los educadores al Corazón de Jesús vivo y puro del Sagrario.

Maestro vivo del Sagrario, ¡danos maestros y educadores locos por Ti!

XLVI

Maestros locos

Si el mundo espera a las puertas mismas de nuestros colegios a los niños y a las niñas para ponerlos locos, esa es la palabra, por sus modas escandalosas y diversiones insensatas y disolventes, es menester, es urgente que los maestros educadores de verdad cristianos, y por ende celosos, hasta el sacrificio, de la preservación de las almas de sus discípulos tomen medidas extraordinarias para prevenir ese frenesí de locura que les amenaza.

La pedagogia de la locura de amor

Yo no encuentro ni veo en las pedagogías de los hombres ninguna receta eficaz y definitiva y sí solo en la Pedagogía sobrenatural encuentro ésta que reune todos los requisitos: a saber, si el Maestro de los maestros, Jesús, no salva ni redime al perdidísimo género humano, sino a fuerza de *locura* de Calvario y de Sagrario, los maestros de Jesús no pueden salvar ni preservar almas amenazadas de tan recios peligros y fieros combates sino dejándose contagiar de la locura del Sagrario y contagiando de ella a sus discípulos.

A los que se me rían compadecidos de mis beatíficas recetas, no registradas en los índices pedagógicos, yo les respondería que, cuando se cansen de sonreir y compadecer, busquen en las listas de *gente cuerda* conocida nombres de *Maestros* (así con M mayúscula) ¡trabajo les costará encontrarlos! En cambio entre los locos, los *chiflados* por una idea grande, por un amor noble, por un método o sistema ¡cuantos Maestrazos!

: : Un viaje por el mundo de nuestros recuerdos escolares

Pero no hay que buscar esa lista ni esas comprobaciones muy lejos; basta que giremos una visita por nuestros propios recuerdos de niño y de joven. Todos, cada cual en su ramo, han tenido una porción de maestros; de letras, de enseñanzas superiores, de oficios, de artes, hasta de picardías.

Tres clases de huella ha podido dejar el paso de esos maestros en nuestra vida.

No quiero mentar el montón de maestros indolentes, fríos, mercenarios, sin vocación, de los cuales ni el nombre quedó.

Unos dejaron huella sólo en las palmas de nuestras manos y en los mofletes de nuestras caras, o en nuestras orejas: que aun parece que sienten el escozor de los palmetazos y bofetadas y pellizcos y tirones de los maestros iracundos, de los de «la letra con sangre entra»

¡Huella de dolor del maestro esclavo de la ira!

Otros la dejaron en los músculos de la risa que todavía se contraen recordando el grotesco gesto en que lo vieron tantas veces nuestros ojos excitados por una vanidad pedantesca, una irritabilidad a plazo fijo o un atorrullamiento humillante en que lo ponían su ignorancia y nuestros atrevimientos y otros tantos flacos y resortes conocidos y explotados mejor que por nadie por la burla cruel de sus discípulos.

Ahí está para no dejarme mentir esa fecunda y variadísima literatura picaresca estudiantil en torno y a costa de la delgadez u obesidad del maestro, de sus bigotes largos, o cortos, de su indumentaria raída o flamante, de sus gestos dramáticos o cómicos, de sus flacos y hasta de sus glotonerías y hambres.

¡Huella de risa del maestro esclavo del ridículo!

Y encontramos a las veces por último en ese mundo de recuerdos una huella honda, luminosa y brillante aun, a pesar de los años transcurridos, no sólo en la memoria sino en la cabeza y en el corazón. Es la huella del maestro bueno, con sinceridad, señor de sus nervios y de su gesto y a la par vehemente enamorado de sus discípulos y de su asignatura, de su clase, de su especialidad, de su *chifladura*.

A los maestros de las dos huellas primeras llamamos a lo más por D. Fulano, o D.ª Fulana y a lo menos por el mote que con sus crueldades o flacos se habían ganado; al de la tercera huella llamamos a boca llena *mi Maestro, mi Maestra*.

Y así es en toda verdad, porque muerto él y convertido en polvo sus carnes y sus huesos, aun sigue siendo enseñanza iluminadora y preservadora el dedo índice con que señalaba, la mirada con que alentaba o reprendía, el gesto con que alegraba y atraía y el fuego de la palabra y la transparencia de su vida con que tantas veces tocó y alimentó nuestra alma.

Cierto que aquella fidelísima consecuencia que guardaba en todas partes a lo que en clase enseñaba, aquel no transigir con medias tintas ni papeles mojados, aquel único y constante gesto grave y atrayente a la par de su vida, aquel subordinarlo todo, lo fácil y lo difícil a lo que para él era lo principal, le valía hartas veces el mote de exaltado, extravagante, chiflado, loco, de sus mismos compañeros y discípulos; pero, apagados por el tiempo y la justicia de Dios los fuegos de la envidia, del despecho y de la irreflexión, el *loco* aquel es el que se ha quedado siendo para siempre *maestro* de nuestra vida, y hasta los gestos de su cara se han elevado a la categoría de guías de nuestra conciencia.

El triunfo del Maestro loco

Como para mí no tiene duda que la escuela no es el lugar ni el mobiliario, ni el emplazamiento, ni el material pedagógico, que no pasan de ser accidentes, sino que esencialmente es el maestro, insisto en la necesidad absoluta de que el maestro sea, no sólo cristiano, sino buenísimo cristiano, hombre o mujer de muy depurada piedad eucarística, si queremos escuelas que no solamente bañen a los niños en un tinte cristiano, sino que los inmunicen contra el contagio del gran mal del mundo moderno, el *mal del escándalo de las almas jóvenes*.

Si el Maestro romano de la Retórica pudo definir al orador «Vir bonus dicendi peritus» «un hombre bueno perito en el decir», nosotros podemos definir al maestro «un hombre bueno, o una mujer buena perita en el arte de enseñar» y, a medida que la enseñanza encuentre más dificultades para ser recibida y guardada, urge que aumenten los grados de bondad del que ha de darla para que con los aumentos de ésta se venzan los de aquélla.

Es decir, a más riesgos y peligros para la perseverancia de la educación, más *locura* de bondad y virtud de los peritos en el educar.

Y esa locura precisamente no se obtiene sino por el trato cada vez más íntimo con el *divino Maestro loco* del Sagrario.

XLVII

De cómo la locura que yo pido a los maestros buenos ha de ser locura de corazón, pero no de cabeza

Una lección de Catecismo en la tarde del Domingo de Ramos por un maestro de la 2.ª categoría.

Escena: Mi balcón y al pie una enorme muchedumbre que espera ver salir la procesión más bonita y graciosa de Málaga, llamada de «La Pollinica» o sea, Ntro. Señor montado en ella y rodeado de innumerables chaveitas vestidos de nazarenitos haciendo su entrada en Jerusalén, y entre la muchedumbre un semi-loco o *chalao*, como dicen aquí, y cuya principal manía es convertirse en guardia mío de honor, o sea, de su *Excelentísimo* y *Eterno Padre* y *Pastor* cuando lo pilla por la calle o cerca de él.

Diálogo: Un buen muchacho del pueblo que con encantadora ingenuidad exclama al ver avanzar la pollinica: ¡Josú! ¡y qué vieja será ya la poyinica esa!

Mi *guardia de honor* todo encolerizado:

—¡Eh! ¡eh! señor mío, mucho ojo con faltarle a la poyinica de Ntro. Señor Jesucristo y mucho menos delante de mi querido y Excelentísimo y Eterno Padre y Pastor.

El *agredido* en tono humilde y sin darse cuenta de la papeleta de alquiler que llevaba en la cabeza su interruptor:

—Hombre, usté dispense, que yo no la fartao a la poyinica ni a nadie... Me parese a mí que desí de una persona o de una cosa cualquiera que es vieja no es ninguna ofensa... Digo ¿pos nó ha de sé vieja esa burra? ¡Si lo meno, lo meno debe tené ese animá dos mil año! ¡Figúrese usté, dende que el Señó andó por el mundo! ¡digo, si no se ha muerto ya!

—Pues mire usté, señor mío, ni esa poyinica es un animal, como usté está blasfemando, ni es vieja, ni está muerta ni nada de eso; con que está usté ofendiendo a mi queridísimo y Eterno Padre y Pastor ¿sabe V?

—¿Pos me quié usté desí qué le pasa a ese arma mía? ¿la han echado en armiba?

—¿Armiba? ¡V. si que es un armiba! a esa poyinica ¿se entera usted? la han puesto en una cuadra que para ella han hecho a la misma verita del Paraíso no sé si celestial o terrenal... ¿se va usted enterando, señor mío...?

Y mi zagal que hasta el fin fué un modelo de corrección y mansedumbre, cayendo en la cuenta de los tornillos que le faltaban a su improvisado

maestro, cierra el diálogo con una risita no exenta de compasión.

—Vaya, maestro, ¡salú! y ¡memorias para cuando usté vaya a vé a la poyinica!

. . . .

Dios nos libre de estos maestros locos del piso alto y nos regale de los otros.

XLVIII

De cómo cuando el maestro está aficionado a la oración y al trato familiar de Jesús, lo inculca en el alma de sus niños de muchos modos

Insisto mucho con mis Catequistas en que no se contenten con enseñar a rezar a sus catequizandos sólo con los labios, sino que los introduzcan y hagan andar por los caminos de la oración mental.

Y que no se me extrañen ni alboroten los que crean que pedir a los niños eso es pedir peras al olmo; que una experiencia, gracias a Dios, muy repetida me tiene demostrado que el *olmo* o el alma de los niños, convenientemente cultivada, es capaz de dar *peras* de muy jugosa y subida oración y hasta contemplación.

Pero en fin, no es esa mi tesis de ahora, sino apuntar los modos que aquí vamos ensayando de ir nutriendo a estas almitas inquietas y juguetonas, por el doble título de pertenecer a niños y a andaluces, esto es, a chavetitas masculinos y femeninos...

Un modo infantil de oración mental

Uno de los procedimientos ensayados con éxito brillante, y por cierto no sólo entre gente menuda sino también entre gente ya granada, es inducirles a que se vayan todos los días al Sagrario, un ratito por la mañana o por la tarde, o los dos mejor, y mirando muy fijamente a la puertecita dorada y contando firmemente con que desde el lado de allá hay unos ojos que los miran, unos oídos que los oyen, unas manos llenas de cosas buenas y un corazón muy bueno con muchas ganas de darlas al primero que se llegue a pedírselas, se pongan a contar al Señor del Sagrario muy por menudo todas las cosas que les han ocurrido desde el ratito anterior: alegrías, penas y penillas, riñas, regaños, descalabros, cosas ocurridas en su colegio, con sus compañeros, con sus maestros, con sus padres, hermanos y vecinos, faltas o sobras, deseos o temores, de lo espiritual como de lo temporal, todas las cosas, en una palabra, de su *mundo infantil*, y que se pongan a contar estas cosas como si el Señor no las supiera, y tuviera muchas ganas de que se las contáramos, las buenas para ofrecérselas y darle gracias y las malas para pedirle remedio o perdón... y después de haber dicho todo lo que se les ocurra, que se estén calladitos interiormente

esperando que Jesús les conteste a lo que le han dicho.

Y como Jesús es tan atento, les contestará, y como es tan rumboso en la respuesta dará más de lo que se le ha pedido...

Cuando un Catequista se pone a enseñar esta doctrina y la hace practicar ¡cuántos ejemplos y confirmaciones va sacando de lo que va ocurriendo a sus niños sometidos a este provechosisimo tratamiento!

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos

Días pasados nos contaba una buena Catequista desde estas mismas páginas el caso de una pequeñita de su Catecismo que embebecida al ver exponer por vez primera a Jesús Sacramentado en su Sagrario le preguntaba:

—¿Qué van a hacer?

—Es que Jesús nos quiere tanto, le contestó, que quiere estar más cerquita de nosotras y van a abrir la puerta.

—¡Qué alegría! Al fin manifiestan, y ella, brillando sus ojos por la alegría, de cuando en cuando se volvía y muy bajito y con muchas ganas le decía:

—¡Qué contenta estoy, qué contenta!

Al otro día le contaban todas sus impresiones y lo que habían dicho y pedido al Señor, menos ella.

—Y tú—le dijo—¿qué pediste a Jesús?

—Yo, nada... ¡¡estaba tan contenta!!

Y en sus ojos se veía resplandecer aún la alegría, la alegría de los corazones limpios, pues esa niña en una semana no pudo encontrar al hacer examen para confesar otro pecado que haber llamado a otra, *tonta*.

¿Veis qué bien se entienden Jesús y los niños cuando éstos *todavía lo son?* ¿Veis cómo con ese contentamiento de la niña le respondía el fino y atento Jesús?

Dos exagerados

Pero no sin fundamento llámase a Andalucía tierra de la exageración y nuestros niños con sus graciosas salidas no son los que dan menos motivos.

Me contaban dos catequistas los siguientes casos:

A una de sus niñas sometidas a aprendizaje de oración mental la vieron de rodillas ante su Sagrario abriendo y cerrando labios y ojos y moviendo sus manos y gesticulando con tal viveza como si estuviera enfrascada en el más interesante diálogo...

—Chiquilla, ¿pero por qué te mueves tanto y haces tantos gestos? Mira que el Señor se entera con lo que le diga tu alma.

Y ella con el más convencido de todos los tonos le contesta muy bajito:

—Paque sentere mejón...

....

Otra catequista echaba en cara a uno de sus chaveitas el no verlo por el Sagrario para echar el ratito con el Corazón de Jesús.

—*Quitusté* allá, señorita, si he io unas cuantas de veces y ma tenio que golver sin desirle ná...

—Pero ¿cómo? ¿por qué?

—Por ná, porque siempre que voy tiene ayí la má de mujere y de señorita y digo yo: buen mareo tendrá con tanto gentio; cuando esté más desocupao golveré...

LXIX

De cómo los chicos sienten la presencia amorosa del Corazón de Jesús

Acostumbro en los dias de vacaciones, en los que está vacío de Seminaristas mi Seminario, invitar cada Domingo o día de fiesta a alguno de los Asilos de niños o niñas pobres de Málaga para que lo pasen de campo, se solacen en aquel paraíso y varíen un tantico de su monótona vida y de sus casas en verdad no muy espaciosas.

¡Me recrea tanto dar gratis lo que gratis recibí y ver disfrutar del don tan rico de mi Seminario a toda mi menuda familia pobre!

Ni que decir tiene que se corre y se salta de lo lindo, se come y se bebe de primera clase, se juega y se canta hasta el derroche y se pone al servicio de la felicidad de los venturosos huéspedes la rucha que alterna entre pasear a los chiquetines y respingar, los carritos de los albañiles de la obra, las mangas de riego, los becerritos, los perros etc., etc. y muchos etcéteras, imaginados e imaginables. Y ¡claro! como, cuando se es padre, hay permiso para embobarse y hasta para ponerse al servicio de las travesuras de los hijos, no es raro ver a un Obispo que yo conozco sujetando al rucho para que no tire al jinete de cinco o seis años que lleva sobre su lomo hirsuto y... otros etcéteras.

Desde luego no faltan sus ratitos de visita al Amo y de bendición con El y hasta de sermón sin paño.

Este suele tenerse en uno de los descansos que tanto correr y jugar imponen, en pleno campo a la sombra de los muros o de los árboles (que ya la van dando) y más bien dialogado que monologado.

Y precisamente todo esto ha sido exordio obligado para responder al título de este articulillo.

Hablábales un día de estos a las niñas del Asilo de Jesús María de la necesidad de hacer todas las cosas para esto solo: para dar gusto al Corazón Jesús.

El, les decía yo, no piensa más que en esto: en darnos gusto y nosotros por gratitud no debemos pensar más que en eso mismo: en darle gusto con nuestras Comuniones, confesiones, obediencias, sufrimientos, relaciones de unos con otros etc.

¡Que cosa tan hermosa es ver siempre a nuestro lado, o mejor, dentro de nuestra alma al Corazón de Jesús contento y nunca, nunca, triste ni disgustado!

¡Qué gusto será ver al Señor con la cara contenta y mirándonos con mucha alegría!

Ahora mismo, me figuro yo que está en su casita del Sagrario con la cara muy contenta de ver lo

que habéis disfrutado hoy en su Seminario. Pues figuraos que como está tan contento de que sus pobrecitas niñas, la mayor parte huerfanitas, lo estén, dice: voy a salirme del Sagrario y a irme con mis niñas a ver qué me dicen. Y va y abre la puertecita y se sale y se hace grande, de tamaño natural, y echa a andar y se viene por aquella galería y se oye el pestillito de la puerta que está ahí detrás y se huele aquí un olor más fino que de rosas y de nardos, muy fino, muy fino... y se presenta ahí en medio de esa puerta con la cara muy contenta... (Mi infantil auditorio oía y miraba y olía como si realmente fuera lo que les decía).

¡Ya está ahí! Vamos ¿qué le diríais si lo viérais ahí?

Comienzo por las mayores.

—¿Qué harías tú? y ¿tú? y ¿tú?...

Ninguna me daba la palabra que yo quería y que allí pegaba.

—Yo lo adoraba...—Yo le rezaba...—Yo le pedía muchas cosas...—Yo...

Me vuelvo a las pequeñitas y éstas me respondieron como yo esperaba.

¡Siempre lo mismo! ¡Jesús dejándose conocer, entender y sentir por los pequeñitos!

—Yo, me dice una parvulilla con una carita muy plácida, yo me *queaba embobá*...

Pos yo, me dice otra del mismo calibre y bajando mucho la voz, *yo me echaba a corré pa é y lo jartaba de besito*...

....

San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús lo hubieran dicho de otro modo; pero ¿verdad que no se les hubiera ocurrido de otro modo hacerlo?

L

De cómo se puede hacer un rato bueno de oración con cientos de chaveas sin que se distraigan ni aburran : :

Como ya hemos convenido en que los niños tienen alma espiritual y cuerpo... de azogue por lo inquietos, para no cansarnos en balde ni irritarnos sin fruto hemos de trabajar con ellos con nuestras instrucciones, sermones y enseñanzas a *base* siempre de *azogue*, o sea, de movilidad incesante.

He aquí un procedimiento que me da muy buen resultado para tener a multitud de chavetas un buen rato con la atención clavada, y me atrevería a decir, y con el corazón también clavado nada menos que en el Corazón de Jesús.

El procedimiento se reduce a una simple lección de gramática barata.

—Niños, vamos a hacer oraciones de substantivo con el Corazón de Jesús... de primera o de segunda de activa... de pasiva... Yo pongo el sujeto y el verbo, y vosotros el predicado o el término...

Por ejemplo

El Corazón de Jesús es:

Y cada cual dice un atributo... bueno, retebueno,

santo, rico, grande, tierno, muy blandito... y ¡eche V. calificativos y atributos y predicados cuando la atención de los chaveas se clava y el ingenio se aguza!

El Corazón de Jesús, es,... decía yo un día de éstos a un grupo de niñas en un rato de estos sermones dialogados, y cuando ya parecía haberse agotado el repertorio de los atributos, sale una con mucha garbo y soltura:

—*El Corasó de Jesú e tó de tó y má entoavía...*

Y cuando se agotan las oraciones de substantivo, se pasa a las de activa; el Corazón de Jesús tiene... pide... espera... ama a... lleva... acompaña... glorifica... bendice... perdona... recibe...

Y vengan términos de la acción *sin término* por parte de los chaveas.

Después se les pide términos indirectos, como el Corazón de Jesús se pone triste con... alegre con... le gusta la compañía de... le disgusta el abandono de... va a gusto a... con disgusto a... tiene predilección por... le da más lástima de... más indignación de...

Aseguro que cada verbo de estos colocado delante de la atención aguzada de los niños es una fuente de inspiración inagotable y que entre preguntas y respuestas se forma un ramillete de alabanzas, agradecimientos, peticiones, y propósitos de la enmienda que dan motivos para creer que el perfume de esas flores de sinceridad y sencillez agradará y recreará al buenísimo Amigo de los niños, Jesús.

Si hay proporción, se va apuntando en una pizarra o en un papel por uno de ellos que hace de secretario la letanía de ocurrencias y el repasarlas da ocasión a otro u otros buenos ratos.

Y pongo punto con la feliz ocurrencia de uno de estos menudos dialogantes:

El Corazón de Jesús, decía yo, *tiene...* y la verdad que se había dicho ya todo lo que podía decirse: pero como en estos casos de apuros es donde brilla más el ingenio, insisto: El Corazón de Jesús *tiene...* (silencio general)... tiene... tiene... de pronto salta un chiquelín con cara de pícaro y poniendo los brazos en jarra y echando el pecho hacia adelante dice con voz ronquilla:

El Corasó de Jesú tiene, tiene *má sá que tóa la má salá...*

LI

Un rato de oración mental con un grupo de niñas sobre el estado de relaciones en que cada cual estaba con el Corazón de Jesús :: :: ::

En una de las tardes largas de verano hallábanse en torno mío y a la sombra del pórtico de la granja del Seminario sentadas en escalones, bancos y en el suelo mondo y lirondo unas cincuenta mozueli-

llas de un Asilo con el corazón gozoso del buen día de campo pasado, el estómago en magnífica disposición de alabar a Dios, a fuer de lleno, y la cara refrescada con las caricias de la brisa del mar que tenemos delante. Contándome las peripecias del día, vino la conversación a parar a como y con qué cara habría estado Jesús en sus almas en la Comunión que me decían habían recibido por la mañana.

¿Vamos a contar las caras de Jesús

o sea las caras con que nos lo presenta el Evangelio?

Puesto el tema, los ingenios se aguzan, las memorias se aprietan y en cerca de una hora de charla, que bien merecía llamarse oración mental, sacamos en limpio *seis caras* a Jesús con sus correspondientes seis modos de mirar a las almas según sus distintos estados.

Y allá va el índice:

Cara llorando de compasión

ante Jerusalén y el Sepulcro de Lázaro. Así mira a las almas muy duras que de ningún modo quieren convertirse.

Cara de indignación

contra los mercaderes que profanan el templo y contra los apóstoles que le quitan y maltratan a los niños. Con esta cara mira a los que profanan el

templo de Dios con sus desnudeces e inmodestias en el vestir, mirar, hablar y conducirse y a los que con conversaciones malas y ejemplos malos abren los ojos y pervierten a los niños y se los roban a Jesús.

Cara de admiración

delante del Centurión y de la Cananea por su grande y viva Fe y humildad. Con esa Cara regala Jesús a los niños que, a pesar de tener padres malos o descuidados que no le han enseñado ni a rezar ni nada de Religión, van a la Iglesia y aprenden el Catecismo y confiesan y comulgan y rezan por los que los maltratan por ir a la Iglesia... ¡Cómo admira y quiere Jesús a esos niños y niñas que no son pocos!

Cara de misericordia

Esa era su cara de siempre y especialmente con los más apenados y afligidos, como enfermos, pecadores, perseguidos, familias de muertos, etc.

Con esa cara también nos mira siempre pero especialmente cuando nos arrepentimos de nuestros pecados y le lloramos nuestras penas.

Cara de misericordia y reproche a la par

Que fué con la que miró y convirtió a S. Pedro cuando lo negaba y con la que miró y perdonó a la Magdalena que le ungía los pies con sus lágrimas y la defendió contra las censuras de los murmuradores.

Con esta cara triste y seria a la par mira Jesús a

las almas que se confiesan con poca sinceridad y poco o ningún arrepentimiento y comulgan por rutina, por vanidad, por no llamar la atención, por pasar por buenas, pero teniendo pecados ciertos callados o escandalizando por su inmodestia en el vestir.

Cara de complacencia

Con esta cara, que era con la única con que se sonreía, miraba a muy poquillas personas, o sea a las siempre puras como a su Madre, a S. Juan y al joven aquel que siempre había cumplido todos los mandamientos.

Con esta cara se fija en las almas de los niños y de las niñas que no tienen malas compañías y que no han manchado ni sus labios, ni sus ojos, ni sus manos, ni su cuerpo, ni su alma con nada feo.

....

¿Y cuál es la cara con que Jesús os habrá mirado esta mañana cuando entró en vuestra boca y con qué cara os estará mirando ahora?...

¿Qué cara desearía cada una de vosotras para siempre?

Algunas pedían *su* cara de Jesús; las más callaban y respondían con una lágrima que se escapaba temblorosa.

Y como vi que más era ya hora de afectos y propósitos, callé y convinimos en dejar para otros ratos seguir la contemplación de las *Caras de Jesús*, de *majestad excelsa* en el Tabor, de *dolor* en

Getsemaní y en el Calvario, de *avergonzado* delante de Herodes, de *paciencia* ante las impertinencias y groserías de sus amigos y... ¡son tantas las caras que el amor sin fin a los hombres y las infinitas posturas, que el pobre corazón del hombre toma delante de su amor, le hicieron poner en sus tres años de vida mortal y en sus siglos de vida eucarística!

¿Verdad que cada cara de esas es no sólo un gran punto de oración, sino un gran estimulante de virtud y amor y un gran gráfico de los misterios de la vida sobrenatural?

LII

Cómo inculco por los pueblos que visito en los chaveitas la Fe viva en la Presencia real de Jesús en el Sagrario y el amor hasta la ternura a su Corazón allí vivo y palpitante

Casi siempre termino mis ratos de Catequesis con un interrogatorio parecido a éste:

—¿Sabéis si vive en este pueblo un Señor muy rico y que vive muy pobre, muy guapo y apenas se deja ver, muy retebueno y casi casi nadie lo quiere?...

Su Madre se llama María y su Padre...

Uno que nació muy lejos de aquí... en un pueblecito que se llamaba...

Antes de terminar la pregunta, con los ojos, con la cabeza, y con la boca os están respondiendo que sí, que vive allí, y que se llama Jesús, y su Padre es el Padre eterno y su pueblo Belén...

—¿Pero vive aquí de asiento o de paso nada más?

—No señó.

—¿Tiene casa aquí? ¿en dónde? ¿cuál?

—Sí señó, aquí mismito, la *Ilesia* esta es la casa de Jesú.

—¿Pero en dónde tiene su cuarto dentro de esta casa tan grande?

¡Ay!! ¡ay!!

Y cientos de voces y de ojos y de dedos más o menos limpios señalan para el Sagrario.

Hago como que no me entero y pregunto:

—¡Ah! allí, en el Camarín de la Virgen del Rosario está Jesús.

—No, señó; más pabajo.

—¡Ah! sí, sí, será detrás de aquel angelito... de aquel...

—No, no, señó más parmedio.

—A ver si uno de vosotros se levanta y va y me señala la puerta del cuarto por donde se entra a ver a Jesús.

Se levanta uno y muy diligentemente se pone ante el Sagrario y señalando con su dedito me dice muy convencido:

—Aquí, aquí está Jesús, en el Sagrario.

Fijos los ojos de todos, chicos y grandes en la puertecita dorada, me meto en preguntas de más honduras:

—Y ¿está ahí Jesús vivo? y ¿con ojos? y ¿ve? y ¿con oídos? y ¿oye? y ¿con manos? y ¿llenas o vacías de cosas buenas? y ¿con ganas de que lo dejéis solo o de que lo tengáis acompañado? y ¿cómo se le ponen los ojos cuando ve muchos de rodillas delante de Él? y ¿cómo se le pone el Corazón cuando se pasan los días y los días y nadie le dice nada ni nadie lo quiere para nada? y ¿aquí tiene Jesús los ojos alegres o el corazón triste?

Con una ingenuidad y una precisión encantadoras van respondiendo los niños y entre preguntas y respuestas se hace una muy fervorosa y fecunda oración y predicación sobre la Presencia real y nuestros deberes para con Jesús Sacramentado.

Y antes de que se me cansen los excito a que hagan el propósito de ir todos los días un ratito al Sagrario para rezarle un Padre nuestro al Corazón de Jesús vivo y mientras le tiran un beso muy fuerte esta Jaculatoria: ¡Corazón de mi Jesús Sacramentado, aquí está quien te quiere!

Si están presentes los Maestros o Maestras del pueblo, les hago el ruego de que vengan con sus niños después de la salida de la escuela a hacer esa brevísima visita a Jesús, y, en honor de ellos debo confesarlo, la más sincera y pronta acogida prestan a mi ruego.

Un caso de gracia

Terminaba en una de mis visitas a pueblos mi instrucción a los niños pidiéndoles un beso muy

Antes de terminar la pregunta, con los ojos, con la cabeza, y con la boca os están respondiendo que sí, que vive allí, y que se llama Jesús, y su Padre es el Padre eterno y su pueblo Belén...

—¿Pero vive aquí de asiento o de paso nada más?

—No señó.

—¿Tiene casa aquí? ¿en dónde? ¿cuál?

—Si señó, aquí mismito, la *Ilesia* esta es la casa de Jesú.

—¿Pero en dónde tiene su cuarto dentro de esta casa tan grande?

¡Ay!! ¡ay!!

Y cientos de voces y de ojos y de dedos más o menos limpios señalan para el Sagrario.

Hago como que no me entero y pregunto:

—¡Ah! allí, en el Camarín de la Virgen del Rosario está Jesús.

—No, señó; más pabajo.

—¡Ah! sí, sí, será detrás de aquel angelito... de aquel...

—No, no, señó más parmedio.

—A ver si uno de vosotros se levanta y va y me señala la puerta del cuarto por donde se entra a ver a Jesús.

Se levanta uno y muy diligentemente se pone ante el Sagrario y señalando con su dedito me dice muy convencido:

—Aquí, aquí está Jesús, en el Sagrario.

Fijos los ojos de todos, chicos y grandes en la puertecita dorada, me meto en preguntas de más honduras:

—Y ¿está ahí Jesús vivo? y ¿con ojos? y ¿ve? y ¿con oídos? y ¿oye? y ¿con manos? y ¿llenas o vacías de cosas buenas? y ¿con ganas de que lo dejéis solo o de que lo tengáis acompañado? y ¿cómo se le ponen los ojos cuando ve muchos de rodillas delante de El? y ¿cómo se le pone el Corazón cuando se pasan los días y los días y nadie le dice nada ni nadie lo quiere para nada? y ¿aquí tiene Jesús los ojos alegres o el corazón triste?

Con una ingenuidad y una precisión encantadoras van respondiendo los niños y entre preguntas y respuestas se hace una muy fervorosa y fecunda oración y predicación sobre la Presencia real y nuestros deberes para con Jesús Sacramentado.

Y antes de que se me cansen los excito a que hagan el propósito de ir todos los días un ratito al Sagrario para rezarle un Padre nuestro al Corazón de Jesús vivo y mientras le tiran un beso muy fuerte esta Jaculatoria: ¡Corazón de mi Jesús Sacramentado, aquí está quien te quiere!

Si están presentes los Maestros o Maestras del pueblo, les hago el ruego de que vengan con sus niños después de la salida de la escuela a hacer esa brevísima visita a Jesús, y, en honor de ellos debo confesarlo, la más sincera y pronta acogida prestan a mi ruego.

Un caso de gracia

Terminaba en una de mis visitas a pueblos mi instrucción a los niños pidiéndoles un beso muy

apretado para el Corazón de Jesús vivo en el Sagrario como desagravio de todos los abandonos en él sufridos y después de responderme con una descarga cerrada de besos, les digo:

—Me parece que no han sido muy fuertes esos besos... yo los quisiera más fuertes todavía... Nueva descarga que sonó como una explosión.

—¡Ea! ¡el último! ¡más fuerteee!...

Y, dominando el ruido de los cientos de besos sonoros como cascabeles, oigo la voz de un muchachote rojo de cara y recio de pelo, que, después de tirar dos besos, no con dos dedos sino con todo el puño y con todas sus ganas, exclama con acento de cansancio: *¡yo no pueo má!*

....

LIII

Extracto de una plática de primera Comunión

¿Qué vemos aquí?

Cuadro de extraordinaria *grandeza* cristiana en derredor de dos cosas *muy chicas.*

Un niño pequeñito y una Hostia *más pequeña* aún que ese niño.

¿Qué tiene o quién es esa Hostia pequeñita que tanto agranda todo lo que toca?

Fortaleza

Miremos aquellas iglesias obscuras y profundas en donde entran hombres y mujeres y niños de corazón encogido y ánimo contristado; allí han doblado sus rodillas, han abierto sus bocas y han recibido en su pecho a esa Hostia chiquita y blanca, y, después de esto, han salido de las Catacumbas corazones gigantes y ánimos esforzados para luchar con las fieras de la tiranía coronada. Ha salido un Tarsicio, que se ha dejado arrebatar la vida del cuerpo antes que la Hostia blanca que apretaba sobre su corazón. ¿Quién eres tú, Hostia chiquita, que así agrandas los corazones?

—¡Soy la Fortaleza!

Sabiduría

Vienen hombres, como Tomás de Aquino, que se arrodilla ante esa Hostia pequeña, se pone en contacto con ella y escribe obras gigantescas que son la admiración de los siglos. Pero ¿quién eres tú, Hostia blanca y chiquita, que así agrandas e iluminas la inteligencia del hombre?

—¡Yo soy la Sabiduría!

Paz

Llegan familias, que tienen agitaciones de negocios, preocupaciones de hijos, deslealtades de amigos, alborotos de mundo y, doblando sus rodillas, abren sus bocas para recibir la Hostia peque-

ñita de la Comunión y, cuando la han recibido, la paz va inundando y endulzando todos sus afanes.

¿Quién eres, Hostia pequeñita? y la Hostia nos responde:

—¡Yo soy la Paz!

Vida del Cielo traída de la tierra

Hay en la Iglesia jardines hermosísimos y encantadores, en donde en vez de flores hay virtudes y en vez de plantas hay almas que aromatizan y embellecen a la Esposa del Cordero. Son estos jardines los conventos de Religiosos y Religiosas, son las parroquias escondidas a veces en las fragosidades de la montaña, son las almas de toda condición y estado en quienes florece con vigorosa lozanía la humildad, la pureza, la caridad, la abnegación y todas las virtudes. ¿Quién os riega, oh jardines venturosos? ¿Quién os cultiva tan sabiamente? ¡La Hostia chiquita de nuestra Comunión!

Pero, otra vez te pregunto, ¿quién eres tú, Hostia blanca y pequeñita?

—¡Yo soy la vida del Cielo traída a la tierra!

¿Quieres, Hostia maravillosa, decirnos de una vez todo lo que tú eres?

—¡Yo soy Dios Hombre para hacer hombres dioses!

El único que tiene poder para agrandar todo lo chico que quiera ponerse en contacto conmigo. *Dios haciéndose chico para hacer grande todo lo chico* que se ponga en contacto con El.

Jesús engrandecedor, agrándanos el alma, el

corazón, la cabeza, los alientos, y sobre todo el amor a Ti y al prójimo.

Padres, madres, maestros, educadores todos, ¿queréis hacer de verdad grandes a vuestros pequeñuelos?

¡Que vean, traten, amen, coman con hambre la Hostia chiquita del Sagrario!

LIV

Oración para antes y después de la primera Comunión

Andando por esos mundos de Dios en busca de sosiego y fresco, deparóme el Amo la buena dicha de dar una primera Comunión a un ángel del cielo con seis años de estancia en la tierra que se llama Ignacito y que tiene unos padres tan buenos hijos de Dios como amigos buenos míos.

Esos dos actos que le compuse para que los recitara antes y después de su Comunión os retratan el alma y las disposiciones con que el candoroso *Nacho* comulgó.

¡Con qué acento de ingenua firmeza me repetía: Yo quiero ser Obispo y ángel!

¡Hágalo el Señor profeta!...

Antes de la Comunión

Jesús de la Hostia Consagrada, Hijo de mi Padre Dios y de mi Madre María Inmaculada y Hermano

mayor mío, yo creo en Ti; yo me fío de Ti, yo te amo más que a todas las cosas.

Mis buenos Padres y Maestros me han dicho que Tú quieres mucho a los niños, y que cuando Tú andabas por la tierra te gustaba sentarlos sobre tus rodillas, abrazarlos, besarlos y bendecirlos, y que te disgustabas mucho con los hombres que echaban para atrás a los niños que te buscaban, y que ahora, desde que te has venido a vivir en la Hostia Consagrada, nada te gusta tanto como ver llegar junto a tu Sagrario niños de alma limpia como ángeles, con las manitas juntas delante del pecho y la boca abierta para recibirte y guardarte en su corazón.

Animado con esa confianza, aquí tienes a tu Ignacito, sin miedo ninguno y con mucha gana de abrir su boca para que entres dentro de su corazón y no dejarte ir ya más.

Jesús mío, si Tú quieres mucho a los niños, Ignacito te quiere a Ti muchísimo también y tiene muchísimas ganas de recibirte en Comunión.

Madre Inmaculada, Angel de mi Guarda y San Ignacio mi Patrono, venid a preparar en mi alma una casita muy a gusto de nuestro Jesús.

Jesús, Jesús, entra muy contento en la boca y en el alma de tu Ignacito.

Después de la Comunión

Jesús, ¡con cuánta razón puedo llamarte ahora *mío!*

¡Qué contento estoy de que hayas cambiado tu casita del Copón de plata por la casita de mi alma! ¡Qué alegría! ¡Tu Ignacito ya no es más que *Copón de Jesús!* ¡Que eso sea toda mi vida! ¡Que ni un solo día sea copón sucio, ni profanado, ni vacío!

¡Jesús, como ahora eres tan mío, con tu boca y con tu corazón, que también lo son, digo en unión de mis padres, de mis hermanos y de todos los que conmigo han comulgado:

¡Bendita y alabada sea la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo por los siglos de los siglos!

Amén. (Responde la familia).

¡Agradecida sea la Santísima Trinidad por todos los beneficios espirituales y temporales que nos ha hecho y nos hará hasta el fin de los siglos! Amén.

¡Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos den el perdón de todos nuestros pecados! Amén.

¡Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos den el pan nuestro de cada día, la paz de nuestras almas con la alegría y la salud, y a nuestros queridos difuntos el descanso eterno de la gloria! Amén.

Madre Inmaculada, alaba, agradece, intercede por nosotros. Amen.

Santo Angel de mi Guarda, San José, San Ignacio, agradeced mi Comunión y preparadme muchas y cada vez más santas Comuniones. Amén.

LV

Los dos mejores libros de un buen maestro

Decía yo a la terminación de un cursillo de formación de maestras teresianas:

«...Preguntáis por libros de Pedagogía y quizás defraudaré vuestras preguntas si yo no os respondo con unos cuantos nombres raros, extranjeros desde luego, y que suenen a violín destemplado...

Pues bien, pese a esos temores de desilusión, yo os digo en nombre de los años de más de la mitad de mi vida que llevo tratando, catequizando y educando niños, que los dos mejores libros de Pedagogía que he encontrado, y más diría, los dos libros insustituíbles para educar que he descubierto se llaman

El Niño y el Evangelio

El estudio del libro del *Niño* os enseñará mejor que nada ni que nadie a conocer lo bueno y lo malo del niño, los ratos que tienen de ángel y los que tienen de fierecilla; y el libro del Evangelio os enseñará cual ningún otro el procedimiento de ir agrandando el ángel y achicando la fiera y de ir convirtiendo los ratos y las manifestaciones de fierecilla de vuestros niños en ratos y manifestaciones de ángel y os dará el secreto del milagro de trocar lobeznos, que son los niños con los resabios del pecado original, la ineducación y los malos ejemplos, en dulces y generosos corderillos.

Cómo se han de leer esos libros

Como todos los libros: con dos ojos.

El libro del *Niño* hay que leerlo con el ojo de la *observación* constante y con el de la *paz* pese a todas las protestas y rabietas del genio, de los nervios y del mal humor.

El libro del *Evangelio* hay que leerlo al través de la *limpieza de corazón* y de la luz de la *lámpara del Sagrario*...

Cuando se lee el Evangelio con corazón limpio y con luz de Sagrario, se aprenden estas dos grandes lecciones que compendian toda la vida y toda la fecundidad del verdadero maestro:

LECCIÓN 1.ª

El Maestro Jesús no enseñó nada que antes no hubiese practicado.

Antes de ser maestro de palabras hay que serlo de ejemplos.

Del Maestro por antonomasia ha dicho el Espíritu Santo: «Comenzó *a hacer* y a enseñar.»

¿Quereis que vuestros educandos aprendan a ser de Jesús, a ser *otros Jesús?*

Sed vosotros de Jesús: sed otros Jesús...

LECCIÓN 2.ª

San Pablo pudo definir al Maestro Jesús y sintetizar toda su obra en estas palabras: «Me amó y se entregó a sí mismo por mí.»

A medida que el maestro o la maestra se acerque a ese amor y a esa entrega por sus discípulos, se acerca al tipo del verdadero Maestro, es más maestro.

El gráfico del Maestro divino no es una tribuna, ni un birrete de doctor, sino esto solo: una cruz... Como si dijera: Hasta ahí llegó.

Maestros, ¿sabéis lo que significa para vosotros el Crucifijo que debe presidir vuestra escuela?

Hasta ahí debo yo amar y entregarme para ser de verdad maestro cristiano...

APÉNDICE

DE COSECHA

Solo cuando se ha sembrado en un alma semilla de Fe se puede esperar cosecha de paz y gracia

No os hablo ahora de un Catecismo de chavaítas bulliciosos y alegres como los que os suelo presentar, sino de abuelos y abuelas ultraseptuagenarios que al son de la palabrilla cariñosa de consejo, consuelo o enseñanza y del auxilio con que son obsequiados a mi salida de Palacio por las tardes, han formado una buena y respetable tertulia en el amplio zaguán de cómodos y resistentes asientos y ¡bien dan tema las cosas que en aquella venerable tertulia del *antiguo testamento* se oyen!

El secreto de una abuela remozada

Descuella entre nuestros ancianos contertulios del zaguán una abuela tiesa como un espárrago y

de moño empingorotado, reluciente y agudo como alcuza y casi siempre torcido hacia el lado izquierdo. Y no es sólo el moño tan sobresaliente, hoy que no va quedando uno para muestra en el mundo de las elegantes peladas, el que da relieve a nuestra abuelita, sino lo garboso, castizo y chillón de su indumentaria.

Con frecuencia se presenta con faldas tan anchas de vuelo y almidonadas como abigarradas de colores.

—Pero esta abuelita, le decía una de estas tardes al pasar, ¡cuidado si se emperejila! ¡si parece una mocita!

¡Ay! responde con voz de lo más hondo de sus pulmones.

—¡Ay! ¡toitas son penas! ¡Si V. supiera padresito mío!

—¿Penas? ¡Pues bien las disimula V., abuela!

—¿Y qué ba una a jasé sino sorberse las lágrima y echá al mal tiempo buena cara?

—Miosté, prosigue en tono de confidencia, yo he sio una criatura mu perseguía de los luto: lo mismito era estrená un vestío que ¡plum! me se moría uno de mi familia y ¡claro! el luto encima y el vestidito al arca...

Nuevo suspiro prolongado y un golpe de lágrimas secadas con el pico del delantal...

Y miosté, padresito e mi arma, como ya samanacabao toito los míos y no ma queao naide que se puea morí, porque estoy ahora mismito como la

Virgen de los Dolore al pie de la Crú, pos me dije: ¿arca pa qué te quiero? y toas las nagüiya y to los trapiyo que tenía ayí una guardá van saliendo pa fuera y... ¡vamo que no le cae a una mu má! ¿Verdá osté?

(Y mientras, con el garbo de mozuela de quince abriles se contoneaba y refrescaba con un *pericón* de la misma anchura y época de la falda).

—De modo que V. parece que ha cambiado el refrán aquél de «los duelos con pan son menos» con este otro «los duelos con tela son menos» ¿verdad?

—Sí señó: que es mu verdá; que mientras tenga una su arma en pá y una nagüiya limpia y desentita que ponerse ¿pa qué quiere una má en este mundo?

....

¡Alma andaluza, fina y penetrante para sacar alegría sosegada de tus penas, satisfecha en tu austeridad, contenta en tu modestia, graciosa aún llorando, reina sobre tus harapos, ¡qué bien representas la *Mujer fuerte* cristiana!

Tú eres cosecha honrosa de tu Bautismo y de tu Catecismo.

ÍNDICE

Págs.

INTRODUCCIÓN

AUNQUE TODOS... YO NO

Historia íntima de la Obra de las Marías. Libro de la lealtad al Señor más deslealmente servido.—5.ª edición. — Una peseta.

MI SAGRARIO Y MI SECRETO

Libro primorosamente editado en papel pluma, apaisado, y con artísticos grabados. Una peseta.

QUÉ HACE Y QUÉ DICE EL CORAZÓN DE JESÚS EN EL SAGRARIO

Viaje al País de las divinas sorpresas, propio para visitas al Santísimo. Encuadernado en tela, 2 pesetas.

FLORECILLAS DE SAGRARIO ó EN BUSCA DEL ESCONDIDO

356 temas de conversaciones o meditaciones para reuniones, viajes, visitas al Sagrario y conquistas de almas. Librito manual de 252 páginas, en tela inglesa, con planchas doradas. Una peseta.

PARTIENDO EL PAN A LOS PEQUEÑUELOS

(2.ª edición). Pedagogía práctica o modos de llevar a los niños al conocimiento, amor e imitación del Corazón de Jesús que vive en el Sagrario. Una peseta.

APOSTOLADOS MENUDOS

1.ª serie. Una peseta.

EL ABANDONO DE LOS SAGRARIOS ACOMPAÑADOS

En rústica, 0,75. En tela, 1 peseta.

ARTE Y ALTAR, 0.50

ARTES PARA SER APOSTOL COMO DIOS MANDA

Una peseta.

MANUAL DE LAS MARÍAS

Libro tan imprescindible para las Marías de los Sagrarios-Calvarios, ve sucederse sin cesar las ediciones.

9.ª edición de 20.000 ejemplares, a 1,25 en tela y 0.75 en rústica.

A los mismos precios el

MANUAL DE LOS DISCÍPULOS DE SAN JUAN

JESÚS CALLADO

O la Eucaristía Escuela del silencio.—(Cartilla para aprender a callar).- En tela, 2 pesetas.

SEMBRANDO GRANITOS DE MOSTAZA

Notas del gran mundo de la gente menuda.—Encuadernado, dos pesetas.

Folletos a 0,20 uno; 4,25, 8,25 y 16 pesetas, los 25, 50 y 100 ejemplares.

La Obra de las Tres Marias y Acción Social del Párroco.

Hojitas de propaganda a diversos precios

Pídanse muestras

Administración: Palacio Episcopal. — MÁLAGA


D·D· Emmanuel· Gonzalez· et· Garcia· Dei· et· A· Sedis· G· Episcopus· Malacitanus
qui
consolaretur
sustinui